

TATJANA FRIGAR

# Café

CON LECHE y  
EXTRA DE AZÚCAR



RUBRIC

*Café con leche y extra de azúcar*

Primera edición, año 2020

© de la obra : Tatjana Frigar

Instagram: @tatjanafrigar

Facebook: Tatjana Frigar

Edita: Rubric

[www.rubric.es](http://www.rubric.es)

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

Diseño de cubierta: Rubric

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

TATJANA FRIGAR

*Café*  
CON LECHE y  
EXTRA DE AZÚCAR

«A mi marido, amigo, confidente,  
psicólogo y consejero.  
Por apoyarme y animarme con esta idea loca,  
y darme la fuerza para hacerla realidad.  
Te quiero.»

# ÍNDICE

María y Alicia  
El jefe  
Asesora laboral  
Qué paz  
Toda tuya  
Turmalina rosa  
He quedado  
Bragas a la fuga  
Preocupada por ti  
Nos gusta así  
De vuelta  
Regalo especial  
Agencia de viajes  
Arranque de pasión  
Organizando  
Separación  
¿Está casado?  
Cumpleaños... ¡feliz!  
Resaca  
Explicaciones  
Reconciliación  
Cerrando capítulos  
Peñíscola  
Vuelta a la realidad  
Conversaciones importantes  
Dos años después  
Agradecimientos



## CAPÍTULO 1

# María y Alicia

-Voy a salir de la oficina y hace un día de playa irresistible. ¿Te recojo?

-Claro, princess, te espero en el portal.

María bajaba las escaleras de la oficina en dirección a su coche. Tenía un cabriolet rosa chicle al más puro estilo Barbie en Beverly Hills. Le encantaba poder disfrutar de los días de buen tiempo llevándolo descapotado por las calles que rodeaban la playa. Sentir el viento en su piel blanca mientras ondeaba su melena rubia (de bote, pero rubia). Tuvo dudas el día que se tiñó, pero su peluquera encontró un tono que, de verdad, parecía natural. Y María quedó encantada con ello, tanto que ya hacía más de cinco años que lo llevaba, y sin ninguna intención de cambiarlo.

Arrancó su coche y, mientras lo descapotaba, salió su jefe por la misma puerta que segundos antes había pasado ella. ¿Cómo conseguía coincidir siempre con ella? ¿Tenía una cámara que apuntaba su mesa? ¿Oía su perfume avanzar por el pasillo? ¿O es que, simplemente, la estaba vigilando durante toda la jornada?

-¡María! No sabía que ya habías salido -se apresuró a decir Carlos con un semblante que no mostraba ningún tipo de expresión.

-Vaya, sí, qué casualidad. Ya me iba, tengo prisa. Adiós, Carlos.

-Adiós, María. Disfruta del sol.

No tardó en encender la música a todo volumen y salir de allí sin que nadie más le hiciera perder el tiempo. Pisó el acelerador mientras pensaba que Alicia ya debía estar esperándola en el portal, pasando un calor de mil demonios y preparando un sermón de los suyos para reprocharle que siempre llegara tarde. Había recibido la llamada de un cliente que había esperado toda la mañana y que no recibió hasta el último momento; así que no le quedó más remedio que atenderlo.

-Ya era hora de que llegaras. Hace 30 minutos que me has dicho que ya salías de la oficina y trabajas a diez. Siempre me haces lo mismo. Tienes que aprender a llegar a los sitios a la hora, María, no puedes andar siempre con el cohete en el culo, haciendo esperar a la gente. ¡Que mi paciencia no es ilimitable!

Mientras tanto, María sonreía escuchando «bla, bla, bla». Ya conocía cada una de sus palabras, no era la primera vez que le echaba ese mismo sermón. Sí, eran completamente distintas. Alicia era correcta, premeditada, calculadora... María, en cambio, era transparente, impulsiva y se dejaba llevar.

-Vaaale, vale, ya me callo -contestó al fin resignada-. Hija, es que hace un calor insoportable y ya no sabía dónde meterme. No hay ni un trozo de sombra en toda la calle y ya sabes cómo huele mi portal; no me quedo ahí dentro ni cinco minutos, vaya a ser que me desmaye y acabe en el hospital con un brazo o una pierna rotos. El conserje es un guarro. Deberíamos ponernos de acuerdo todos los vecinos y echarlo.

-Relájate, va -la animó sonriendo-. Vamos a disfrutar de nuestro primer día de playa este verano y allí se te pasarán todos los males. Y, por cierto, ¿no te dije yo que no te pusieras esas pintas para

ir a la playa conmigo? -la reprendió María mientras se reía a carcajadas repasándola de arriba abajo.

Alicia era una morena despampanante, extremadamente proporcionada (debía ser hija del diablo, no había otra explicación). Ya nació con la piel bronceada y no tenía ni un resquicio de celulitis. Su melena larga, oscura y ondeada caía sobre sus hombros. Se había puesto un bikini verde esmeralda que aún resaltaba más el tono chocolate de su piel. Cubierto con una camiseta blanca de tirantes adornada con una pluma plateada dibujada por encima de la cintura. Ella decía que era un vestido; pero, no nos engañemos, un vestido que apenas tapaba el culo no se podía llamar vestido. Se había puesto unas chancletas de playa Adidas que a María no le gustaban nada. Ella era fiel a su estilo, y ni caso de la moda. Pero la guinda del atuendo era esa maldita pamelita que se ponía para refugiarse del sol. Color canela y con una cinta que la rodeaba terminando en un lazo. De color verde esmeralda también, claro, conjuntada con su bikini. A ver, ¿quién os pensáis que es ella? Siempre tan puesta y perfecta.

Llegaron a la playa en tan solo diez minutos más y tras encontrar donde aparcar, que eso ya fueron otros quince minutos, cerraron la capota y se bajaron con una sonrisa a disfrutar de su tarde de playa.

Todavía estaban a finales de mayo, pero el sol era abrasador. A esas horas del mediodía podía parecer mediados de agosto. Daba gusto esa época del año, las temperaturas eran ideales, calurosas de día y fresquitas de noche. Y lo mejor de todo es que todavía no había muchos turistas, prácticamente solo había gente del pueblo disfrutando de los placeres de su entorno. Buscaron el sitio ideal donde dejar las toallas, bien cerca del agua, mientras María se sentía observada y sabía perfectamente por qué.

-¿Alicia, ves cómo nos mira la gente? Esa maldita gorra tuya le quita el sol a media playa -dijo mirando a su amiga con reproche.

-Lo que mira la gente es su propia envidia, *princess*. Somos las diosas de la playa y por ello nos miran. Mi pamelita -dijo remarcando cada una de las sílabas-, que así es como se llama, no tiene nada que ver.

-Por supuesto que tiene que ver, y mucho. Y está claro que miran a la diosa morena, pero no solo por su cuerpo de infarto, ricura. ¿Ves a la señora del bikini negro que tenemos a unos quince metros? No le da el sol, y es por culpa de tu sombrerito. -Las dos se unieron en unas sonoras carcajadas que sí que hicieron que las mirara todo el mundo, pero eso ya no les importó.

Estaba claro que no le gustaba ser el centro de atención, pero sabía de sobra que salir a la calle con su amiga significaba eso. Era consciente de que lo único que tenía ella que no pasaba desapercibido era su coche, pues no había otro igual a kilómetros. Pero lo que no tenía claro era en qué pensaba el día que decidió comprárselo, aunque hay que decir que cada vez que lo miraba se convencía de que eso tenía que ser amor.

Cuando ya llevaban un rato al sol, sintiendo cómo los rayos entraban por cada uno de los poros de su piel, María decidió ir a pegarse un baño, estaba empapada en sudor y ya no aguantaba más. Le gustaba pensar que así era como se activaba la melanina de su piel, pero sabía que su tono no le permitía abusar, o acabaría roja como un tomate.

Su amiga ya la había embadurnado con protección solar alta, pero ya estaba escarmentada de veranos anteriores y no iba a tentar a la suerte. No quedaba nada *sexy* ponerse una camiseta palabra de honor con toda la piel roja y las marcas del bikini en blanco; ni tampoco era plato de buen gusto no pegar ojo en toda la noche porque te duele y no sabes cómo ponerte, o pasarte el día concentrada en no rascarte porque te vas a hacer una carnicería.

Alicia no tenía ese problema, ni siquiera se ponía crema; un poco de aceite de protección quince,

para que no se dijera que no se ponía nada. Además, le daba un tono brillante que a ella le encanta. Con un ratito de sol conseguía un tono tostado que era la envidia de todas aquellas que en abril empiezan a hacer sesiones de solárium para estar estupendas en junio. Para que ella se cansara de hacer la lagartija y decidiera bañarse, el calendario tenía que chillar que era quince de agosto, con repiqueteo de tambores y campanillas, aliarse con el sol y que este sacara su furia más intensa en rayos de fuego. Y la mala suerte es que ese día ni siquiera iban a la playa porque la piel de María no podía aguantarlo. Tomaduras de pelo de la vida.

Cuando sintió el agua del mar rozar los dedos de sus pies un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El cambio de temperatura era algo agradable en esas fechas. Sentir el sol ardiente sobre su cabeza y el frescor del agua bajo sus pies era algo revitalizante. Cerró los ojos, suspiró y relajó todos los músculos que durante la semana iban acumulando tensión. Y, sin dejar de mirarse los pies, empezó a caminar adentrándose en la playa, sintiendo las olas chocar contra sus piernas y colarse resbalando como si no fueran impedimento suficiente.

Cuando ya se había mojado por encima de las rodillas, levantó los brazos, los juntó y de un salto que le permitió arquear su cuerpo en media luna se sumergió tan al fondo como podían aguantar sus pulmones.

Estuvo nadando un rato, haciendo grandes brazadas para llegar hasta las boyas, volver y repetir. Disfrutando de las vibraciones que su nado provocaba alrededor de su cuerpo. Se había puesto las gafas y se sumergió para admirar los peces que buscaban algo de comer por debajo de la arena. Cuando se cansó, volvió a la toalla y salpicó con un poco de agua de su pelo a la morena que tomaba el sol casi sin respirar. Le provocó un chillido agudo que arrancó sonrisas a más de un individuo de los alrededores. Se rio y se tumbó de nuevo a su lado.

-Cómo me gustaría poderme pasar el día aquí.

-Y a mí; ¿por qué no hemos nacido ricas? -preguntó Alicia casi para ella misma.

-Pues, la verdad, ricas tampoco haría falta. Yo me conformo con poco. Podríamos trabajar en invierno y tener todo el verano de vacaciones para disfrutar de la playita, ¿no?

-¿Y eso es pedir poco? -rio-. A ver, princess, por pedir..., ¡yo no quiero trabajar! -exclamó su amiga haciendo reír a ambas-. Cuéntame cómo te va en el trabajo, tienes que ponerme al día.

-Pues nada de nuevo, solo llevo un par de meses. Me siento muy bien con el equipo, que ya sabes que eso es importante para mí. Por ahora, poco más puedo decir.

-¿Y qué tal con el jefe?

-Pues igual que lo último que te conté, siento que me observa más de la cuenta, pero supongo que, como soy la última que se ha incorporado, le toca echarme el ojo y hacer de jefe. No sé, he escuchado comentarios por la oficina y la verdad es que no hablan muy bien de él. Dicen que es un tipo muy desagradable.

-Ándate con ojo, ese tipo tiene pinta de creerse que el personal de su oficina también es suyo -le advirtió.

Cuando el sol empezó a dejar de calentar con fuerza, recogieron sus toallas y se fueron a casa de María. Se pegaron una ducha refrescante y se pusieron ropa cómoda. Esa noche era noche de chicas.

Llamaron al restaurante chino que había a tan solo dos manzanas y le pidieron sus platos favoritos para cenar: rollitos de primavera, fideos Singapur, arroz tres delicias, pollo picante y ternera con salsa de ostras. Se acomodaron en el sofá y empezaron a hablar de sus historias mientras esperaban el capricho de la noche.

Este no tardó en llegar. Sonó el timbre del portal y María abrió sin preguntar, solo miró por la cámara y ya vio quién era.

-Buenas noches, señorita -dijo el joven.

-Buenas noches, Yin -contestó María con total confianza.

-Su pedido. Espero que lo disfruten.

-Seguro que sí, siempre nos haces disfrutar -le soltó pícara, haciendo que el pobre muchacho se sonrojara.

Cerró la puerta, lo dispuso todo sobre la mesa que su amiga ya había preparado en milésimas de segundo y se sentaron a disfrutar de su cena como dos osas hambrientas que acaban de despertar de la hibernación.

-Pobre Yin, seguro que se muere por tus huesos.

-Alicia, no empieces a decir tonterías o no te dejo nada de cena -rio.

Pusieron un nuevo capítulo de la serie que estaban viendo juntas, una de chicas, amores y esas cursiladas que Alicia no podía ver con su novio y solo veían cuando estaban juntas. Las noches de chicas eran para hacer todas esas cosas que no se podían hacer cuando estaban con los chicos, como criticar.

Terminaron de cenar y disfrutando de la temperatura agradable de la noche se prepararon unos cócteles de frutas mientras terminaban, emocionadas, el último capítulo, donde la protagonista, al fin, conseguía casarse con su amado.

Lloraron lo que no está escrito. ¿Entendéis por qué no podían ver esas series con los chicos? Perderían la fama de chicas fuertes.



## CAPÍTULO 2

### El jefe

Carlos llevaba dirigiendo la asesoría seis años, el tiempo que hacía que se había puesto en marcha la empresa. Era el director principal, aunque el que había dado el pistoletazo de salida había sido uno de sus mejores amigos. Este solo había planteado la idea y puesto la parte económica necesaria, del resto siempre se había encargado Carlos.

Él llevaba unos meses en paro, lo que había hecho tambalear su matrimonio. Los problemas económicos habían sido motivo de muchas discusiones y no tenía claro hasta dónde aguantarían esa situación. Por suerte, cuando su amigo le dio esa opción, no se lo pensó dos veces, estaba suficientemente capacitado para dirigir una asesoría y a todo el equipo necesario. Era una buena oportunidad y la emprendió con mucha ilusión.

En ese tiempo, la empresa había funcionado con mucho éxito y no había parado de crecer, lo que le proporcionaba un buen sueldo y, así, el fin de las discusiones con su mujer. No formaban un matrimonio sumamente unido, pero fuera de las discusiones económicas, que ya habían terminado, tenían una buena relación. Carlos siempre la definía como «una relación cómoda».

Su amigo ya había recuperado la inversión inicial y, aunque colaboraba en las decisiones importantes de la empresa, le dejaba a Carlos todo lo demás. Prácticamente ni aparecía por allí. Él tenía su empresa de seguridad desde joven y seguía en ello (que bastante trabajo le daba ya). La asesoría para él nunca fue ni una gran ilusión ni un gran problema. Tenía un beneficio extra del que no se tenía que preocupar y encima le había podido acomodar la vida a su amigo después de pasar por un tiempo complicado.

De las contrataciones de personal se encargaba Carlos, única y exclusivamente. Acertando y fallando. Porque no siempre las contrataciones salían bien. En ocasiones empezaba a trabajar alguien nuevo en la oficina y ni superaba el período de prueba. Había gente que no entregaba lo suficiente como para que pudiera formar parte de su equipo. Quería personas entregadas e ilusionadas con su trabajo, que fueran felices a ejercer su jornada y que dieran el cien por cien. Ir a trabajar no tenía que ser un suplicio.

El departamento laboral siempre había sido uno de sus mayores dolores de cabeza. No había parado de crecer y solo Marta seguía desde que empezaron. El resto de departamentos tenía prácticamente la misma plantilla desde los inicios.

Marta empezó sola, pero al poco contrataron a una ayudante en prácticas, que cuando las hubo terminado se fue a otra asesoría donde le pagaban más. Cogieron a otro ayudante y volvió a suceder lo mismo. Carlos estaba un poco desesperado con la situación y Marta no dejaba de presionarlo con que ella sola no podía con todo el trabajo y los estudiantes en prácticas no eran la mejor opción para darle el suficiente apoyo. No pretendía hacerle caso, seguramente los ayudantes plegaban por su culpa, y así se lo hizo saber. Marta se estaba planteando hacer ella lo mismo e irse de allí. No se sentía valorada. Pero, cuando iba a presentar su carta de dimisión, este cedió a sus peticiones y contrató a una chica joven que ya había terminado su carrera.

Resultó ser una buena profesional y una gran decisión. Cuando comunicó que estaba embarazada fue una alegría para todo el personal de la oficina, menos para Carlos, al que le cayó una nueva preocupación sobre los hombros: otra vez tenía que contratar a alguien; porque después de la baja de maternidad, seguramente le tocaría despedirla. No iba a aceptar peticiones horarias ni historias maternales. A su oficina se venía a trabajar y, como ya he dicho antes, a dar el cien por cien. Tocaba volver a empezar con las entrevistas.

Y así llegó Ángel. El pelirrojo empezó con muchas dudas por parte de su jefe, no tenía claro que este chico tuviera las aptitudes que él deseaba, pero aun así decidió darle una oportunidad. No había sido su primera opción, pero esta en el último momento le falló, así que tuvo que escoger al segundo candidato.

A Marta le había gustado mucho cuando lo vio caminar por los pasillos hacia el despacho el día de la entrevista. Le mandó una sonrisa que le pareció sincera y su mirada le dijo algo; algo como que este chico podría ser un buen candidato. Pero ella no tenía opción de escoger, ella solo estaba allí para sacar faena y no dar problemas. Tuvo suerte y acabó siendo el elegido.

Había resultado ser un muchacho agradable y trabajador que se llevaba bien con todo el personal de la asesoría. Nunca había escuchado la mínima disputa a su alrededor. Desprendía simpatía por donde pasaba. Así que, pasados un par de meses y visto que el trabajo no paraba de aumentar, Carlos decidió que se lo quedaría, independientemente de que estaba pendiente la vuelta de Mónica.

Finalizada la maternidad, Mónica comunicó que no iba a volver por el momento. Sus mellizos la demandaban veinticuatro horas al día y ella no quería prescindir de la compañía de sus pequeños. Era una madre sumamente feliz. Carlos intentó que presentara una baja voluntaria en la empresa, y se lo maquilló como que se preocupaba de que pudiera ejercer de madre con total libertad, aunque lo que quería era quitársela de encima. Mónica no quería dejar del todo su vida laboral y, aunque todavía no era momento de volver, encontró otras opciones. Así que pidió una excedencia de un año, con la puerta abierta a alargarla otro año más.

A pesar de no haber conseguido lo que quería, eso le dio un suspiro. Mientras durara la excedencia no le suponía ningún gasto y así, cuando volviera, quizás lo hacía al cien por cien y no tenía que echarla. Pero, por otro lado, tenía que contratar a una tercera persona para el departamento.

Empezó con las entrevistas y, para variar, el mercado no estaba boyante. Hasta que entrevistó a una chica de veintipocos, con una melena rubia lisa que le llegaba hasta el pecho. Llevaba un vestido de algodón fino, gris perla, con manga tres cuartos que acababa en sus rodillas. Las medias del tono de su piel casi no se apreciaban. Llevaba una americana negra arremangada a la altura del vestido, dejando ver sus delicadas muñecas; en una de ellas llevaba una pulsera muy sutil, plateada, que tenía unas letras escritas, pero Carlos no las alcanzó a leer. Bordaba el look con unos stiletos negros, que tenían los laterales de encaje; la hicieron entrar triunfal a la entrevista.

-Buenos días. Adelante. Soy Carlos. Director de la asesoría. -Le indicó sentarse en la silla del despacho que quedaba libre para todo aquel que lo visitara. Rodeó la mesa respirando profundamente para concentrarse y ocupó su lugar.

-Encantada, Carlos. Mi nombre es María y es un placer que contéis conmigo como candidata -sonrió de la forma más tierna y agradable. Esas sonrisas que solo ella era capaz de transmitir sin darse cuenta.

Prosiguieron con la entrevista. A duras penas el director era capaz de formular preguntas que de verdad fueran interesantes para cubrir la vacante de su empresa. Tenía la necesidad de saber más, de conocerla. No sabía qué le estaba pasando. No lo comprendía. Aquella muchacha había

entrado en su oficina como un tornado para arrasarlo todo.

María, ajena a todas esas sensaciones, ni se dio cuenta y casi le contó su vida. Más que una entrevista, tuvieron una conversación. Que se hizo de lo más agradable.

Al terminar la entrevista la hizo esperar fuera. Le quedaba otra candidata a la que conocer. Y ya que había venido, no quedaba bien echarla sin haber cruzado palabra. Así es que la hizo pasar al despacho y con las mismas indicaciones que había lanzado con anterioridad empezó con las preguntas. Pero su cabeza... no, su cabeza no estaba con ¿cómo le había dicho que se llamaba? Ni recordaba el nombre. Estaba claro que no pretendía contratarla, ¿verdad? Algo había hecho que su cabeza se quedara fuera, tenía otra persona en mente. Alguien que iba a formar parte de su equipo, sin lugar a dudas.

Se despidió de la última entrevistada y se encaminó hacia María, que miraba despistada su móvil mientras sonreía de esa forma que le había obnubilado el pensamiento. A él, que era más frío que el viento del norte. No podía ser. «¡Respira, Carlos! -se dijo a sí mismo-; ¡respira y céntrate!».

-¡Ejem! María era tu nombre, ¿verdad? -soltó, como si de verdad tuviera dudas de su nombre. Como si de verdad no le hubiera quedado claro. Como si de verdad pensara que ese nombre se le pudiera olvidar.

-Sí, Carlos. Dime.

-Voy a enseñarte las oficinas. El puesto es tuyo.

-¿De verdad? ¡Oh, gracias, gracias! Ni te imaginas lo feliz que me hace formar parte de vuestro equipo, esto es lo que soñé desde que empecé mi carrera y no me puedo creer que lo hayas decidido tan rápido. Gracias de verdad. -María era tan impulsiva que ni se daba cuenta de lo que soltaba por la boca. Carlos rio al escucharla hablar de esa forma. Con otra persona no lo hubiera consentido; le hablaban de esta forma tan poco profesional y no duraban ni dos días, pero con ella... le hacía gracia.

María le hizo una caricia en el brazo, rozando su camisa. Una caricia de esas que no tienen importancia, pero tienen todo el significado. Era la forma levemente cariñosa que tenía de darle unas gracias claramente sinceras. Le salía así, natural, sin darse cuenta. Lo hubiera abrazado, pero incluso ella tenía límites. Le rozó del hombro hasta el codo, donde su mano cayó para regresar junto a su cuerpo. A Carlos se le paró el tiempo. Se le paró el tiempo en esa caricia. La tela era tan fina que creía haber notado la suavidad de su piel a través de ella. Se le erizó el vello y contestó con una sonrisa. ¿Una sonrisa? ¿A una empleada? ¡Y ni la conocía siquiera!

Se estaba descentrando su profesionalidad, y él nunca había actuado así. Y no se podía dejar llevar de esa forma porque él era el director y tenía que dar ejemplo. Seguir como un témpano de hielo. Así le había ido bien hasta ahora y así debía seguir.

Le dio un tour por las oficinas. Rápido. No había nadie que presentarle porque había aprovechado los horarios en los que no había empleados. Así se sentía más seguro y no daba excusas para murmullos de por qué ha contratado a este y no a ese. Le mostró su mesa, le explicó dónde se sentaban sus compañeros. Los aseos, la importancia de usar bien el fichador y por último la sala de descanso, donde había una máquina de café y una de snacks (de esos que ni vamos a nombrar porque no los acompaña la palabra «saludables» precisamente).

-¿Te apetece un café?

-A mí siempre me apetece un café -sonrió-. Con leche y extra de azúcar, por favor. -Casi dio un respingo de la emoción cuando contestó. Solo el olor a café ya tenía la capacidad de calmarle los nervios de todo lo vivido en la última hora. Por fin tenía el trabajo que deseaba.

-¿Eso no es muy dulce?

-¿Y el tuyo no es demasiado amargo? -preguntó viendo que se tomaba un café solo, largo y sin

azúcar. Con una mueca no muy agradable que salió de su boca tan solo de imaginarse el sabor que podría tener. María era muy expresiva.

-Claramente, no tenemos los mismos gustos -rió Carlos al verle la cara.



## CAPÍTULO 3

# Asesora laboral

Se acercaba final de mes y eso para María significaba que eran tiempos de contrarreloj. Era la última asesora laboral que habían incorporado en el departamento. Habían pasado de ser dos a tres, pero la verdad es que haría falta una cuarta persona. Este departamento tenía momentos muy estresantes. Cuando se acercaba final de mes y había que preparar nóminas, perdían la cuenta de la cantidad de empleados que gestionaban. Aun así, haber conseguido ese trabajo para ella era un sueño hecho realidad.

Hacía dos años que había terminado la universidad y antes de poder llegar aquí trabajó en tres sitios distintos, alternando trabajos de pocas horas. Empezó combinando el trabajo de dependienta en una tienda de ropa por las mañanas con el de cajera en un supermercado por las tardes. Así hasta que encontró un empleo en una asesoría muy pequeñita que no le prometía nada, pero que le bastaba para empezar con su currículum.

Entonces decidió dejar el trabajo en el supermercado solo para los fines de semana. Así podía ocupar las tardes de lunes a viernes en la asesoría y seguir con la tienda de ropa por las mañanas.

Así estuvo unos seis meses, que describe como los seis meses más intensos de su vida. No le quedaba tiempo para su vida social (la que antes tenía muy solícita), ni siquiera para ver a su familia tanto como le gustaría. Pero era el duro trabajo que tenía que cultivar para que llegara el resultado de sus frutos. Y ese resultado fue el poder dejar esos tres empleos por la nueva asesoría donde sí tenía una jornada completa, donde sí le prometían un futuro y donde sí podría crecer profesionalmente (y, por supuesto, personalmente).

Pensó mucho si dejar su trabajo de cajera los fines de semana. Por eso de tener algo de «por si acaso». Y aunque no lo dejó en el mismo momento, poco tardó en darse cuenta de que ya no podía seguir más con ese ritmo. Trabajó siete meses de una forma tan intensa que su cuerpo le reclamaba un stop. Se sentía demasiado débil, tanto física como psicológicamente. Así que se tiró a la piscina. ¿Por qué no podía salir bien? Y si sale mal, ¿qué? Tenía ahorros suficientes para tirar unos meses y estaba segura de que, si se diera el caso, no tardaría en encontrar trabajo de nuevo.

Su primer día estaba hecha un flan. Se había levantado de una noche horrorosa y la faena que tuvo en arreglar sus pintas era de admirar. Empezó con una buena ducha, de esas que resucitan a aquellos que se fueron a criar malvas. Una ducha larga e intensa. Le gustaba con el agua en el punto que enrojecía su piel a su paso. Bajar la cabeza y que le diera en la nuca. Esa temperatura, ese cosquilleo, no había nada más relajante...

Se maquilló todo lo bien que supo para disimular las ojeras que se habían apoderado de su rostro. No se sentía cansada, pero cierto era que había pasado una noche de perros. Se peinó con una coleta alta bien estirada y se cargó un paracetamol en el bolsillo porque sabía de sobra que aquel peinado, que tan estiloso quedaba, le pasaría factura. Ella era de llevar el pelo suelto, recogerse era acabar con dolor de cabeza, pero causar buena impresión el primer día de trabajo era de manual de primero de carrera. Se puso unos vaqueros negros skinny, una blusa verde botella

que le había regalado su hermano unas Navidades y se había convertido en una de sus favoritas. Terminó con una americana negra de Zara que le entallaba la cintura y se calzó unos zapatos de tacón ancho de hacía dos temporadas. Elegantes, pero cómodos. Algo básico para ir a trabajar.

Le presentaron a sus compañeros de laboral. Una señora de unos cuarenta y tantos con una media melena morena, lisa, perfectamente peinada. Parecía de ese pelo que se levantaba así, y llevaba un corte de los que no hay que hacerles nada, les pasas el peine y quedan perfectos. «¡Qué suerte la suya!», pensó. Iba vestida con pantalones de gasa negros, una blusa estampada con algo que parecían flores de colores, y había dejado una americana aguamarina espectacular sobre el respaldo de su silla. Llevaba unas bailarinas negras, con un lacito. De esas básicas que no dicen nada.

-Buenos días, me llamo María. Espero poder ayudaros mucho en este departamento.

-Hola, María, encantada de conocerte y bienvenida al equipo, estamos muy faltos de dos manos más -dijo con una sonrisa pequeña-. Me llamo Marta.

Le dio muy buena impresión. La hizo sentir como una más del equipo, y acababa de llegar. Le contó que llevaba trabajando allí desde los inicios de la empresa, cosa que la tranquilizó bastante. Decía mucho del tipo de empresa y por supuesto de la profesionalidad de Marta. Seguro que iba a aprender mucho con ella.

Después le presentaron a Ángel, un chico algo mayor que ella, pero muy joven también, pelirrojo, con pecas y con una sonrisa de niño bueno que seguro que lo representaba. Lo habían contratado hacía poco más de un año, cuando la chica que había cogió una excedencia para dedicarse a sus dos hijos mellizos acabados de nacer. Vestía más informal, con unos jeans desgastados, una camiseta con un logo de superhéroe y unas Converse negras.

María terminó su primer día muy contenta, sabiendo que aquella empresa progresaba muy rápido. Tenían muchos clientes y estaba en pleno crecimiento. Marta llevaba allí media vida. Y tanto ella como Ángel le habían dado un buen recibimiento, así que ese día se acostó dándose cuenta de que, quizás, había conseguido el trabajo que tanto deseaba.

Ya llevaba un par de meses trabajando codo con codo con sus compañeros. Y la primera impresión que se llevó fue acertada. Los tres formaban un gran equipo. Se llevaban estupendamente y se ayudaban como nunca creía que podría ser. Si uno no llegaba a terminar su trabajo, no solo se quedaba a terminarlo, sino que se lo repartían y, así, lo que suponía media hora extra de trabajo para cualquiera de los tres se convertía en diez minutos insignificantes que se quedaba cada uno.

Al terminar, a menudo se paraban en la cafetería que había en la entrada de las oficinas, donde también estaba el marcador. Una vez que habían fichado, se tomaban un café los tres juntos para ponerse al día y contarse las anécdotas recurrentes. A María ese momento la reconfortaba de forma bárbara. A pesar de tener muchos amigos fuera de allí, le encantaba poder seguir el día a día de sus compañeros. Al fin y al cabo, era con las personas que más horas pasaba. Y ella también los tenía al día de los acontecimientos de su vida.



## CAPÍTULO 4

# Qué paz

De nuevo era viernes y, aprovechando que salían al mediodía, María tenía previsto ir a la playa, pero los astros no se habían alineado y ese día el cielo se levantó nublado. Tenía una faena de mil demonios y no creía poder marcharse puntual.

Marta tenía una comida con sus amigas de la universidad, que, según les contó emocionada en el café de la mañana, hacía un siglo que no se veían y tenía muchas ganas. Aseguraba que esa reunión acabaría en cena y baile para algunas de las chicas, a las que ella pensaba unirse. Vivía sola con Juanita y José, sus gatos. Así que no tenía a quién dar explicaciones, ni avisar de que iba a llegar tarde. Solo tenía que dejarse llevar por el mejor plan que surgiera y lo que aguantara el cuerpo (y los pies).

Ángel rápido se ofreció a quedarse con María para ayudarla en sus tareas, pero esta le mintió con una sonrisa de que le quedaban quince minutos y se iba. Pobre iluso que se lo creía todo; pero su compañera no quería que perdiera tiempo de su fin de semana por echarle una mano, porque, al fin y al cabo, hoy no tenía nada que hacer. Así que a ella no le suponía un esfuerzo quedarse. Él sí tenía planes, misteriosos al parecer, porque no comentó nada al respecto y las chicas se lo respetaron.

Cerca de las tres ya se iba el último de sus compañeros. Una chica de contabilidad que no era de las que más hablaba, pero no parecía mala chica. Se despidió y se fue. Así que se quedó sola con su ordenador y sus números. Paró a buscar un café y algo a la máquina de snacks. Cuando sabía que no podría irse pronto, siempre se preparaba un tupper que se comía en diez minutos en la misma mesa de la oficina, pero ese día no contaba con ello y no se había traído nada.

Estuvo mirando unos minutos más de la cuenta porque la verdad es que no le apetecía comer nada de lo que allí se ofrecía, pero tenía hambre. Se decidió por unos palitos de trigo con aceite de oliva y chía que servirían para cerrar el gusanillo. Así que volvió a su mesa y siguió con su tarea.

Carlos no se había percatado de que María todavía estaba allí. Un viernes a esa hora, rara vez quedaba alguien en la oficina (y menos si no era final de mes). Pero la vio regresar a su mesa y se quedó observándola. Mirarla se había convertido en un nuevo hobby. Desde su despacho tenía un buen ángulo hacia su mesa y sonrió pensando en que acertó al indicarle esa y no la que tenía justo enfrente, que no le hubiera permitido ver nada. Algo en aquella ingenua y dulce chica le atraía como un imán, aunque todavía no sabía el qué. Cada vez que la veía sonreír sentía una punzada en su interior. Seguramente era porque él nunca lo hacía y sentía la necesidad de protegerla. Sabía que esa capacidad de brillar era innata, natural y adorable, y una cualidad de la que no todo el mundo podía presumir. Le sacaba seis años, así que debía ser una especie de instinto paternal.

Entonces se dio cuenta, pasaba de las tres de la tarde. Tenía hambre, no había comido nada. ¿Y ella? La vio masticar algo, pero no creía que fuera comida decente. ¿Habría cedido a los encantos

de la máquina de los pecados? Era fan del dulce, pero decía que con su ración en los cafés era suficiente para mantener un equilibrio y no volverse loca.

Se levantó y fue hacia la mesa de María sin pestañear. En el recorrido pensó en si ella vería normal lo que su jefe iba a hacer. Él nunca cedía a un mínimo acercamiento con sus trabajadores, pero con ella era distinto. Con ella cualquier excusa valía para acercarla un momento al despacho: una duda, una pregunta, una solución...

-¿María, has comido? -preguntó esbozando una sonrisa que solo le salía con ella.

-Mmm, no. Pero ya no tardo en irme -contestó después de pegar un respingo sobre la silla;- disculpa, es que pensaba que estaba sola y me has asustado.

-No era mi intención. No sé cómo me lo monto, pero siempre me voy el último. Raro me parece que estés tú aquí todavía.

-Pues muy mal te lo debes de montar, porque tú eres el jefe -rio desvergonzada.

-Vamos, ¿me acompañas a comer algo?

-Yo... esto... no creo que...

-Vale, vale, lo sé. Soy el jefe -maldijo-. Pero ya han pasado las tres de la tarde. Es viernes. Es hora de irnos. Lo que no hayas terminado podrá esperar al lunes. Yo tampoco he comido nada y estoy muerto de hambre. Conozco un japonés aquí cerca donde se come de lujo.

-Está bien. Pero será algo breve. No quiero ocuparte el fin de semana.

María soltaba bromas sin darse cuenta. Bromas que quizás los demás no se tomaban igual que ella. «¿Ocuparme el fin de semana? Claro que no, eso no es posible, ya me gustaría a mí», pensó riendo para sus adentros.

Fueron de camino al coche. Insistió en que él la llevaba. Ella no sabía dónde se encontraba el restaurante. Y, aunque estaba cerca, había que ir en coche. Así que prometió devolverla a la oficina a recoger su coche una vez que hubieran terminado de comer.

-Por ser el jefe, me esperaba un coche mejor. Me gusta más el mío que el tuyo -sonrió descarada. Era su jefe, pero estaban fuera del horario de oficina, ¿no?

-¿Y qué esperabas? ¿Un Lamborghini? Que soy el director de una asesoría, no el capo de una red de narcotraficantes.

-Pues no sé, no me esperaba nada en concreto. Pero sí que no me esperaba que fuera un Ibiza al que ya se le esté terminando la vida.

-A ver, listilla, ¿y qué coche tienes tú?

-Pues tengo un cabriolet tan chulo que cuando lo veas te caerás de culo -rio como una chiquilla sinvergüenza acompañada de sus amigos.

Cuando llegaron al restaurante aparcaron prácticamente delante, en un descampado que la gente del barrio usaba para dejar sus coches. Era pequeñito, oscuro, decorado en negros, rojos y blancos. Luz brillante pero suave; la verdad es que ese sitio con unos ventanales hubiera ganado mucho. Aun así, era un lugar acogedor, con poquitas mesas alrededor de la cocina.

Comías con los cocineros (casi todos japoneses) delante de las narices. La cocina estaba rodeada por un caminito eléctrico donde los cocineros iban dejando los platillos y los comensales iban cogiendo los que más les apetecían.

María y Carlos comieron como dos amigos de toda la vida, nadie hubiera dicho que eran jefe y empleada y que era la primera vez que comían juntos. No les faltó tema de conversación; Carlos aprovechó para indagar más sobre la vida de su empleada y esta lo contaba todo sin ningún problema.

Le contó que le gustaba hacer deporte, sobre todo le encantaba hacer spinning y gap. Siempre deportes con ritmo, que le subían la adrenalina y le hacían gastar toda la energía sobrante del día.

Eliminaba el estrés con ello y, después de las ocho horas laborales delante de un ordenador, eran su mejor medicina.

Le contó un poco sobre su amiga Alicia, que era como una extensión de su cuerpo que en ocasiones tenía que separar, pero que se la llevaría a todas partes si fuera posible. El tema salió cuando le contó que una vez intentó hacer pilates porque a su amiga le gustaba mucho y casi se muere del aburrimiento. Eso no estaba hecho para ella. Los ejercicios aún los fue siguiendo, pero cuando llegó la parte final, donde tocaba relajarse, se sintió tan ridícula que no repitió. Eso de cerrar los ojos y respirar con quince personas más alrededor no era lo suyo.

También le contó que era fan de los muffins de red velvet, el tiramisú, la pasta carbonara y un sinfín de comidas exquisitas que se reprimía de comer porque solo le daban unos segundos de placer a cambio de unas curvas extras alrededor de la cintura que no eran bienvenidas. «Había que mantener la línea», decía.

Carlos no paró de reír en toda la comida, hacía mucho tiempo que no se sentía así de suelto y que no tenía esa sensación de comodidad con alguien al que apenas conocía. Estaba sorprendido de la naturalidad de esa muchacha. Era espontánea, risueña, descarada...; tenía algo que hacía que incluso él dejara de ser ese directivo encorsetado en el que se había convertido.

Le recordó a su juventud, cuando salía con los chavales del barrio con la misión de pasarlo bien y sin preocupaciones, antes incluso de conocer a su esposa y cambiar de vida. Un momento. ¡Su mujer! ¡Carajo! Ni siquiera se había acordado de avisarla de que no llegaría a comer. Ya tenía una bronca asegurada en cuanto llegara a casa. Se limitó a mandarle un wasap en el momento en que María se escabulló al baño: «Se me ha hecho tarde en la oficina y todavía tengo asuntos que mirar. No me esperes, no tengo idea de qué hora se me puede hacer. Te veo luego». Después aprovechó y pagó la cuenta. No iba a dejar que pagara ella después de haber elegido él aquel restaurante, que precisamente barato no era.

Volvieron de regreso a por el cabriolet mientras discutían, porque María no aceptaba que nadie le pagara la comida así porque sí. Carlos cerró la discusión prometiendo que lo compensarían en otra comida donde ella eligiera el lugar. Ella aceptó encantada y quedaron en que repetirían el siguiente viernes. El director le pidió prudencia entre sus compañeros, porque allí él debía seguir siendo el mismo. Y, aunque ella lo entendió perfectamente, no entendía por qué parecía que fueran dos Carlos distintos. Se excusó en que una cosa era su vida personal y la otra su vida profesional. Aunque él sabía de sobra que esa no era la diferencia; hacía mucho tiempo que se había convertido en el hombre que era ahora y solo ella había tenido la magia de rescatar al joven divertido y despreocupado que se hallaba dormido en su interior.

-Madre mía, María, ¿eso es un coche de verdad? ¿Me prometes que no es de juguete? -soltó Carlos con unos ojos de sorpresa que parecía que se le iban a salir. Su incredulidad no podía ser mayor.

-¡Por supuesto que es un coche de verdad! Déjame que te lleve a dar un paseo. Descapotado es lo más. Te hace sentir cosas que tu viejuno coche nunca te podrá dar.

-Tengo que admitir que sí que es para verlo y caerse de culo -rio.

-Vamos, vente, que te llevo a dar un paseo.

-Quizás no deberíamos, decías que comer con tu jefe no era correcto, ¿no?

-Venga, tonto, ¡solo será un paseo! -Ella también pensaba que no debían, pero estaba tan a gusto que le apetecía y punto.

-¿Le acabas de llamar tonto a tu jefe?

-Bueno, hace un rato que he fichado, no creo que estés en posición de decir que eres mi jefe. Sería abusar.

-Vaaaale, va, llévame. Pero conduce con cuidado, ¿eh?

Y así, como quien no quiere la cosa, pasaron la tarde juntos. María condujo hasta las afueras del pueblo, dirigiéndose a disfrutar de los paisajes de su amada playa. La brisa del mar ondeando cada mechón de su pelo, ese olor tan característico que entra por tus fosas nasales y tiene la capacidad de renovarte el alma y llevarte a otro mundo; uno lleno de paz y sin preocupaciones. Uno donde, ahora mismo, solo estaban ellos dos.

Se sentían a gusto, muy a gusto, el uno con el otro. La vida, a veces, pone en tu camino a aquellas personas que necesitas sin que te des cuenta. Individuos que, sin conocerlos, te hacen sentir tú mismo. No todo el mundo tiene esa capacidad. Son como piezas que completan el rompecabezas de tu persona.

María subió por una montaña que Carlos nunca había visitado. Para ella era un lugar idílico de su población, de esos que no puedes decir haber visitado el pueblo si no has pasado por allí, pero que la mayoría no hacía. Decía que ese lugar tenía una magia especial, que tenía la capacidad de hacer que te encontraras a ti mismo cuando te habías perdido, que te daba esa calma necesaria para que tu cuerpo encontrara de nuevo el equilibrio, era el sitio que guardaba tu yang cuando solo te había quedado el yin. Ir allí le suponía volver a casa como la persona completa que era, con una paz especial, una felicidad inmensa por valorar todo aquello positivo que tenía su vida, apartando todo aquello que le aportaba oscuridad, tristeza y mal humor. Volvía a casa con el yin y el yang de su ser completo.

El camino se hizo corto, agradable y sumamente tierno. Cuando la escuchaba hablar y contarle esas cosas le hacía ver la vida de otra forma. Él nunca se había parado a profundizar tanto sobre su vida, su alma o su equilibrio; él simplemente seguía con el curso de los días sin pensar mucho: se levantaba, se vestía y se iba a la oficina. Y así un día tras otro. Su vida era... ¿más simple? No, esa no era exactamente la palabra, la vida de María era igual de complicada que la suya, lo único diferente es que se permitía parar el tiempo y centrarse en sí misma. Pensando qué quería, qué sentía y todo lo que tenía. Entonces, quizás su vida era... ¿más completa? Quizás sí. Esa definición lo convencía más.

Cuando llegaron a la cima de la montaña, él, que no había ido nunca, solo pudo mirar sorprendido y abrir la boca. Ese lugar era espectacular, entendía perfectamente todo lo que ella le había descrito, lo que le había explicado y lo que había sentido mientras la escuchaba. Todo eso lo encontró allí.

Sintió el aire puro entrar por sus fosas nasales, instalarse en sus pulmones y llenarlos de paz. Sí, esa era la palabra, «paz». Paz que provenía de un paisaje salvaje y natural, donde la mano del hombre casi no había llegado. Las vistas desde allí eran demasiado mágicas. Si ir al cielo después de haber muerto era parecido a aquello, ¿dónde había que firmar? Solo se veía mar y vegetación. Ni un ruido ajeno a la naturaleza: las olas del mar, el piular de los pájaros, la brisa del aire acariciando las hojas de los árboles... Allí había tres de los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, agua y aire. Y ojalá el cuarto elemento nunca pasara por allí; ojalá el fuego nunca tuviera la oportunidad de conocer ese lugar y se quedara enterrado bajo tierra. Ese lugar que ahora se había convertido en su favorito y que seguro que pronto volvería a visitar.

friends

## CAPÍTULO 5

# Toda tuya

A mitad de semana las dos amigas quedaron para ir a un centro comercial de compras y cenar algo juntas por allí. Hacía más de una semana que no se veían y eso en ellas no era muy habitual. Los viernes solía darse su encuentro semanal para ponerse al día y empezar el fin de semana con energía. Aunque ya sabéis que María se saltó el último, y parecía ser que este viernes tampoco podría ser.

-Dichosos los ojos que te ven -le reprochó Alicia.

-Tonta, ¡ven y dame un abrazo! Que te he echado de menos -contestó con una de sus sonrisas reparadoras. María sonreía y el mundo caía a sus pies.

-Aix, y yo, princess... Pero parece que estás muy ocupada.

-Trabajo. Ya sabes. No siempre sale como uno quiere y ha coincidido en nuestro día. Pero estoy siempre que me necesites. Y hoy soy toda tuya. -Le guiñó un ojo y entraron en la primera tienda.

Eran fans de Inditex y alguna que otra tienda de marca más cara, pero que no podían visitar con tanta asiduidad. Entraron en Stradivarius y empezaron a mirar modelitos. Alicia era compradora compulsiva. Tenía en el armario ropa de la temporada anterior que todavía no había podido estrenar; aun así, seguía comprando. Se probó un par de vestidos básicos de manga corta con falda evasé; uno en azul marino y el otro en un rojo pasión que con unas sandalias podía ser un buen vestido para lucir las noches de verano.

En el probador se puso de puntillas y se recogió la melena en un moño informal en lo alto de la cabeza, había cogido un collar largo de bisutería con un círculo y unos flecos que caían de él. Era tremenda, en un momento se montaba un look ideal.

-Con las sandalias de cuña Desigual te quedará genial -dijo María.

-Gracias, darling. Me voy a llevar los dos.

María era más prudente y comedida. No le gustaba comprar ropa a lo loco. Y claro que le gustaba la moda, como a la mayoría de las chicas. ¿A alguna no le gusta ponerse mona, mirarse al espejo y ver lo radiante que está? Pues eso, me doy por contestada. Se probó unos jeggings negros que dejaban el tobillo al descubierto con una camiseta de tirantes rosa pastel que llevaba pedrería alrededor del cuello y en el borde inferior de la prenda, en rosa fucsia. Relativamente larga, le llegaba a medio trasero, pero le entallaba su estrecha cintura. Informal pero muy mona.

-Me encanta, María. Te queda ideal. Es un look muy tú. Deberías comprártelo todo.

-La camiseta me gusta mucho, pero los jeggings..., creo que tengo unos demasiado parecidos.

-No empieces. Ya sé cuáles dices; es cierto que se parecen, pero son largos. Estos te destapan el tobillo y te hacen parecer más alta. Estás muy guapa. No seas agarrada, que nunca viene mal tener pantalones en el armario, hija. Un día vas a tener que salir en bragas, porque no puedes ir en chándal a la oficina.

-¿Y no será mejor ir en chándal que en bragas? -rio-. No seas exagerada, tengo pantalones de sobra. -Pensó un momento y al final dijo:- Está bien, me los cogeré. Es verdad que nunca me

compro tobilleros y acabo con los mismos de invierno arremangados. Quedan bonitos.

Compras hechas. La centrada del equipo decidió que ya no se visitaban más tiendas. Era hora de ir a cenar y seguir hablando de sus cosas. Iban a dejar algo de dinero para la siguiente semana, porque, al ritmo de Alicia, María no llegaba ni a mitad de mes.

Decidieron visitar el mismo local de la última vez, que a ambas les gustaba mucho, picar un poco, un sándwich y un buen postre. Era suficiente para dos amigas a las que no les importaba el dónde, sino el con quién.

Era un local con referencias alemanas llamado König donde servían unas bravas que, para ellas, eran un escándalo. María las pedía siempre con la salsa aparte, para mojar las patatas lo justo que le diera una explosión de sabor en la boca sin venirse arriba con el total de calorías de la cena y por lo que llegaba a picar, todo hay que decirlo. Se podía pecar, pero sin abusar; había que guardar sitio para el postre.

Le gustaban muchos los americanos; esta vez escogió un New Jersey: con jamón york, huevo duro, queso, atún, salsa rosa y zanahoria. Finalizando siempre con un coulant. A eso sí que no se podía resistir.

Alicia era más de probar la variedad de hamburguesas que ofrecían; se decidió por una hamburguesa con berenjena, mousse de ricotta, crujiente de jamón y sésamo. Eso sí, como María, no había duda en el postre.

Se tomaron unas Coca-Colas cero, con su hielo y su limón, necesitaban refrescar unas gargantas que no paraban de trabajar. ¡Menudas dos cuando se juntaban! Eran unas máquinas de enlazar frases.

Se pusieron al día de los acontecimientos ocurridos durante la semana, pero a Alicia solo le interesaba un día en concreto, que al parecer su amiga intentaba pasar de largo como si hubiera borrado ese día del calendario.

-Cuéntame ya qué hiciste el viernes. No te creas que terminaremos la noche sin que me lo hayas contado.

-No fue nada especial -contestó sonrojada-, pasé el día con Carlos.

-¿Carlos? ¿Y quién narices es Carlos?

-Carlos, ¡mi jefe!

-¿Ese encorsetado que decías que no se relacionaba con nadie? ¿Que parecía un murciélago solitario que trasnochaba?

-Sí, ese Carlos -contestó sin poder evitar reírse.

-¿Quién eres tú? ¿Y qué has hecho con mi María?

Las dos se unieron en risas antes de proseguir. Su amiga le contó todo lo ocurrido el viernes sin darle más importancia de la que realmente tenía. Sí era cierto que María se había llevado una grata sorpresa con el descubrimiento de que su jefe tenía sonrisa, y una muy encantadora, por cierto. Le contó lo cómoda que estuvo con él y lo mucho que estuvieron hablando. Dónde comieron y lo que hicieron después.

-¿En serio lo llevaste allí? Siempre dices que ese sitio lo sientes tan tuyo que no te gusta enseñárselo a cualquiera, que cuanto menos gente aparezca por allí, más podrás disfrutar de su tranquilidad.

-Lo sé, lo sé. Pero no te puedo decir que me arrepienta, ni mucho menos. Me sentí tan a gusto que al estar allí fue como si no fuera la primera vez que íbamos juntos. No sé. Y tendrías que haber visto su cara, creo que nunca había visto nada tan hermoso y que fue capaz de dejarse cautivar por las sensaciones que desprende. Creo que él también necesita un lugar donde saber encontrarse. Carlos no es ese jefe encorsetado, hay un muchacho sonriente que se ha ido reprimiendo bajo el

traje.

-Estoy flipando contigo. ¿Así que eres su salvadora?

-No digas tonterías, simplemente surgió así. No fue premeditado.

-Pero mañana... -contestó con una sonrisa demasiado erótica para la ocasión.

-Mañana nada; bueno, sí, lo de mañana sí es premeditado. Pero solamente porque me invitó a comer, y sabes que eso no me gusta. Así que la comida de mañana es para devolvérsela.

-Ya..., eso no te lo crees ni tú, *princess*. Aquí hay tomate.

-¿Qué tomate va a haber? El único tomate que hay es el que tengo en la nevera para ponerle a los macarrones. ¡Déjate de historias!

Al terminar la cena se dirigieron a un local de copas que había en la planta de arriba del centro comercial, donde habían quedado con Rodrigo y el resto de la pandilla para tomar algo antes de recogerse a descansar.

La entrada no era nada llamativa, pero su terraza era *too much*. Era un espacio amplio, decorado con plantas naturales, lámparas tenues, sofás y mantas. Muy acogedor, relajado e íntimo. Lo descubrieron Alicia y Rodrigo una noche del verano anterior; habían abierto hacía unos meses y, aunque no estaba tan bonito como ahora, ya tenía su encanto y quedaron prendados. Tanto que íbamos con bastante asiduidad. Se había convertido en el lugar de las reuniones nocturnas con los amigos.

-¡Hola, cari! -exclamó de pronto Alicia al ver a su novio. Se le iluminaba la cara de una forma que quien no los conociera sabría de sobra qué había allí. Era una de esas parejas que desprenden envidia; de la sana, ¡eh!, no me malinterpretéis.

-¡Hola, morena! Ya era hora de que llegaraís. Ya pensábamos que nos ibais a dejar plantados.

-¿Cómo voy a plantarte yo a ti? Ya sabes que con María siempre nos liamos más de la cuenta, tenemos muchas cosas de qué hablar -contestó mientras le hacía un guiño a su amiga para que entendiera que el último tema de conversación quedaba sellado bajo sus labios.

-Sí, sí, sí..., eso ya lo sabemos todos de sobra. Menudo peligro tenéis vosotras dos -sentenció saludando a Alicia con un beso en los labios que inevitablemente todos quedamos embobados mirando. Eran pura delicia de caramelo de chocolate. La agarró de la cintura con su brazo derecho, la acercó hasta él, juntando así sus pechos, la abrazó con fuerza y mientras, con su mano izquierda, le acercaba la cabeza hasta conseguir juntar sus bocas en una. Se dieron un beso húmedo y caliente con más intercambio de flujos del necesario en aquel momento; si no fuera porque los conocíamos de sobra, hubiera parecido que llevaban días sin verse. Pero no. Ellos siempre se besaban así, con una necesidad enfermiza.

Una vez terminado el momento ardiente, Rodrigo saludó a María mientras su novia lo hacía con el resto del grupo. Después la rubia se acercó a Marc y Oliver y también los saludó. Este último aprovechó para propiciar un momento similar al de sus amigos instantes antes, aunque sin beso húmedo, claro estaba; María le podría haber dado un revés que hubiera terminado con la posibilidad de acercamiento (si es que había alguna posibilidad). Después se las ingenió para que se sentara a su lado en el sofá, echando discretamente a su amigo Marc, que antes ocupaba ese lugar. Este terminó en una butaca que quedaba en medio de las «parejitas», resoplando.

-Chicos, si vengo a hacer de candelabro, otro día me avisáis y me traigo las velas.

Todos rieron menos María, que sentenció muy sarcásticamente:

-Te cambio el sitio si lo prefieres, seríais una pareja fantástica.

Ahora ya no reían todos.

Dieron un sorbo a sus copas de *gin-tonic* y cambiaron de tema buscando una conversación más amena y menos conflictiva: del trabajo, de la novia que se había echado el hermano de Marc, del

cambio que se había hecho en el pelo la madre de Rodrigo (que todos habían visto en redes sociales)...

Recogieron pronto, al día siguiente tocaba trabajar y María no quería pasar la mañana dando bostezos frente al ordenador mientras se retocaba el rímel que se escurría por sus mejillas y acabar gastando horas nada productivas. Quería poder salir a la hora de comer, así que la mañana tenía que ser eficiente para poder dejar todo listo para el siguiente lunes.

Alicia había llegado con su amiga, pero a esta le tocaba volverse sola, porque ella ya tenía quien la devolviera a casa y el final del trayecto sería más interesante con su novio que con su amiga. Como siempre, Oliver se ofreció a acompañarla, pero esta le dijo que había aparcado muy cerca y que no se preocupara, que hoy sabía llegar sola. No era por falta de ganas, que conste, pero se había levantado con los pintores, así que su sesión de sexo quedaba anulada hasta próximo aviso.

Se despidió de sus amigos y se fue directa a dormir, no sin antes desmaquillarse para no acabar con unos ojos de panda mañaneros que no se limpiaban ni con el estropajo de la cocina.



## CAPÍTULO 6

# Turmalina rosa

El viernes amaneció muy soleado, así que al mediodía las temperaturas serían de esos días ideales para ir a tostarse a la playa con su amiga. Pero no. Este viernes tocaba hacer otras cosas. Y la verdad es que le apetecía, y mucho.

María se vistió veraniega, con una minifalda vaquera, un top de tirantes básico de color blanco que sobre el pecho izquierdo dibujaba una sonrisa con la palabra *smile* en rosa fucsia, de algodón puro, ajustado a la cintura; unas Converse blancas y un collar con cinta de cuero negra ajustado al cuello que tenía una piedra preciosa llamada turmalina rosa. Se la regaló su madre cuando apenas era una niña y le tenía un cariño sumamente especial.

Le explicó que era la piedra del corazón perfeccionado, fuerte, vital y llena de pasión por el amor y la vida. Tenía el poder de aumentar la alegría de vivir, revitalizar la pasión y la alegría en la sexualidad (esto último lo descubrió más tarde, su madre se lo saltó). Ayudaba a tener una mejor relación de pareja; era una piedra protectora que canalizaba las energías negativas en buenas.

Cuando su madre leyó todo eso, supo que era perfecta para su hija; aunque la importancia de regalársela residía en que, según decía, ayudaba a neutralizar los efectos nocivos de los ordenadores y otros productos electrónicos. A esa parte María no le dio tanta importancia.

Una vez que hubo desayunado su porción de fruta diaria con un yogur relleno de avena y chía, salió hacia la oficina a poner en marcha un nuevo día.

Cuando llegó se sorprendió al encontrarse a su jefe en la sala de descanso. Era la hora de tomarse el café con sus compañeros de departamento, como todos los días. En cambio, ese día, ellos no estaban y solo había un Carlos distinto al jefe que estaba acostumbrada a ver. La invitó con una sonrisa radiante. Recién levantado, él ni siquiera había desayunado. Estaba más guapo que de costumbre. O eso creyó María.

-Buenos días, María -dijo repasando su cuerpo, de las piernas hacia su cintura de avispa, con una mirada picaresca. «Ella siempre tan informal pero tan seductora», pensó. Hasta encontrarse con su mirada brillante y llena de luz, y le sonrió. Le sonrió de esa forma que le recordaba tanto a ese Carlos que se había escondido.

-Buenos días, jefe, ¿cómo tú por aquí? -rio una inocente María.

-Iba a sacarme un café y has llegado, casualidades de la vida. Y, por cierto, llámame Carlos, por favor.

-No recuerdo haber tenido otras casualidades así, con el jefe -puntualizó-; creía que te lo tomabas en el despacho.

-Pues quizás he decidido cambiar eso. Alguien me enseñó que sería más feliz si vivía la vida de una forma... más completa. Y quizás tener más contacto con mis empleados me pueda ayudar.

María se quedó asombrada de escuchar esas palabras de la boca del que había sido el jefe

menos sociable que había tenido opción de conocer. «¿Tenía que ver lo que hablaron la tarde que estuvieron juntos? ¡Qué tontería! -pensó María-. De cualquier otra cosa sería».

-Pues me alegro, Carlos; en esta vida hay que ser lo más feliz que se pueda, porque nunca se sabe cuándo se puede acabar, y cuando llega ese momento ya no hay vuelta atrás y todo lo que se quedó por vivir, simplemente, se quedó.

Terminaron el café y cada uno se fue a su mesa de trabajo a iniciar el día. María se encontró a sus respectivos compañeros colocados como si hubieran pasado allí la noche, y ellos solos reconocieron no haberse tomado el café porque estaba el jefe rondando por la sala y no les apetecía hablar de sus cosas estando él allí.

María se rio para sus adentros, pensando en que Carlos no era el jefe que ellos conocían; que ella estaba teniendo una oportunidad extra para indagar en sus pensamientos que sus compañeros no conocían y no podían descubrir, por lo menos, no por ahora. Era el jefe, eso estaba claro, había cosas que debían quedar así, simplemente, como el jefe. Y mezclar las cosas era... complicado.

A media mañana la llamó al despacho para darle unos documentos; al parecer, Ángel se había equivocado con la documentación de una empresa que era bastante importante en la asesoría y este decidió que a partir de ahora la llevaría ella.

-Creo que debería llevarla Marta.

-No seas modesta. Tú puedes perfectamente.

-Estoy segura de que puedo. No es eso lo que quiero decir. Lo que pasa es que ella lleva más tiempo. Y esta empresa es importante.

-En su momento, Marta ya se la cedió a Ángel porque ella ya tiene suficiente trabajo y no puede aceptar más; ni yo dejaré que lo haga. Así que, como no ha sabido aprovechar esta oportunidad cometiendo un error que la empresa no va a dejar que se repita, es tu turno.

-Está bien, lo haré yo. Gracias.

Y cuando se disponía a salir del despacho, de pronto, una voz susurrante a sus espaldas la volvió a llamar.

-María, espera un momento.

-Dime, jefe.

-Carlos, llámame Carlos, por Dios.

-Dime, Carrr-los -contestó con un tono de retintín.

-¿Sigue en pie la comida de hoy?

-Por supuesto. Así habíamos quedado, ¿no? -Y sin darse cuenta se había puesto a la defensiva, levantando la ceja derecha con cara de incredulidad.

-Disculpa, sí. Es solo... que pensé que quizás había quedado en el aire.

-No, Carlos. Yo no dejo nada en el aire. -Se dio la vuelta con una chulería con la que no había entrado y se volvió a su mesa.

Carlos se quedó sonriendo por haber confirmado esa comida que tanto le apetecía y ver la actitud de ella, era una caja de sorpresas.

En ningún momento creyó que algo había quedado en el aire, pero darlo por hecho sin confirmarlo era de una confianza de la que todavía no podía agenciarse.

Él ya había avisado a su mujer que tenía un par de reuniones que le ocuparían toda la tarde y ella le contestó que aprovecharía para ir a ver a su hermana, que no lo estaba pasando muy bien con la adolescencia de su sobrina. Problema resuelto.

Los dos esperaron en sus respectivas mesas hasta que todo el mundo se había ido de la oficina. De pronto, sonó el teléfono del despacho:

-Ya se ha ido todo el mundo, te espero en la sala de descanso. No tardes, que es feo hacer

esperar. -Colgó.

Esperó a Carlos mientras llamaba al restaurante donde irían a comer para hacer la reserva. No era un gran sitio, así que no hacía falta pedir mesa con mucha antelación; pero sí era importante llamar antes para asegurarse de encontrar libre la mesa deseada. No le gustaba ir y no poder aprovechar una de las buenas mesas que tenían, que le tocara interior o cualquier esquina de la que se olvidan hasta los camareros.

Colgó y apareció él. Este ya no era su jefe, ya no tenía ese aspecto serio y arrogante, se lo habían cambiado. Se había quitado el traje y se había puesto unos vaqueros rotos del tono de su minifalda con una camiseta azul marino que tenía unas letras en amarillo y naranja que ni llegó a leer de lo pasmada que se quedó. Lo repasó de arriba abajo con trabajo para aguantar la boca cerrada y disimular su cara de sorpresa. ¿De dónde había salido ese tío tan guapo? ¿De verdad estaba escondido debajo de un traje? ¿En serio el traje lo podía estropear tanto? «Ojú, miarma», pensó acordándose de sus últimas vacaciones en Sevilla.

-¿Vamos? -soltó Carlos volviendo a su empleada a la realidad, sonriendo por cómo vio que lo miraba-. Te llevo, que tengo que dejar la mochila con mi ropa en el coche.

-¡Ni lo sueñes! ¿Has visto qué sol hace? ¡Vamos a cabrioletear! -rio pegando un salto que de nuevo llevó a Carlos al chiquillo de su juventud. Esta niña era pura energía.

-Está bien. Pero pórtate bien, que quiero llegar a casa entero, ¿eh!

Se montaron en el coche. Lo descapotó, puso su CD de Melendi llamado Ahora y arrancó con suavidad.

Mientras se dirigían hacia el restaurante, Carlos no podía evitar mirar el movimiento de sus piernas cada vez que esta cambiaba de marcha. Esa falda le parecía demasiado corta como para poder esconder sus instintos masculinos. Sus ojos tenían vida propia y la imaginación era libre. Imaginando no hacía nada malo, ¿no? Pero lo que le ocurría imaginando ya era algo que no podía esconder; cuanto más movía las piernas a él más se le apretaban los pantalones. Y es que María le estaba brindando una imagen tremendamente sexy, conduciendo con la melena al viento, los labios humedecidos, el cinturón marcando la forma redondeada y perfecta de sus pechos, la falda que al sentarse había subido un poco más de la cintura, quedando extremadamente corta, y las piernas... las piernas sin dejar de rozarse a cada uno de sus movimientos, como si el cosquilleo que se hacían entre ellas fuera algo que le produjera el mismo placer que le producía a él tan solo de verlo. «Carlos, céntrate -pensó-. Espero que no tardemos mucho en llegar».

María, al girar la cabeza, se encontró con un Carlos tenso que no estaba disfrutando del viaje tanto como ella. Se sentía cómoda, libre, disfrutando del sol y de la brisa que movía sus cabellos provocándole un suave cosquilleo alrededor del cuello. Miró la velocidad. No, no iba rápido. Le había dicho que condujera con cuidado. ¿Estaría nervioso por su forma de conducir? No puede ser, iba a una velocidad más que adecuada para el tipo de vía por la que iban. Pensó que ya estaban a punto de llegar, así que no le dio más vueltas al asunto ni le dijo nada.

Cuando aparcaron, en una zona de pago muy cercana a la playa, lo vio suspirar y bajar relajando el semblante. Sí, claramente estaría nervioso por el trayecto. Dio la vuelta a su coche y lo fue a buscar dándole una caricia en el brazo; una caricia del hombro hasta caer por el quicio de su codo, suave, un roce efímero que si lo pensaba fríamente casi ni lo tocó. Una caricia que le recordó a esa primera, al día que le hizo la entrevista; la electricidad que le radió por el brazo y le llegó hasta la garganta le hizo transportarse a ese momento en el que había sentido su caricia incluso debajo de la ropa. Esta vez había sido peor. Esta vez no estaba el traje de por medio. Esta vez de verdad el roce de sus dedos había acariciado su piel consiguiendo que se erizara hasta el último vello de su cuerpo. María le sonrió y lo devolvió a la realidad.

-Está cerca de aquí. Y espero que te guste.

-Seguro que sí -contestó pensativo.

Fueron de camino al restaurante por el paseo marítimo sin hablar. María sonreía, le brillaban los ojos y caminaba de una forma tan sensual que parecía que bailaba. Miraba el mar, se la veía respirar profundamente. De vez en cuando incluso cerraba los ojos. Carlos pensó que en otra vida debió de ser una sirena: tan amante del mar, del sol, tan risueña, tan sexy, tan... ¡para! Carlos dejó de pensar. No podía seguir por ese camino. Él no era así, ¿qué le estaba ocurriendo? Que era su empleada, ¡por Dios!

La playa estaba bastante concurrida de madres con niños que habrían quedado para pasar la tarde del viernes, familias en vacaciones, parejas que se amaban con miradas ardientes sobre la arena, abuelas que se escondían bajo el parasol, adolescentes que reían y chillaban en grupo, gente que paseaba, algún que otro loco que hacía deporte, y no lo digo por el deporte, que conste, lo digo porque casi eran las tres de la tarde de un soleado día de junio y, la verdad, con el calor que hacía, no sé si tonificaban, pero, desde luego, sudar sí que lo hacían.

Pasó un chico, corriendo, con unos auriculares inalámbricos que seguramente dejaban escapar las notas de alguna canción cañera. Miró a María más de la cuenta y esta le devolvió la mirada en una sonrisa tímida, como si no supiera de qué iba la cosa; pero por supuesto sabía de qué iba, muy bien lo sabía. Carlos se tensó; «pandilla de descarados», pensó. ¿No había salido a correr ese muchacho? Pues debía centrarse en mover sus piernas y respirar, y dejarse de estar mirando a las chicas que no le incumbían.

-¡Hola, Oliver! Tengo una mesa reservada para dos -escuchó de repente, dándose cuenta de que se había perdido mirando a aquel chaval sudado de torso firme.

-Tu mesa, bonita. Preparada como siempre. Aunque veo que hoy has cambiado de compañía -dijo el camarero mirando de reojo más serio de la cuenta a Carlos.

-Te presento a Carlos, mi jefe. Este es Oliver, un amigo.

-Un buen amigo -puntualizó-. Vienes muy guapa, María. Sabes que me encanta cómo queda ese collar con el tono de tu piel. -Y le guiñó un ojo antes de irse.

María le pegó una mirada para que este entendiera que ese comentario había estado fuera de lugar mientras Carlos se fijaba en el collar que ni siquiera había visto. Se sentaron en su mesa, era la que siempre pedía cuando iba con Alicia. Porque siempre solía ir con ella. Quedaba bien resguardada del sol con los separadores de bambú y el parasol de publicidad que tenía encima. A ella le encantaba. Podía disfrutar de ver, oír y oler el mar sin tener que comer con la angustia de un sol abrasador que te calienta la bebida en un pestañear. Estaba preparada con vasos, copas de vino, cubiertos, platos blancos y brillantes como si fueran nuevos, servilletas de ropa y con el toque de una planta de menta natural sobre la mesa. Le encantaba el olor de esa planta. El restaurante tenía algunas de ellas repartidas por las mesas, aunque no en todas. Pero, como Oliver ya la conocía, siempre le ponía una en su mesa cada vez que reservaba.

Otro camarero fue el que les llevó las cartas, cosa que Carlos agradeció. María pidió directamente por los dos arriesgándose a que a su acompañante no le gustara lo que había elegido tanto como a ella.

Picaron unos mejillones al vapor, una ensalada de queso de cabra con vinagre de Módena, fresas y dátiles, unas tostadas de pan de cristal con tomate y jamón serrano y unas croquetas caseras que quitaban el hipo.

-Os traigo la paella mixta que habéis pedido -les sirvió- y os dejo el restante en la mesa auxiliar por si queréis más. Os traigo otra botellita de vino blanco, ¿verdad, María? -preguntó afirmando el camarero.

-Por supuesto. Gracias.

Carlos estaba entusiasmado con la comida, todo estaba riquísimo y la paella había sido la mejor elección. A él le encantaba ese plato, aunque era más de la de marisco; a su mujer le quedaba muy buena y le pedía a menudo los domingos que se la preparara. Pero, claro, eso no lo dijo, solo lo pensó.

-¿Vienes a menudo por aquí?

-Sí. Me gusta mucho. Se come bien y me encanta la situación. Ya te habrás dado cuenta de que soy fan del mar y lo busco fuera de la oficina siempre que puedo.

-Es imposible no darse cuenta -rio-. Todo está muy bueno, no puedo decir lo contrario. ¿Hace mucho que conoces al camarero?

-¿A Oliver? -preguntó mientras lo buscaba con la mirada con un rubor en las mejillas que Carlos todavía no había visto-. Es un amigo de la pandilla y nos solemos ver todas las semanas. Es un buen chico.

-Buen chico, ya... -Valoró un momento si seguir o mejor callar-. ¿Y sois muy amigos?

-A ver, Carlos, no sé qué quieres que te diga. Somos buenos amigos, sí, y cuando surge, pues surge, no te voy a engañar. Pero sin más. Somos amigos -remarcó enfadada esa última frase dando por finalizado el interrogatorio. Hablar de Oliver era algo que siempre la tensaba; ni ella sabía qué tipo de relación tenían, como para andar explicándola. Pero lo que sí sabía era que no tenía nada que ver con las que no te permitían conocer a otras personas, pero que, independientemente, no tenía por qué darle ninguna explicación.

Al terminar de comer, María se despidió de Oliver con un beso en la mejilla que él aprovechó para alargar más que un simple beso con una amiga que pasa a verte por el trabajo. Los dos sabían qué situación estaban viviendo, y a él verla con otro tipo no le gustaba ni un pelo; por más que ella lo hubiera presentado como su jefe, vio perfectamente cómo este lo miró, con esa mirada de propiedad que solo los hombres se echan unos a otros. Una mirada que fue recíproca, por supuesto. Quería a María, a pesar de lo que ella intentaba negar, y que su acompañante fuera su jefe todavía le daba más miedo.

Decidieron terminar la tarde viendo una película nueva de acción que acababan de estrenar en el cine. Ella propuso el plan y él decidió la película. Él solo iba al cine para ver ese género; para «ñoñerías» (como él llamaba al género romántico) se quedaba en el sofá de casa. Pero a ella no le importó, más bien le hizo gracia recordando a Alicia. Las «ñoñerías» las veían juntas.

Compraron unas palomitas, dulces para ella y saladas para él. Y como ya había aprendido de qué iba la cosa, se aseguró de pagar él para poder repetir.

La película fue entretenida y los dos salieron relajados hablando de lo sucedido en ella. Hasta que ella tropezó mientras buscaba las llaves del coche en el bolso, con la mala o buena suerte de que él la interceptó a tiempo y quedó postrada sobre su pecho, que se movía agitado por la respiración entrecortada. Levantó la mirada, sonrojada por lo patosa que era, y se encontró con un Carlos tremendamente sensual mirándola con una expresión que no supo descifrar, y sin pensar postró sus labios en la comisura de su boca. Cerró los ojos. Qué piel tan suave y qué bien olía.

Carlos no pudo ni parpadear; con sus manos le agarró la cabeza y la acercó suavemente a sus labios. Cerró fuerte los ojos y sintió cómo sus labios carnosos y húmedos se apretaban sin ninguna intención de recular. Era dulce, explosiva y tremendamente sensual. Su lengua salió en busca de una nueva compañera que encontró a medio camino; se enlazaron como si llevaran años haciéndolo, como si eso fuera lo más habitual. Sintió el calor en su entrepierna que le indicaba que estaba preparado, que quería más, y agarró a María por una nalga y la apretó fuerte contra su cuerpo deseándola como hacía tiempo que no deseaba a nadie.

Ella se dejó y saboreó el momento. Al separarse, los dos sonrieron avergonzados como dos adolescentes que se acaban de conocer.

Regresaron a la oficina a buscar el coche de Carlos en silencio y se despidieron con un simple «que tengas buen fin de semana».



## CAPÍTULO 7

# He quedado

Cuando llegó el momento de volver a la oficina, a María le rodeaba un aura de incertidumbre acerca de cómo iba a ser el reencuentro. Si la iba a saludar su encorsetado jefe o su amigo sonriente Carlos. No tenía ningún tipo de expectativa después de lo que había pasada unos días antes. La despedida fue extraña, un poco tensa. No supo descifrar lo que vio en su mirada cuando se fue. En el momento en el que dos personas se conocen y se besan, no tienen por qué acabar en la cama, pero... al menos despedirse con una sonrisa y una alegría en la mirada, ¿no? Se quedó pensando si Carlos se habría arrepentido de haberla besado; al fin y al cabo, era su jefe. ¿Y si debía frenar ese acercamiento? ¿Y si podía suponer algún problema para su trabajo? No. Eso no podía ser. Ese era su trabajo por encima de todas las cosas, y eso prevalecía.

Carlos seguía confuso; no había pegado ojo en todo el fin de semana dándole vueltas al asunto: el acercamiento con María, lo que sintió, de todo lo que se olvidó... algo querría decir, ¿no? Con ella se sentía tan cómodo que ni él mismo se lo sabía explicar. Había estado a punto un millón de veces de mandarle un mensaje al móvil, de decirle que se acordaba de ella, de pedirle disculpas por la forma en que se fue, por abrumarse como un chiquillo cuando él mismo lo había propiciado. Pero no tuvo valor. No sabía si debía seguir alimentando ese fuego que crecía en su interior o si debía apagarlo y seguir con su vida; que, aunque no le llenaba, le era cómoda.

Tenía una rutina establecida, un trabajo que de sobra le daba de comer, una compañera con quien había decidido pasar el resto de su vida... ¿Valía la pena sacrificar todo eso a cambio de...? ¿A cambio de qué exactamente? ¿A cambio de un calentón? No. Eso no era. Sabía de sobra que un calentón no era, pero... ¿sabía realmente encontrar una palabra que definiera esa sensación? Lo único que sabía es que estaba hecho un lío, que llevaba tres noches intentando aclararse antes de verla de nuevo y no lo había conseguido.

Cuando María llegó a la oficina se encontró con sus compañeros en la sala de descanso para tomar un café mañanero todos juntos, como siempre solían hacer. Hablaron del fin de semana: Ángel al fin les contó que estaba conociendo a un chico y que no les había querido contar nada hasta que lo tuviera todo claro. Necesitaba sentirlo real y no fruto de su imaginación.

Marta el sábado salió a caminar con sus amigas y subieron a un castillo que había sobre la cima de una montaña en un pueblo cercano, y pasaron un día de picnic allí. Se rio mientras contaba que el domingo lo necesitó de descanso para recuperarse de la paliza que le habían dado sus amigas y que después de ducharse intensamente se espachurró con sus gatos en el sofá hasta que el repartidor que le llevaba una pizza recién hecha tocó el timbre de su puerta.

Terminadas las risas y puestos al día, subieron a arrancar la jornada. María miró al fondo del pasillo y vio que en el despacho había luz. Carlos últimamente era de los primeros en llegar a la oficina.

La mañana transcurrió con normalidad hasta que el teléfono sonó.

-¿Puedes venir un momento, por favor? -No hubo respuesta; solo un golpe seco. «Muy bien, me

ha colgado», pensó Carlos.

Al momento, entró por la puerta del despacho una María guapa y sonriente; pero estaba tensa y su cara lo mostraba. Era demasiado transparente para andarse con formalidades. Estaba disgustada y se le notaba. Carlos resopló y la invitó a sentarse. Su actitud no lo ayudaba a decidir qué debía hacer.

-Quería hablar contigo sobre... -No pudo terminar la frase cuando María ya lo había cortado.

-No te preocupes, jefe, todo está bien.

-No, María, no está bien. Deberíamos hablar.

-Si no me necesitas para nada más, voy a volver al trabajo. -Salió tajante del despacho, sin dar opción a réplica.

Carlos resopló y hundió la cabeza sobre sus manos, apoyado con los codos en la mesa. No esperaba esa reacción, él quiso sincerarse un poco de lo que sentía estando con ella y abrir paso a... ¿quién sabe? Sí, había decidido dejarse llevar por todo lo que transmitía esa chica; de ahí no podía salir nada malo, porque le hacía sentir que era alguien distinto, y eso le gustaba. Pero... ¿qué le había ocurrido a María? ¿Por qué esa frialdad de repente? ¿Se equivocó al besarla? Eso no importaba, no lo pudo evitar; no fue algo premeditado, simplemente, surgió. Y a ella tampoco le importó; aunque eso fue al momento. Quizás pasado el fin de semana lo veía distinto. Quizá se había arrepentido y pensó que no podía volver a pasar porque era su jefe, y punto.

Volvió a llamarla para que acudiera al despacho. La escuchó descolgar. Y, tras indicarle su petición, solo escuchó un golpe seco. Está bien. Le había colgado de nuevo. Se quedó esperando, pero no, esa vez María no apareció. Tenía que buscar otra forma para lograr un acercamiento y poder hablar con ella.

Las horas pasaron. La vio recoger sus cosas y marcharse de la oficina. «Maldita cabezota», pensó; lo había tenido todo el día sin hacer nada productivo. Carlos también decidió que era hora de irse y desconectar.

Iba de camino a casa cuando se dio cuenta de que su coche conducía solo, se dirigía a otro lugar. Lo llevó a encontrar su paz donde María le había enseñado que estaba. Paseó, respiró, se dejó envolver por los sonidos del cantar de los pájaros y perdió su mirada donde el mar se unía con el cielo y no se sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Llevaba rato pensando en qué era lo más acertado y al final tomó la decisión de mandarle un mensaje. No lo había querido hacer antes porque no estaba bien. Ella no le había dado el teléfono, no de esa forma. Él abusó del poder que tenía y lo había sacado del fichero de sus empleados. «De perdidos al río», se dijo a sí mismo. Tacleó y escribió:

«Solo quiero que sepas que estoy encantado de haberte descubierto y respeto si quieres que siga siendo tu jefe. A mí me encantaría seguir disfrutando de tu compañía. Está en tus manos». Enviar.

«Es solo que no quiero que esto pueda afectar a mi vida profesional», contestó con un nudo en la garganta. Ella creía que podría ser fácil poner tierra de por medio y continuar como la empleada y el jefe encorsetado.

«Te demostraré que eso no será así». Se dio por satisfecho con esa contestación. No estaba arrepentida, estaba temerosa. Estaba siendo prudente y lo entendía, e, inevitablemente, que solo fuera eso le alegraba.

Al día siguiente llegó pronto, como de costumbre; se sacó un café: solo, largo y sin azúcar. Y se sentó a esperar como había hecho días antes. Vio llegar a Marta y Ángel, que también recurrieron a la máquina y, después de mirarlo de reojo, subieron a sus respectivas mesas. Sabía de sobra que él allí molestaba y que los empleados salían despavoridos al verlo, y aunque en otros momentos esa situación le hubiera hecho sentir poderoso, ahora le empezaba a causar incomodidad. Aunque,

la verdad, en ese preciso momento él solo quería coincidir con una personita en concreto.

Cuando la vio entrar por la puerta central, rápidamente se levantó a sacarle su café, con leche y extra de azúcar, y cuando ella llegó, esperando encontrarse a sus compañeros de departamento, se encontró con un guapo y apuesto Carlos que la esperaba sonriente tendiéndole su café mañanero. Un olor a perfume de mujer lo embriagó; aunque no se había dado cuenta hasta ese momento, ella siempre olía así de bien...

-Buenos días, María. ¿Cómo estás? -le dijo tendiéndole el café.

-Bien.

-Huelo de maravilla ¿Qué perfume usas?

-Pues yo solo huelo a café. No esperaba encontrarte aquí, jefe.

-Carlos, por favor, ya no sé cómo decírtelo.

-Voy a trabajar. No quiero que mi jefe -dijo de nuevo acentuando esa palabra que él detestaba- se piense que pierdo el tiempo tomando café -contestó con sorna.

-Por favor... -la cogió del brazo suavemente y mientras la miraba con cara de cerdito degollado la atrajo hacia él; cerca, pero con una distancia prudente, ya que era su empleada y podía verlos cualquiera-, tómate el café conmigo.

-Dos minutos -sentenció.

-¿Quieres acompañarme el viernes a comer? Conozco un lugar que seguro que te va a encantar.

-La verdad es que no quiero, pero, además, este viernes no puedo. Ya he quedado. Gracias por el café. -Se dio la vuelta con una sonrisa entristecida y subió a la oficina. Se moría de ganas de pasar tiempo con él, pero sabía que era mejor así. Debía zanjarse el tema cuanto antes.

Cuando llegó a su mesa, los reprendió por no haberla esperado para tomar el café, mientras se ponía cómoda y arrancaba el ordenador. Y estos se excusaron en que habían llegado demasiado pronto y se les habría enfriado el suyo mientras la esperaban. Se miraron de reojo con una sonrisa pícaras e inocentes pensaron que María no les habría pillado la mentirijilla. ¡Ni que fuera tonta!



## CAPÍTULO 8

# Bragas a la fuga

La semana transcurrió con relativa normalidad. Carlos cada día repetía la misma acción a primera hora de la mañana. La aguardaba con un café. Y, como quien no quiere la cosa, sus compañeros cada día tenían una nueva excusa para no esperarla en la sala de descanso. Pensó si se habrían dado cuenta de lo que de verdad ocurría o, simplemente, se acordaban de la estampa de la madre de su jefe al verlo cada mañana.

Aunque se quería resistir y ponía todo su empeño, no podía evitar sentirse a gusto y sonreírle. Podría acostumbrarse a que un jefe encorsetado, pero apuesto y guapo, la invitara a café todas las mañanas. Echaba de menos su momento con los compañeros; pero tampoco le disgustaba pasarlo con Carlos.

Cada día se las ingeniaba para encontrar cinco minutillos en los que todos levantarán la cabeza del ordenador y darse ese «cotilleos time» entre los tres. Las chicas estaban inmersas en la historia de Ángel, que avanzaba a pasos agigantados, y no querían perder detalle. A María le emocionaba verlo con tanta ilusión, aunque no podía evitar sentir un poquitín de envidia; sana, pero envidia. ¿A quién no le gusta sentir ese cosquilleo? ¿Esas mariposillas? ¿Encontrar a esa alma gemela que te complementa? Ansiaba poder descubrir ese sentimiento, pero también sabía que era joven y que ya tendría tiempo para ello. Era muy bonito, pero también era complicado. Y ella así no estaba tan mal. Tenía previstas muchas cosas antes.

-Buenos días, María, qué guapa te has puesto.

-Hola, Carlos; suerte que ya es viernes, tienes cara de cansado. Te vendrá bien el fin de semana.

-Sí, seguramente. No estoy pasando muy buenas noches. Me cuesta dormir. ¿Sigue en pie tu plan? ¿O quieres venir a comer? -Le salió una sonrisa provocadora que a María le pareció como si una cucharada de chocolate fundido le recorriera todo el cuerpo: suave, dulce, caliente...

«Céntrate, María», pensó.

-Lo siento, sigue en pie mi plan. Yo, si quedo, he quedado; no dejo las cosas a medias -contestó con un toque de chulería, pensando en lo que le esperaba.

Al mediodía sonó el teléfono. Oliver la llamaba para decirle que se pegaba una ducha y la esperaba en su portal para recogerla. Asintió y empezó a recoger sus cosas.

Se había puesto la ropa que había comprado unos días antes con su amiga Alicia y se sentía bonita. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja sobre su hombro derecho y se había puesto unas sandalias de verano con plataforma de esparto, de color negro y que tenían unos detalles en rosa fucsia que le combinaban un look perfecto. Y, de nuevo, sonó el teléfono:

-A, ver hijo, que ya voy -contestó un poco enfadada por no dejarla ni recoger.

-Ya veo que estás ocupada -rio Carlos.

-¡Ay, ay, perdón! -soltó sonrojándose por la metedura de pata-. Es que me acaba de llamar un amigo que... -cortó la explicación, a él no le importaba-. Dime, ¿qué necesitas?

-Nada, no te preocupes. Recoge, que te esperan. -Maldijo pensando con quién habría quedado.

Cuando llegó a su casa, aparcó en el garaje y subió a la calle por el ascensor. Oliver ya la estaba esperando. Lo miró entero, sin perder detalle, y tubo que apretar fuerte los muslos para mantener a raya sus instintos. Llevaba unos shorts por encima de las rodillas, blancos y apretados..., terriblemente apretados, con una camisa azul marino y detalles a conjunto con el pantalón; los dos primeros botones desabrochados insinuando su pecho varonil, con un leve tono de moreno y cuidadosamente depilado. El final de la camisa le quedaba suelto alrededor de la cintura, metiéndose delicadamente en la parte delantera mostrando el botón por donde se abría la puerta del placer. Su media melena rubia, despeinada, le daba ese toque que hacía que todas las féminas cayeran a sus pies.

-Qué bonita estás, rubia -dijo con su sonrisa de medio lado.

-Tú tampoco estás mal -contestó guiñándole un ojo.

Se montaron en el coche y fueron al centro comercial donde habían quedado al atardecer con el resto de sus amigos. Comieron en una brasería: ella una hamburguesa de ternera con lechuga, tomate, cebolla caramelizada, queso de cabra y compota de manzana, acompañada con unas chips de boniato. Él un entrecot poco hecho con rúcula y patatas fritas. Se tomaron entre los dos una botellita de vino blanco que se terminó antes de llegar al postre. Después siguieron con un poco de agua fresca que mantuviera la temperatura del ambiente.

Oliver se pasó la comida buscándola, con miradas, roces de mano, cumplidos y sonrisas. El día podía terminar muy bien, pero no sin antes poner de su parte. Su acompañante era de lo más sensual con toda la naturalidad, pero había que ganarse su cariño. No escogía al azar, tenía muy claro qué quería y con quién. Así que, si querías formar parte de su tiempo, no sería gratis. Era de las que pensaban que todo esfuerzo tenía una recompensa. Y eso era María para Oliver, una recompensa que le daba la vida para cuidar y disfrutar.

Pasaron la tarde haciendo sesión de película en los cines del centro comercial y, aunque vieron una película de acción que no estuvo mal, María no pudo evitar tener la cabeza en otro sitio. Hacía muy poco que había disfrutado de la comodidad de las butacas, pero en otra compañía. Y le fue inevitable recordar...

Al acabar, se dirigieron al local de la semana anterior, donde sus amigos ya habían llegado, y allí hicieron la primera ronda de gin-tonics. Tomaron cuatro cosas de picar a modo de cena y siguieron bebiendo y compartiendo risas.

Alicia y Rodrigo se pasaron la noche dándose arrumacos, y eso hacía que Oliver también se animara y fuera buscando el acercamiento que ya había intentado durante la película. Aunque María no lo propiciaba, se dejaba querer. No podía negar que el chico la atraía y mucho, solo tenía que mirarlo para sentir el calor que su cuerpo le transmitía, pero tampoco estaba loca por sus huesos.

En el local se escuchaba el hilo musical, siempre eran notas calmadas como el jazz o el soul, que, junto con las luces tenues, propiciaba los preparativos de la noche.

Pasada la medianoche, aunque María estuvo intentando no venirse arriba con sus amigos delante, la verdad es que ya estaba sintiendo su ropa interior en modo «bragas a la fuga». Así que sin sutileza alguna (porque ya la había perdido en la tercera copa) deslizó su mano por las piernas del surfero, agarrándolo a su paso con fiereza. Mientras su mirada ardiente corría de su boca a sus ojos y volvía a mirar esos labios que deseaba besar, su mano casi llegaba a la entrepierna y las reacciones del roce de su mano no tardaron en hacerse presentes. Ese pantalón era demasiado ceñido para aguantar semejante presión. Oliver carraspeó y se removió nervioso sobre el sofá, mirando hacia los lados como si le importara que alguien los viera. María se acercó a su cuello, él sintió el aire de su respiración entrecortada que le erizaba el vello, lo besó más húmedo de lo

que podría haber llegado a imaginar en sus sueños más perversos y le susurró al oído que era hora de marcharse.

Oliver no lo dudó. Se levantó y se despidieron de toda la pandilla.

De camino, en el coche, creían que no iban a llegar a casa. Intentaba concentrarse en conducir, pero María se lo ponía muy difícil. Empezó mirándolo con esa sonrisa tan suya, tan sensual y tan perdidamente perversa que hacía que él perdiera los nervios. Le empezó a decir lo *sexy* que resultaba mirarlo conducir y lo guapo que se había puesto aquella noche. Rozó su entrepierna, que hubiera querido estar relajada durante el camino, pero la mano de María no la dejó. Oliver cerró los ojos y suspiró. «Madre mía, así no se puede conducir», pensó. Le pidió que estuviera quieta, que le apretaban los pantalones y, aunque ella quiso desabrocharle el botón para liberarlo, él la miró reprimiéndola.

Se moría de ganas, pero debían llegar cuanto antes si no querían acabar en la cuneta haciéndolo salvajemente y sin protección.

Aparcaron en el garaje del edificio, había plazas libres y María le indicó que podía dejar su coche allí. Al bajar, se apresuraron al ascensor y, antes de que se cerraran las puertas, Oliver la apretó contra la pared, metiéndole la mano por dentro de los pantalones mientras la besaba con pasión. Hizo que un gemido le escapara de la garganta en un susurro que intentaba reprimir. Estaba húmeda, caliente y deseosa de más.

Entraron con prisa en el piso, dando un golpe con la puerta al cerrar de una patada. Oliver empezó a quitarle la ropa de camino a la habitación. La camiseta voló mientras ella se quitaba las sandalias. Oliver le desabrochó los pantalones, la tumbó en la cama y se los quitó mientras le besaba alrededor del ombligo. Después se deshizo de la suya y ella lo miraba descarada con deseo. Le encantaba disfrutar de las vistas: estaba moreno, fuerte, y tenía un cuerpo varonil que quitaba el hipo.

María lo recorrió con los ojos por los pectorales, siguiendo la línea de sus abdominales hasta ver dónde estaba lo que tanto deseaba, preparada para ella.

Oliver la miraba desesperado, estaba tan *sexy* esa noche que no sabía si estaría a la altura. La deseaba tanto como un niño ansía pescar en los patitos de la feria del pueblo. La necesitaba en su vida, no solo en su cama; quería compartir con ella cada uno de los amaneceres. Que fuera ella lo primero que veía al despertar y darle los buenos días después de cada noche de pasión. Pelearse por quién hace la cama y quién cocina después. Regañarla porque se termina el agua de la ducha o porque no cierra los cajones de su ropa. Desesperarse porque no le quede tiempo libre con sus amigos porque ella se lo ocupa todo con planes en pareja. Planear unas vacaciones juntos y saborearlas al ritmo de un reloj de arena.

Llevaba un conjunto de ropa interior beis de La Perla, comprado en un outlet, de alguna temporada desconocida. Pero a Oliver ni se le ocurría pensar en si era nuevo, viejo, de esta temporada o de cuando su abuela era joven. Él solo podía mirar e intentar no olvidarse de respirar.

La parte de abajo que aguantaba la copa de su pecho estaba forrada de lycra brillante que le aportaba firmeza. Continuaba con un estampado de flores, transparente, dejando ver los pezones erguidos bajo la tela.

Le deslizó las tiras por los hombros, dando besos en su escote. Llegó a los pechos, que besó primero por encima de la tela antes de sacarlos, para amasarlos con dedicación mientras lamía el pezón contrario. María se arqueaba buscando sentir el roce de su entrepierna. Pidiendo más. Siguió besando la línea que le conducía al destino de su placer más intenso, le quitó el minúsculo tirachinas que llevaba alrededor de su cintura y acercándose al centro de su deseo se lo besó, se lo lamió, se lo succionó... Le hizo todo lo que necesitó hasta que la sintió estallar en un gemido de

placer que hizo que el corazón se le desbocara.

Se quitó los calzoncillos y, deslizándose por encima de su piel desnuda, fue en busca de su boca para besarla. La agarró con la mano derecha de la cintura y la apretó hacia él, necesitaba sentirla. Sus lenguas se unieron al compás de un baile ardiente mientras ella recuperaba el aliento después del orgasmo.

Deslizó su mano hasta llegar a la entrepierna y se la agarró con fuerza provocándole un gruñido. La tenía dura y caliente y deseaba tenerla dentro. Estaba tan caliente que podía fundirla en el momento en que la penetrara. Se acercó más a él y de un salto se puso de rodillas sobre su cintura; se movió con el vaivén de sus caderas, apoyada con las manos sobre sus pectorales, mientras él observaba sus pechos agitarse al ritmo. Los pezones lo miraban pidiéndole a gritos que los lamiera. Se incorporó, se apretó y agarrándole fuerte el pecho izquierdo se lo lamió, se lo mordió... y ella agarrándose a sus hombros con fuerza se introdujo en él y empezó a cabalgar como si la luna se le quisiera caer encima. Así estuvieron unos minutos, follándose con fuerza, besándose y lamiéndose hasta que la sintió correrse y él no aguantó más. Dio una, dos, tres embestidas y se corrió gruñendo de placer.

Se tumbaron en la cama, uno al lado del otro, con las respiraciones alteradas y el corazón latiendo aún con fuerza. Se les puso la carne de gallina por el contraste de sus cuerpos sudorosos con las sábanas, que estaban frescas donde no habían rozado. No se miraban, contemplaban la habitación oscura escuchando el compás de la respiración ajena.

-¿Todo bien? -soltó de pronto Oliver poniéndose de lado y rompiendo el silencio.

-Como siempre. Todo perfecto. -Se giró a mirarlo mientras le contestaba.

-¿Cómo te va el trabajo?

-Bien. Ya sabes, a tope como siempre.

-Me extrañó mucho que vinieras a comer con tu jefe.

-Bueno, sí. Fue divertido. Sin planearlo me invitó un día a comer y se lo debía. Ya sabes que me gusta mucho ese lugar.

-¿Lo pasasteis bien? -preguntó con una sensación de celos que ni a él le gustaba un pelo.

-Sí, me sorprendió. Pensé que era un estirado -rio.

-Ajá... ¿Así que ahora te cae bien tu jefe? -E, inevitablemente, sonó molesto.

-Pues sí, la verdad. Pero keep calm, guaperas. Que simplemente es mi jefe.

A la mañana siguiente, cuando María se despertó, olió a café. ¡Qué dolor de cabeza tenía! Pensó sonriendo al recordar la noche de sexo que disfrutó; debió haber bebido demasiado y ahora pagaba las consecuencias. Oliver acababa de preparar café. Café con leche y extra de azúcar, y unas tostadas con aguacate y tortilla. Después de desayunar mirando las noticias, se despidieron con un beso tímido en la mejilla.



## CAPÍTULO 9

# Preocupada por ti

De nuevo pasó otro fin de semana, y al regresar ese lunes a la oficina algo había cambiado. Se encontró con sus amigos esperándola en la sala de descanso. Se extrañó de no encontrar a Carlos y, aunque deseaba ese momento con Marta y Ángel, echó de menos a su sonriente jefe. Rápidamente se borró ese pensamiento de la cabeza porque trataba de convencerse de que así era mejor, que cada uno volviera a su vida sin intercambiar momentos que no fueran los indispensables para el trabajo. Debía volver a ver a su jefe y no al atractivo Carlos.

-Hola, María -sonrieron los dos a la vez.

-Hola, campeones. ¡Qué bien encontraros aquí!

-Hoy, cuando hemos llegado, el jefe no estaba aquí, así que hemos decidido esperarte -confesó Marta sin darse cuenta de que acababa de desmontar todas las excusas que había formulado durante la semana.

-Mejor. Contadme, ¿qué tal vuestro fin de semana?

Ángel contó que había pasado todo el fin de semana con su chico, que habían dormido juntos por primera vez. Y mientras sus compañeras lo interrogaban con la mirada, les confesó que no era la primera vez que intimaban, ¡que no tenía quince años!; pero sí la primera que se atrevía a invitarlo a quedarse a pasar la noche. Eso implicaba un despertar juntos, y hasta ese momento no se había sentido seguro como para dar ese paso. Les confesó que fue una idea acertada, porque cuando se despertó ya olía a café y se encontró a su guapo novio vestido, por decirlo de alguna forma, solo con unos boxers rojos que le hacían un culo de infarto, preparando unas tostadas con mermelada de higo que había encontrado en su nevera.

Las chicas sonrieron enamoradas poniéndose en situación. Les encantaba ver el brillo en los ojos de su pelirrojo y que gozara de esa felicidad.

Marta pasó el sábado limpiando y leyendo en el sofá en compañía de sus gatos y por la noche salió de fiesta con unas amigas. Se tomaron unas caipiriñas en un local de moda de la zona y bailaron hasta que los pies decidieron que ya era hora de irse a descansar. Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue quitarse los zapatos y casi tiene un orgasmo al ponerlos planos sobre el suelo frío y sentir que de nuevo le llegaba la sangre a esa parte del cuerpo tan preciada y tan torturada por la moda. Como sus compañeros ya imaginaban según avanzaba el relato, el domingo lo pasó descansando para recuperarse y traer esa cara de buena niña un lunes a la oficina.

Las semanas empezaban con mil correos que revisar y muchas llamadas telefónicas que atender. Tanto, que nadie se dio cuenta de que Carlos ese día no había acudido al despacho; hasta que cuando salieron al mediodía se encontraron con su socio en la calle, que lo esperaba para comer. Este preguntó al equipo cuando los vio salir a todos juntos, pero nadie sabía nada. María se extrañó e incluso se preocupó. ¿Por qué se tenía ella que preocupar? ¿Pues sabrá su jefe qué hace con su vida? ¿O no?

Por la tarde, cuando terminó la jornada, se fue al gimnasio a descargar energía. Una clase de spinning le vendría bien para desconectar y olvidarse de todo lo que tuviera que ver con la oficina. Pero no sirvió de mucho; descargó físicamente, pero su cabeza seguía dándole vueltas a la ausencia de Carlos. Él nunca faltaba, y el hecho de que lo esperaran para comer dejaba claro que no planeó desaparecer.

Estuvo tentada a mandarle un mensaje como había hecho él días atrás; pero decidió que no era la mejor opción si pretendía guardar distancias. Es más, antes de haber compartido tiempo fuera de la oficina, no se le hubiera ocurrido decirle nada, ¿no? Así que se pegó una ducha, cenó un caldo de verduras y unos filetes de pollo a la plancha y se acostó.

Al día siguiente tampoco acudió, y así transcurrió toda la semana. El viernes por la mañana, todos los empleados habían recibido un correo del socio:

Queridos compañeros:

Carlos se encuentra indispuerto por el momento y, aunque estará unos días fuera de la oficina, en breve estará de regreso. Para cualquier tema urgente, podéis contactar conmigo por teléfono o mediante esta vía.

Estamos en contacto.

A María se le paró la respiración cuando vio de dónde venía ese correo, porque no era nada habitual. Empezó a leerlo y sintió una sensación de opresión en el estómago que no le gustó sentir. Al acabar, se dio cuenta de que no había pasado nada alarmante y se sintió más tranquila. Los nervios del estómago no habían desaparecido del todo, pero recuperó el aliento. Aunque se dio cuenta de que ese mensaje la hacía preocuparse más de lo que había estado hasta el momento. ¿Qué le habría ocurrido a Carlos?

Esa noche, cuando María llegó a casa después del gimnasio, se duchó y se puso su pijama rosa de corazones blancos. No era su favorito, pero se lo había comprado muy barato en un mercadillo y, total, era para dormir.

Se preparó una ensalada con dátiles y queso de cabra que le supo a gloria y la acompañó con una suprema de salmón que había cocinado en el horno con especias mientras se duchaba.

Mientras cenaba no paró de pensar en qué le habría sucedido a su jefe; así que, después de que ya había decidido que no le iba a mandar un mensaje días atrás, al final acabó cediendo. Y cedió no porque no fuera suficientemente cabezota o porque no fuera una persona con las decisiones claras..., cedió porque de verdad estaba preocupada y ya no podía aguantar más sin saber qué le había ocurrido.

«Quizás no debería escribirte, pero hemos recibido un correo de tu socio, ¿estás bien?».

«Qué alegría recibir tu mensaje; lo esperé los primeros días, pero visto lo visto, ya no contaba con él y me alegra que lo hayas hecho. Sí, estoy bien, María, no te preocupes. Me han tenido que intervenir de urgencia, pero no ha sido nada grave. En breve estaré dando guerra de nuevo. ¿Me echas de menos en la hora del café?».

«¡Qué tonto! Lo que echo de menos es no tener que pagármelo. -Río sola en el sofá de su casa pensando en qué cara pondría después de su desvergonzada respuesta-. ¿Estás en el hospital?».

«¡Qué bruja eres! ¿Solo me quieres para que te invite? Ya me han dado el alta. Pronto estaré por aquí, solo necesito unos días más de reposo antes de volver al cien por cien».

«Me alegro. Siento no haberte escrito antes. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en avisarme».

«Sí que necesito algo: necesito volver a invitarte a café, salir a cabrioletear contigo y poder disfrutar de esa sonrisa tuya cada día en la oficina».

Carlos ya no tuvo más respuesta, pero se dio por satisfecho sabiendo que ella se había

preocupado y atrevido a dar el paso de mandarle un mensaje. Eso ya quería decir algo.

Por otro lado, María se sintió inquieta y se ruborizó al leer esas últimas palabras de Carlos. Le agradó leerlas y se había dado cuenta de que lo estaba echando de menos más de lo que quisiera; pero también recordó que eso no es lo que quería o de lo que se convencía para no querer. Tecléo un nuevo mensaje, que borró y reescribió en dos ocasiones, pero al final decidió no decirle nada más para no alimentar aquello que estaba ocurriendo entre los dos.

En cambio, con quien sí que no dudó en contactar fue con su amiga para quedar a tomar algo al día siguiente y así desconectar un poco.

-¡Hello, darling! -escuchó al otro lado del teléfono.

-Hola, bonita. ¿Cómo estás?

-Muy bien. Con Rodrigo tirados en el sofá viendo el primer capítulo de *La casa de papel*.

-¿El primer capítulo? ¡Pero si acaban de estrenar la cuarta temporada y yo casi la he terminado! - exclamó mientras se levantaba a la nevera a buscar media manzana de postre que le había quedado del desayuno.

-Lo sé, lo sé. Parecemos unos raritos. Pero seguro que no somos los únicos que no la han visto - contestó pensativa-. No nos vino de gusto en su momento y, como todo el mundo habla tan bien, nos hemos decidido. Bueno, y cuéntame, para hablar de la serie no me habrás llamado, ¿no?

-Claro que no, tonta -rio-, te llamaba para quedar mañana a tomar algo y charlar un rato.

-¡Vale! -contestó con la respuesta clara-. ¿Unas compras?

-¡Alicia! He dicho tomar algo -la reprendió su amiga poniéndole los pies sobre la tierra.

-Vale, vale. Tomar algo. Ya improvisamos, ¿no? -sonrió malvadamente aprovechando que su amiga no podía verla-. ¿Aviso a los chicos y cenamos luego?

-Hecho. Un abrazo. Hasta mañana.

-Te quiero, princess.

María se puso a ver el siguiente capítulo de la serie que le tocaba y se acostó contenta por ver a sus amigos en breve. Esos planes eran risas aseguradas y desconexión total.



## CAPÍTULO 10

# Nos gusta así

Cuando María salió de la oficina se encontró con un mensaje en el móvil. Dio por hecho que sería Alicia y solo esperaba que no cancelara sus planes. Cuando abrió y vio de quién era, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Carlos le había escrito.

«Hola, bonita. Estarás a punto de salir de la oficina. ¿Te apetece tomar un café?».

Dudó si contestar o directamente pasar de él y salir corriendo hacia el centro comercial. Se sentó en el coche, se puso el cinturón y suspiró. Antes de arrancar, abrió la ventanilla y decidió contestar.

«Otro día. Ya he quedado. Recupérate».

«¿Con tu amigo del otro día?», contestó al momento.

«Te veo pronto en la oficina. Recupérate», remarcó enfadada por preguntarle algo que a él no le incumbía, le repateaba esa actitud. ¿Quién se creía que era?

Arrancó el motor, descapotó su coche y poniendo su CD de Melendi salió del aparcamiento a por un café con su amiga.

Habían quedado delante de la heladería para tomar un café juntas, pero se encontró a Alicia sentada en una mesa tomándose un helado de yogur con toppings y sirope de fresa.

Llevaba una diadema de tela con un lazo en lo alto de la cabeza, con estampado de flores en blanco, verde aguamarina y rojo. Con su melena ondulada y larga cayendo sobre sus hombros. Un top verde palabra de honor (en tono aguamarina también) y una minifalda blanca de estilo evasé con unas bailarinas sencillas. Se la veía radiantemente guapa y cómoda.

-Princess, ¿cómo estás? -saludó con una sonrisa.

-No tan guapa como tú, pero con muchas ganas de verte.

Se acercó la camarera y María pidió también un helado de yogur, pero este con toppings de fresas y perlititas de chocolate.

-Sin sirope, sobre todo. Gracias -dijo cuando la camarera ya se acercaba al mostrador a preparárselo.

Las dos amigas entablaron conversación, hablando de la semana, de cómo había ido el trabajo de María, de cómo le iban a Alicia las clases de aeróbic que había empezado a dar en un gimnasio de la calle de atrás de su casa, pequeñito, pero suficiente para abarcar la gente del barrio.

-Oye, María..., ¿hay algo que no me cuentas de Oliver?

-No..., bueno, ya sabes, lo de siempre. Nuestras idas y venidas -contestó con indiferencia.

-Princess..., Rodrigo está al caso de vuestros encuentros. Nunca me cuenta nada al respecto porque es cosa vuestra y sabía que, si me contaba algo, yo lo hablaría contigo. Pero ahora está preocupado.

-¿Preocupado por qué? -contestó arqueando la ceja derecha. Asombrada de verdad, porque no entendía dónde estaba el problema.

-Preocupado por quién, sería la pregunta. Está preocupado por Oliver. No lo está pasando bien.

-¿Y qué es lo que le pasa a Oliver?

-¿De verdad que no lo sabes? María, en serio, a veces...

-A veces ¿qué? -la cortó indignada-. No sé qué tengo yo que ver en todo esto. Si le pasa algo, pues que le cuente a su amigo y lo solucionan, como hacemos todos.

-Princess..., no te pongas así conmigo. Oliver no lleva muy bien vuestra situación. Él no quiere solo pasar la noche contigo. Él quiere algo más.

-A ver, eso es algo que yo ya he hablado mil veces con él. Él lo que quiere es un rollo de verano conmigo y yo no pienso perder el tiempo de esta forma. Me gustan los momentos placenteros que me da. Pero nada más. No me llena como para plantearme pasar más tiempo juntos del que pasamos.

-No. No solo quiere un rollo de verano. Quiere algo más.

-Venga ya -rio-, eso no te lo crees ni tú. Sabes que Oliver es un guaperas de fines de semana alternativos.

-Eso es de lo que tú te quieres convencer porque, siendo así, para ti sería más fácil. Oliver ya hace mucho que no es de esos. Está enamorado de ti.

María se quedó pensando. Dudando acerca de si su amiga tendría razón, que siempre la solía tener, todo hay que decirlo. Pero, en ese caso, no se la iba a dar sin más. Estaba convencida de lo contrario. Tenían buen sexo, pero ya, no había nada más que buscar allí. ¿Una relación con Oliver? Eso no iba a durar más de dos meses, dos meses de primavera-verano seguramente. Ellos tenían una relación de esas que dicen, que «la primavera la sangre altera».

Alicia no quiso hablar más del tema, al menos por el momento. Ya se había dado cuenta de que la conversación había producido reacciones en su amiga. Por lo menos, se quedó pensativa, cosa que ya era algo. Por el momento, se iba a conformar con eso y esperaría a ver qué surgía de esa conversación antes de volver a hablar del tema.

Pasearon por las tiendas, como para variar cuando se iba a un centro comercial con Alicia. Esta chica era imposible, pero los que la conocían ya lo sabían, e incluso tenía su encanto cuando lo pensaban.

Entraron tienda tras tienda y Alicia no parecía comprarse nada. Hasta que, al final, entraron en unos probadores con unos vestidos bohemios de tirantes. María se resistió, no tenía ninguna intención de comprarse nada, pero su amiga, cuando se lo proponía, podía ser de lo más perseverante y convincente.

El de Alicia era blanco, largo hasta los tobillos, con goma en la cinturilla que marcaba su perfecta curva hacia la cadera. Escote cruzado y tirantes anchos, recogidos con unas bolitas doradas que le daban un toque elegante. Con estampado floreado en tonos rojos, amarillos y verdes. Una auténtica cucada. Nadie podía negar que no le quedara de infarto.

A María le hizo probarse uno en azul marino con estampado de flores rosas, también con cinturilla apretada. Pero completamente distinto. La falda de este hacía tres volantes vaporosos que terminaban por encima de las rodillas, dejando ver sus piernas blanquecinas muy bien definidas por las horas de gimnasio y largos paseos por la playa. Terminaba atado con una cinta alrededor del cuello, dejando al descubierto los hombros. Era sencillo pero tremendamente sexy. Su amiga le recogió el pelo en una coleta de caballo lateral, desenfadada, que hacía que pareciera una sexy niña buena. Así la definió.

-No me pienso comprar nada. Ya te lo advertí. Sí que es muy bonito, pero hoy no será. Quizás la próxima vez...

-Te lo regalo yo -la cortó.

-Ni hablar, Alicia, a eso no hemos venido -la reprendió la rubia frunciendo el ceño.

-No, era yo la que venía a comprar, y así lo haré. Uno para ti y otro para mí. -Y se metió en el probador a cambiarse de nuevo sin opción a réplica.

Pero cuando María empezaba a cambiarse aparecieron Alicia y una dependienta y, abriendo su probador, le indicaron que no hacía falta que se cambiara, que ya estaba todo arreglado y estaba monísima con él puesto. Y, casualidades de la vida, llevaba unas sandalias romanas altas de cuero marrón que le quedaban ideales.

Y así salieron las dos de la tienda, viéndose más monas que los ángeles de Victoria's Secret. Alicia con el modelito que ya llevaba (y que siempre acertaba) y María con su modelito nuevo, recién estrenado.

Pasearon un rato más hasta que recibieron el mensaje de Rodrigo que les indicaba que ya estaban esperando en el restaurante.

Se dirigieron hacia allí y Alicia se encontró con su guapo novio a quien al verla le cambió el semblante y se le pusieron los ojos de nenaza enamorada. Vestido con unas bermudas tejadas, una camisa blanca y unas bambas azul marino con detalles blancos. No dudó ni un momento en levantarse, agarrarla de la cintura y besarla con pasión. No sin antes susurrarle al oído lo guapa y sexy que estaba y las ganas que tenía de llegar a casa para poder quitárselo todo. Ella sonrió, enamorada y feliz.

María se encontró con la traviesa mirada de Oliver, que la repasó de arriba abajo con una sonrisa ladeada que no mostraba otra cosa más que todos los pensamientos malvados que le estaban pasando por la cabeza. Ella no pudo evitar sonrojarse. Porque, aunque sabía que no quería nada serio con él, no podía evitar que le gustara sentirse tan terriblemente deseada por él. Le dio un beso candoroso en la mejilla mientras ella sonreía pensando en la última noche que se habían visto. Se sentaron y la camarera se acercó para que todos pidieran.

Estaban hambrientos, así que no tardaron en devorar todo cuanto les pusieron en la mesa. Mientras tanto, Oliver no dejó de mirar a María provocando lo que aquella noche le podría deparar. Y, aunque ella en algún momento dudó después de la conversación que había mantenido con su amiga, se convenció de que era una exagerada y a ellos les gustaba la relación que tenían. ¿O no?

Así que se recogieron pronto con la excusa de que al día siguiente tocaba trabajar, dejando a la parejita de enamorados charlando tranquilos de sus planes de vida. Primero se marchó María, disimuladamente, esquivando los pensamientos de sus amigos, y al salir le mandó un mensaje a Oliver:

«Te espero en mi casa. No tardes».

Como ya sabía de quién venía el mensaje porque no era la primera vez que se hacían los escurridizos, ni lo miró para no levantar sospechas. Así que se despidió de sus amigos justificando que no quería hacer de vela y, una vez que hubo salido, se dispuso a abrir el móvil.

«Estabas demasiado tentadora como para irme a dormir sin quitarte la ropa».

Cuando sonó el timbre, ya se había quitado el vestido y lo esperaba con ropa interior. Oliver la agarró de la cintura en el quicio de la puerta y la besó con desenfreno, uniendo sus lenguas en un baile sensual que los puso calientes antes de entrar. La llevó hacia el interior, cerró la puerta de una patada y empujó hasta chocar con la pared de la entrada, sin dejar de besarla. Su mano derecha se enredó en su melena rubia, agarrando con fuerza su cabeza, mientras sus besos se repartían por el cuello y su mano izquierda se adentraba en sus braguitas buscando el centro de su deseo. Ella jadeó. Estaba tan húmeda que ya quería más.

Le quitó la ropa y se agachó a ver a quién ya estaba preparada para ella. Lo lamió, besó y succionó acompasadamente hasta que este ya no pudo más, se puso un preservativo y agarrándola

fuerte la levantó sobre sus caderas y la empotró contra la pared. Le dio un beso que los dejó sin aire a los dos y la penetró de una sola estocada que los hizo gritar de placer.



## CAPÍTULO 11

# De vuelta

Cuando llegó el lunes, María fue decidida a tomar café con sus compañeros, pero ¿a quién se encontró? A un Carlos más guapo que nunca, radiante, sonriente y algo menos encorsetado.

Cuando lo vio una sonrisa le llenó la cara, e incluso se ruborizó como una niña de quince años que ve al chico que le gusta en el portal del colegio. Estaba distinto. No iba tan trajeado como siempre: llevaba sus pantalones de traje, sí, pero no llevaba la americana que vestía siempre. Solo llevaba una camisa azul cielo que le quedaba como un guante, entallada a su cuerpo, dejando libre a la imaginación lo que podría esconder ahí debajo, que parecía ser una tableta de chocolate exquisita. Arremangado hasta los codos, con la manga perfectamente doblada. Le daba un aire más desenfadado, más juvenil, más actual.

La esperaba con su café preparado, como a ella le gustaba y con una gran sonrisa, de labios húmedos y carnosos, que dejaba ver su dentadura perfectamente blanqueada.

Además, estaba despeinado, no engominado como siempre; con el pelo revuelto, como recién levantado. Pero pensó que... estaba taaan sensual, que todos los pensamientos de guardar distancia cayeron a los pies y le costaría esfuerzo volver a levantarlos.

Carlos se puso incluso nervioso; él era el primero en ser consciente de su cambio y se sentía inseguro con la exposición a sus empleados, pero, sobre todo, con lo que ella pudiera pensar.

No había sido nada grave lo que lo había llevado al hospital, pero estar unos días allí le hizo darse cuenta de que la vida era muy corta como para andar viviendo bajo rutinas. Tuvo mucho tiempo para pensar, para analizar su vida y darse cuenta de que se había olvidado de sentir y dejarse llevar. Se dio cuenta de que no era feliz.

Pero eso se había acabado. Salió del hospital renovado, con ganas de vivir y una lista de tareas pendientes que no pensaba dejar pasar en la vida. Y la primera de ellas era dejarse llevar por lo que sentía y no dejar que las opiniones de los demás le frenaran a hacer todo aquello que deseaba. Y todo ese replanteamiento de vida empezaba por cambiar un poco el look y aprender a mostrarse como había sido el anterior Carlos, más dicharachero y, sobre todo, más feliz.

-Buenos días, María. Qué alegría verte.

-Bienvenido, Carlos. ¿Estás bien? -le preguntó preocupada.

-Estupendo. ¿No me ves? -le contestó con una sonrisa burlona-. Estoy mejor que nunca.

-Sí, sí, verlo lo veo -le dijo mientras volvía a repararle el torso entero imaginando lo que le estaban dando ganas de hacerle-. De tu recuperación, quería decir. ¿Qué te pasó? -acabó preguntando con una confianza que ya se había ido afianzando entre ellos.

-¡Ah! Eso bien. No fue nada en verdad. Apendicitis. Una semana en el hospital y unos días de reposo en casa. Nada que no se solucione con una brecha de cinco centímetros y algún que otro punto. -Hizo un gesto de valentía con el puño que hizo que ambos se rieran.

-Me alegro de que no fuera nada. Por aquí todo ha ido bien, sobrevivimos sin ti. -Le sacó la lengua y se marchó hacia su mesa a iniciar la jornada.

Salió de la sala nerviosa, notando la atenta mirada de su jefe a sus espaldas.

Cuando llegó a su mesa, sus compañeros ya estaban allí y esta vez no buscaron excusas; era demasiado evidente. Sin más, le dijeron que estaba Carlos en la sala y habían subido directamente con el café en la mano para tomárselo aquí. Pero no pasaron por alto los comentarios de: «¿Has visto cómo iba vestido? ¡Pero si parecía otro! ¡Si ni siquiera se había peinado!», y las especulaciones de lo que le habría pasado en esos días que estuvo fuera.

María no añadió nada más que darles la razón respecto a que estaba distinto; que iba vestido más guapo de lo normal. Porque eso no se podía negar. Pero de la operación no comentó nada, porque no era cosa suya. Que Carlos se lo hubiera contado a ella no quería decir que ella lo pudiera ir contando. Ya le daría él explicaciones a quien quisiera, que para eso era el jefe.

A media mañana, sonó el teléfono de María. Descolgó y escuchó una voz grave al otro lado.

-¿Puedes venir un momento a mi despacho, por favor?

Supuso que necesitaba ayuda para ponerse al día en algunos temas después de tantos días fuera. Se recolocó el tejano a la cintura y anduvo hasta tocar la puerta y entrar, después de escuchar un «adelante».

-Dime, jefe.

-Vamos a hacer una cosa: cada vez que me llames jefe, yo te llamaré bicheja.

-¿Bicheja? -se rio de la ocurrencia levantando la ceja derecha.

-Sí, te lo estás ganando a pulso. Así llamaba una vecina mía a mi hermana cuando era pequeña, porque decía que era como una mosca cojonera de chinchosa que llegaba a ser. -Carlos sonreía recordando aquellos tiempos-. Te llamaba para invitarte a comer.

-Oh, gracias. Pero no puedo. Voy con los chicos. No tenemos mucho rato al mediodía.

-No te he preguntado si querías venir. Solo te informaba.

-Pero... -quiso replicar, pero rápido la cortó.

-No hay «pero» que valga. Puedes volver a tu mesa. Gracias.

Y salió indignada del despacho sin dirigirle ni una palabra más y cerrando la puerta de forma más brusca de lo normal. No por cómo le había hablado, no por cómo se había impuesto, sino porque ni siquiera la dejó contestar y ella no se plantó.

Cuando llegó la hora de salir, se apresuró para ser la primera y esperar a sus compañeros en el aparcamiento. Pretendía pasar olímpicamente de su jefe y realizar sus planes previstos. A ver quién se pensaba que era él para imponerle nada. Pero lo que no había visto era que Carlos ya la estaba esperando fuera, en su coche.

Bajó la ventanilla y se aproximó a ella.

-¡Bicheja! Sube.

Dio un respingo del susto que se llevó y, cuando le iba a decir que no, que estaba esperando a sus compañeros, él se adelantó:

-De nuevo no te lo estoy preguntando. Así que haz el favor de no enfadar al jefe.

María maldijo para sus adentros, el muy maldito estaba tirando de galones y, aunque la mosqueaba, también le daba miedo. ¿Y si la echaba por no ceder a ir a comer con él? No perdería el trabajo por una maldita comida. Así que, sin contestar, se montó en el coche.

De camino al restaurante había tensión en el ambiente. Los dos estuvieron en silencio escuchando las noticias de la radio. Pero cuando llegaron y ella vio el lugar... toda la muralla que había ido creando se convirtió en humo que desapareció en un suspiro. Claramente no era el lugar donde un jefe llevaba a su empleada.

Era precioso. Tenía un arco de enredadera en la entrada del aparcamiento, con el suelo de piedra

y rodeado de árboles. Dejaron el coche en la sombra de las hiedras que envolvían un forjado. Se bajaron y Carlos le rodeó la cintura con su brazo derecho, acercándola así a su cuerpo. María lo miró avergonzada y se ruborizó, pero sonrió y se dejó acercar a su cuerpo, sintiendo el calor que la abrazaba. Ya no se acordaba de lo mucho que se había enfadado. Este hombre podía con ella.

Se dirigieron a la entrada sobre los quejidos de las piedras a cada paso que formaban acompasados.

-Buenos días. Tenemos una reserva a nombre de Verdejo.

-Adelante, señor Verdejo. Tienen su mesa preparada.

María estaba abrumada, no estaba acostumbrada a visitar sitios tan selectos. Le retiraron la silla para acomodarla y pusieron un cojín en el suelo, entre su silla y la pared, para que pudiera dejar su bolso sobre él. ¿En serio un cojín para poner el bolso? Se sintió ridícula por poner un bolso del mercadillo sobre un cojín que seguramente valiera más que este.

La mesa era grande, con mantelería perfectamente blanqueada y planchada. Platos blancos con detalles dorados que le daban la elegancia necesaria a la estancia. Dos copas, un vaso y cubiertos dorados y brillantes. Una flor de lavanda natural decoraba la mesa con su toque de color.

Se sintió como la cenicienta del cuento en la noche del baile. Aunque sin hada madrina ni vestido.

Carlos la miraba divertido, saltaba a la vista que no estaba acostumbrada a ese tipo de servicios. Ella era más del típico chiringuito de playa donde se puede comer casi de todo.

La camarera regresó a la mesa con la carta y los distintos menús de los que disponían.

-No hará falta, señorita, tomaremos dos menús degustación con un vino blanco suave y aromático, por favor. Lo dejamos a su elección.

-Está bien, señor. Enseguida se lo traemos. Gracias.

Después se acomodó en la silla y se dirigió a su acompañante, que tenía cara de incredulidad.

-¿En qué está pensando tu cabecita?

-No sé, yo... estoy un poco... flipando, podría decir -contestó a trompicones de lo alucinada que estaba-. Por este sitio, porque me hayas traído, porque ya sepas qué tomaremos...

-He tenido la oportunidad de haber venido alguna vez. Me gusta mucho. Y espero que te guste tanto como a mí. En el menú degustación hay un poquito a probar de todos sus platos estrella. Espero que tengas hambre, porque tenemos comida para rato.

-Madre mía, qué miedo me das -se rio.

Les trajeron un vino con aromas frutales que a María le supo a gloria. Quiso memorizar el nombre para futuras ocasiones, porque ese frescor dulce le entró como si fuera la misma naturaleza que se colaba por sus fosas nasales y llegaba al fondo de sus pulmones para llenarla de vida. Acompañado con un tentempié de chips vegetales y unos kikos recubiertos de pimentón rojo que no ayudaban para no terminarse el vino antes de que empezara la comida.

No hubo ni un momento que se quedaran sin conversación. Carlos empezó explicando cómo había empezado su dolor de apéndice, cómo había surgido la operación, la recuperación posterior... Le contó anécdotas del hospital, chistes que le había contado una enfermera muy dicharachera que le habían alegrado los días que pasó allí. Lo complicado de volver a levantarse la primera vez de la cama y lo rápido que se pudo recuperar después.

María lo puso al día de cosas que habían pasado en la oficina en su ausencia, nada reseñable, solo cosas para mantenerlo al día y que pareciera que no se había marchado. Le contó sus tardes de compras con Alicia, cómo esta no paraba de comprar compulsivamente. Y rieron. Rieron de una forma tan natural que la comida transcurrió como si fuera algo habitual entre ellos dos. Tranquilos, seguros, confiados...; incluso, sin saber por qué, le habló de su relación, no relación,

que tenía con Oliver.

Eso a Carlos no le gustó del todo. Aunque fue consciente de la confianza que eso le mostraba, había información que casi prefería no saber. Aunque hay que decir que se alegraba de que tuvieran una «no relación» y de que entre ellos no hubiera nada más que encuentros carnales. Eso a él le dejaba una buena posición.

Terminaron la comida con la degustación de dos postres, primero un cóctel de piña natural con sorbete de coco y crujientes de ron, y remataron con un soufflé de chocolate con frutos silvestres y perlas de fresa recubiertas de chocolate blanco.

-Es muy tarde, voy a tener que salir a las tantas de la oficina hoy -se rio amargamente antes de que les trajeran los petits fours con sus café solo y café con leche.

-Tienes la tarde libre. -Le guiñó el ojo el jefe.

-Ni hablar... Carlos, no quiero mezclar las cosas.

-No estás mezclando nada, y remarco «estás». Primero, porque soy yo el que te he traído aquí; segundo, porque todavía no hemos terminado; y tercero, porque soy el jefe y yo te lo digo.

A María el segundo punto le puso los pelos de punta. «Todavía no hemos terminado», se repitió a sí misma. Y de la forma en la que se lo dijo: con una sonrisa ladeada y picarona que parecía haber salido del mismísimo diablo, junto con la mirada de animal sediento de sangre. Eso le provocó un escalofrío hasta la punta de los pies. Le prendió una llama en su interior que le quemó desde el estómago hasta el último hilo de encaje de sus braguitas.

La camarera se acercó con los cafés y tres petits fours para cada uno: un bombón de chocolate negro, un trozo de naranja confitada y un crujiente de avellana que provocaba una explosión dentro de la boca en un solo bocado.

Carlos aprovechó para coger su silla y acercarla al lado de su compañera. Después de haber llenado las tripas y haberse tomado una botella y media de vino entre los dos, el ambiente se había relajado hasta conseguir una intimidad que nada tenía que ver con una comida entre un jefe y una empleada.

-No has pedido extra de azúcar para tu café con leche hoy. ¿Hemos hecho el cupo? -le preguntó levantando su ceja izquierda, incrédulo con lo que acababa de descubrir.

-¡Es que iba a robarte el tuyo! -Y se rio como una chiquilla mientras le robaba el azúcar de su café solo.

-Vale, vale. Ya veo que no parto con ventaja. Te conozco igual que tú a mí. -Y entonces se sonrieron tímidamente mirándose a los ojos.

María se ruborizó por esa cercanía y él aprovechó para poner su mano izquierda sobre su rodilla derecha, y aunque no pudo sentir su piel, sí pudo sentir la energía que irradiaba y sintió como si una burbuja los envolviera y los llevara a otra dimensión. Se dejó llevar.

Ella tan solo pudo ladear la cabeza y mirarlo con esas mejillas sonrojadas y una sonrisa que casi ni se atrevía a asomarse.

Carlos llevó su mirada viajando por el brillo de sus ojos, pasando por el rubor de sus mejillas y hasta encontrarse con la comisura de sus labios. Se acercó con suavidad y la besó.

La besó como besaría un adolescente en su primer beso: con inseguridad, con timidez, con ternura, con todas esas sensaciones nuevas de no haber besado nunca. Y no, no es que no hubiera besado nunca, es que nunca un beso le había provocado todo ese tornado de sensaciones. Casi se estaba asustando cuando María se apartó.

-Lo siento, Carlos, creo que esto es demasiado... -le dijo con una sonrisa que dejaba claro que no estaba enfadada. Solo estaba asustada. A ella sí le había dado tiempo a asustarse en los segundos que había durado el beso. Pero es que ella ya se había asustado el primer día que salieron a

comer. Y ese acercamiento podía ser el inicio del fin de su trabajo.

-¿Qué te da miedo, María?

-Tú. Yo. Todo. Vayámonos, por favor -dijo en un susurro bajando la mirada.

Carlos pagó la cuenta. Recogieron sus cosas y volvieron a la oficina.

La obligó a irse a casa a descansar y le dijo que no se preocupara por nada, que todo estaba bien (refiriéndose a ellos) y que no había nada tan importante que no pudiera esperar a mañana (hablando del trabajo).

Y mientras ella se iba confusa y pensativa, él sí regresó para avanzar en temas que le habían quedado pendientes; con la esperanza de poder concentrar su mente frente al ordenador y despejarla de todo lo que acababa de ocurrir.



## CAPÍTULO 12

# Regalo especial

María había salido corriendo hacia el gimnasio, necesitaba una clase de kick-boxing para descargar toda esa adrenalina. Por más que intentaba alejarlo de ella, algo no la dejaba del todo, había algo en su interior que deseaba tenerlo cerca. ¿Por qué tenía que haber ido a comer? Si se hubiera negado, todo seguiría igual. ¡Maldita la hora que le aceptó el primer café! Pero, por otra parte..., tenerlo cerca, una caricia suya, una simple sonrisa..., ¡ese beso! Ese beso entre los dos nada tenía que ver con todos los besos que le habían dado hasta el momento. Fue un simple roce de labios, suave, tierno, y las sensaciones que le provocó le hicieron ver algo sucio en todos los besos anteriores.

Invirtió todas sus energías, pero ni la clase en el gimnasio le había servido de nada. No pegó ojo en toda la noche.

Esa mañana, necesitó capa extra de maquillaje y corrector de ojeras para salir a la calle con algo puesto que se asemejara a una cara decente y no parecer la momia de su tatarabuela, que venía de vuelta para buscar venganza en el nuevo mundo.

Cuando paró el motor al llegar a la oficina, cogió aire antes de salir. Intentó tranquilizarse y normalizar la situación. Se propuso firmemente que se había acabado. Que eso no podía continuar. Ya habían llegado demasiado lejos. ¿Qué tipo de relación pretendía tener con su jefe? O era su jefe o era su amigo o era el que le quitaba las telarañas de vez en cuando; pero no podía ser más de una cosa a la vez.

Cruzó los dedos de camino a la sala de descanso para no encontrárselo allí, pero no hubo suerte. ¿El maldito Don Karma no ayudaba en nada? Quiso pasar de largo, haciendo ver que no miraba; pero, antes de llegar al fichador, una mano grande y fuerte la agarró del codo con suavidad y la giró.

-¿Pretendías dejarme tirado con el café en la mano? -le susurró al oído más sensual de lo que estaba dispuesta a escuchar.

-No, no te había visto -contestó con voz temblorosa-; ayer trabajé poco, así que hoy me esperará una jornada intensa. Quería ponerme a ello cuanto antes.

-Muy bien. Te dejaré que te concentres durante todo el día, pero no pienso dejarte empezar sin tomar un café primero.

Entraron en la sala de descanso, donde él había dejado los cafés recién sacados sobre una mesa alta sin taburetes. Los cogieron y se apartaron hacia al fondo, donde, sin esconderse, evitaban que los viera todo aquel que entrara en el edificio. Ese rincón ya tenía sus nombres. Solo los descubriría quien entraba a por su café mañanero (y, sin haberlo tomado, sus cerebros no estaban suficientemente despiertos como para pensar más allá de que el jefe se estaba tomando un café con una de sus empleadas).

-No quiero que estés incómoda.

-Pues lo estoy. Eres mi jefe. ¿Qué quieres que te diga?

-¿Acaso no te gustó la comida de ayer?

-Pues claro que me gustó. Me encantó el lugar, eso no se puede negar. El sitio era espectacular. Y comí de lujo. Pero sabes de sobra a qué me refiero; eres mi jefe. -Y lo remarcó apretando fuerte los dientes para que entendiera la rabia que eso le daba.

-Bicheja, ya sé que soy tu jefe; pero dentro de la oficina. Fuera, ¡soy Carlos! Tengo vida más allá.

-Lo sé, pero no conmigo. Esto se ha acabado.

-¡Pero si ni ha empezado! -rio.

Se fue hecha una furia hacia su mesa, resoplando como si tuviera que apartar nubes que entorpecían su camino. No quería seguir, pero no parecía que él estuviera muy dispuesto a dejarla tranquila. ¿Lo tendría que acabar denunciando por acoso? No..., no tenía pruebas suficientes. Eso solo conseguiría que la despidieran, y no por vivir la vida, que por lo menos podría pensar: «¡que me quiten lo bailao!»; sino por difamación. Y eso sí que no. Podría con esto. Podría. ¿Verdad?

A media mañana le sonó el teléfono, era su jefe. Dudó; no quería ir. Pero cuando volvió a sonar el teléfono dio por hecho que sería trabajo y que debería ir. Así que ni descolgó y se presentó directamente.

Pasó y se sentó frente a él cuando le tendió unos papeles y un bolígrafo. En ese intercambio tuvieron un roce de manos que seguramente habían tenido mil veces, pero en ese momento se sintió diferente... Sus dedos índices rozaron con suavidad uno con el otro, deslizando una corriente eléctrica que hizo que sus ojos se encontraran. Se miraron apenas unos segundos en los que pareció pararse el mundo y no pudieron evitar sonreír. María se recolocó nerviosa en la silla y se apresuró a acabar de rellenar los documentos y volver a su mesa.

Volvió a sonar el teléfono.

-¿Comes conmigo? -preguntó Carlos esperanzado.

-¡Por supuesto que no! -Colgó. ¿Acaso no lo había entendido?

Se fueron a comer los tres compañeros de laboral, como hacían a menudo, a un restaurante situado al final de la calle donde les hacían menú con precio especial ya pactado por la empresa. No eran muchos empleados, pero el restaurante había conseguido que cada día comieran unos cuantos allí. No había mucha más competencia por la zona, ya que estaban alejados del centro, pero eso les había asegurado unos menús diarios; y entre eso y la gente de paso, el restaurante iba trampeando.

Comieron unas verduras a la brasa con salsa romesco y unas doradas a la sal con patatas al horno. Un yogur, un café y volvieron al trabajo.

De nuevo sonó el teléfono de la mesa de María, pero contestó Marta, ya que ella no se encontraba en su sitio. Ese teléfono no paraba de sonar en todo el día y sus compañeros le atendían las llamadas cuando ella se ausentaba al baño o le tocaba la ronda de ir a por café para todos.

-¿Vienes un momento, por favor?

-Disculpa, Carlos. Soy Marta. ¿Puedo ayudarte yo?

-Emmm... -balbuceó nervioso-. No, Marta, gracias. Dile que venga cuando aparezca, por favor.

-Por supuesto. En cuanto regrese María le digo que se acerque al despacho.

No pasaron más de dos minutos cuando María volvió del baño y se sentó en su silla mientras miraba la pantalla del ordenador donde tenía el correo abierto y habían aparecido cinco correos nuevos.

-María, ha llamado Carlos. Necesita que vayas.

-¿Para qué? -preguntó María, arisca.

-Pues no le he preguntado. Solo me ha dicho que cuando volvieras fueras al despacho.

María resopló mientras hacía un repaso al posible árbol genealógico de su jefe. No podía estar más pesado. Haciendo viajecitos no iba a acabar todo el trabajo que tenía previsto para ese día.

-¿No hemos acabado los documentos esta mañana? -dijo María entrando directamente sin mostrar ningún tipo de amabilidad.

-Sí. Pero es que necesito que me hagas un favor.

-A ver... -contestó poniendo los ojos en blanco esperando que ese favor no iba a ser precisamente de empleo.

-Es que mi hermana va a cumplir treinta años y quería hacerle un regalo especial.

-¿Y qué necesitas de mí?

-Estaba pensando en un viaje. Ven, acerca la silla y te lo enseño.

María cedió sin darse cuenta. Se acomodó a su izquierda y Carlos le estuvo enseñando las características del viaje. Su hermana cumplía años en un mes y, como era verano, había pensado en mandarla a la playa con su mejor amiga. A algún pueblecito acogedor y con encanto. Para que tuvieran tiempo para ellas dos, se relajaran, charlaran y desconectaran del mundo.

Estuvieron mirando varios destinos hasta que María visualizó uno en la pantalla que le gustó mucho. Se cruzó por delante de Carlos para robarle el ratón, que quedaba justo al otro lado, y enseñárselo. Carlos no pudo evitar verle el escote y oler su perfume. Su cuerpo entero se tensó.

-Mira, Peñíscola tiene que ser muy bonito y no sale nada caro teniendo en cuenta el fin de semana que estás buscando.

-Sí, puede ser una opción -contestó tragando saliva, nervioso. Tenerla tan cerca, el olor de su piel, sus labios tentadores... Le estaba costando la vida aguantar sus impulsos.

-¿Que puede ser una opción? ¡Si no estás mirando! -comenzó a enfadarse María dándose cuenta de la situación.

-No puedo mirar otra cosa que no seas tú -soltó de pronto sin poder frenar las palabras que salieron de su boca con vida propia.

-Carlos, de verdad, ya no sé cómo decirlo -contestó mientras se apartaba unos centímetros viendo lo que podía estar a punto de ocurrir.

-Lo sé. Lo sé, María. Sigamos. Prometo que me porto bien. Pero no te me acerques tanto -rio apenado.

Guardaron esa pestaña y siguieron buscando otras opciones. Pasaron un buen rato riendo, inventando anécdotas de fotos que les aparecían por internet de gente que las había colgado del lugar que había visitado; hacían listas de qué cosas podrían hacer en cada destino, de las playas en las que podrían bañarse, de los restaurantes que podrían degustar, monumentos que visitar...

-Bien. Decidido. Me quedo con la primera opción que has encontrado.

-¿Sí? ¿Peñíscola? -preguntó sorprendida.

-Sí, me parece una buena opción. A ti también, ¿no?

-Claro, me encanta. Seguro que es un lugar superbonito. Pero, vaya, es a tu hermana a quien le tendrá que gustar -rio.

-Seguro que sí. Ahora necesito otro favor.

-¿Quieres que acompañe a tu hermana? -preguntó con sorna.

-No. Quiero que me acompañes a mí a la agencia de viajes. Por favor... -le suplicó a la oreja mientras una sonrisa ladeada aparecía por la comisura de sus labios.

-¿Otra vez con lo mismo? Ya lo hemos hablado.

-No pasará nada -rio malévolo levantando las manos en son de paz-, vamos a una agencia a contratar un viaje. Nada más.

-Está bien. Te acompañaré. Na-da más -le advirtió remarcando las sílabas mientras se levantaba y devolvía la silla a su sitio.

-Te espero a las seis en el aparcamiento -sentenció guiñándole un ojo.

María volvió a su mesa confundida. No tenía muy claro si la decisión tomada había sido la acertada. Sabía que no debía..., ¡pero es que no podía!

-¿Todo bien? -preguntó Ángel mirando de reojo a Marta, que también estaba a la expectativa.

-Sí, claro. Todo bien.

-¿Tenéis problemas con alguna empresa? -preguntó esta vez Marta, extrañada por las visitas constantes al despacho. No era algo habitual.

-No -sonrió-. Solo necesitaba que lo ayudara en algo.

-¿Que lo ayudaras? -preguntaron los dos compañeros al unísono queriendo sacar más información.

-Era por algo personal. Una tontería. No seáis chismosos.

-María, cariño. Espero que sepas lo que estás haciendo -le advirtió su compañera con todo el aprecio que le tenía. Con ella sentía una especie de relación fraternal que le creaba un sentimiento de protección.

-No sé qué insinúas ni qué estáis pensando los dos, pero os aseguro que podéis estar tranquilos.

-Eso espero -contestó Marta, más para sus adentros que para que la oyeron sus compañeros, mientras Ángel la miraba con cara de preocupación.

Se sentó en su mesa e intentó concentrarse en su trabajo para avanzar lo máximo posible. Había perdido mucho tiempo y encima tenía hora máxima establecida esa tarde. Así que necesitaba centrar la cabeza en el trabajo para ser productiva. Y así, de paso, no pensaba en lo que vendría después.



## CAPÍTULO 13

# Agencia de viajes

María bajó a las seis en punto en dirección al aparcamiento, tal y como habían quedado. Al llegar buscó a su jefe por alrededor, miró la hora y dio por hecho que había sido demasiado puntual. Carlos seguramente no tardaría.

-¿Me buscabas? -le preguntó por detrás, agarrándola por la cintura.

-¡Pero qué susto me has dado! -exclamó mientras daba un brinco que los hizo reír a los dos de forma cómoda.

-¿Acaso creías que ibas a salir antes que yo?

-Bueno, bajé puntual y pensé que todavía no habrías salido. La verdad es que estaba abstraída en la pantalla y ni me he dado cuenta cuando has cruzado el pasillo.

-Nunca se debe hacer esperar a una doncella -dijo sonriente guiñándole el ojo.

-Venga, vamos, que no se nos vaya a hacer tarde -lo apremió mientras sus pensamientos recordaban el momento en el que había sentido sus brazos rodear su cintura. La tarde prometía.

Subieron al coche de Carlos; aunque ella prefería conducir, en esa ocasión no la dejó. Bajó las ventanillas y puso en marcha la radio. Tenía configurada una emisora que hablaba poco y todas las canciones que ponían eran del momento o grandes éxitos del pasado.

La primera canción que empezó sonando fue un especial que cantó Melendi con Alejandro Sanz, llamada Déjala que baile. María empezó a cantarla flojita, un poco avergonzada, pero, sin darse cuenta, la estaba cantando a voz en grito y bailaba como si quisiera ganar un concurso. Carlos la miraba de reojo sin querer estropear el momento, disfrutando de esa naturalidad tan característica de su acompañante. Estos momentos eran de aquellos que, en la vida, valen su peso en oro. Cuando terminó la canción se atrevió a reírse sonoramente.

-Me encanta esta canción -dijo sonrojada-, no puedo evitar cantarla cada vez que la oigo.

-Y a mí me encanta que la cantes -contestó pícaro.

Después de ese momentazo, entablaron conversación todo el trayecto: de la oficina, de su hermana, del regalo que le iba a hacer... De una forma amena y familiar, hasta que llegaron al centro comercial de El Corte Inglés. Se dirigieron a la cuarta planta en busca de la zona donde se encontraba la agencia de viajes, no sin antes cruzar por la zona de lencería, donde Carlos aprovechó para echar una ojeada y pedirle consejo a María.

-¿En serio pretendes que te ayude a comprarle un regalito íntimo a alguna de tus amiguitas?

-Yo no tengo amiguitas, listilla. Pensé que a mi hermana le podría gustar -contestó mostrándole un tanga Passionata Camden negro, con encaje y detalles en la cintura que le daban mayor sensualidad. A conjunto con un bralette de malla y encaje de flores. Sin aros. Sexy y cómodo.

-Desde luego no te falta buen gusto -rio-, pero no creo que sea el mejor regalo que hacerle a una hermana, ¿no crees?

-Lo que pasa es que no la conoces -contestó burlón.

-En eso tienes razón -asintió mientras se dirigían a pagar.

Cuando llegaron a las mesas de la agencia de viajes, todas las dependientas estaban ocupadas y les tocó esperar unos minutos de pie un par de metros atrás. Se apoyaron sobre una columna y María agradeció llevar unas sandalias cómodas para la ocasión.

Esperaron en silencio, escuchando a las dependientas mientras atendían a otros.

-Adelante. Ya se pueden sentar, señores. Denme un minuto y estoy con ustedes -les dijo una dependienta en tono amable mientras terminaba de imprimir unos documentos que guardó en una carpeta que contenía unos nombres. Debían ser de la pareja que se acababa de levantar-. Ustedes dirán.

-Hemos visto una estada de fin de semana largo en Peñíscola en su página web para dentro de un mes y queríamos acabar de informarnos y reservarlo -pronunció Carlos con seguridad.

-¡Oh! Ya sé a qué viaje se refieren, enseguida se lo muestro. Es un lugar muy romántico. La zona del castillo, el faro... es precioso. Les encantará.

-No, no -apuntó María mientras se sonrojaba-. No es para nosotros. Es para hacer un regalo. Para... su hermana -terminó de explicar mientras Carlos se reía tras su reacción.

-¡Perdón! ¡Qué tonta! Al venir los dos, pensé que era para vosotros. Disculpad la confusión. Entonces necesitare los datos de tu hermana.

Y, en ese momento, la que se sintió avergonzada fue ella por su metedura de pata. Había sacado conclusiones erróneas.

-No te preocupes... -contestó Carlos buscando el cartel identificativo de la dependienta para dirigirse a ella por su nombre.

-Patricia, señor.

-No te preocupes, Patricia. Perfectamente podríamos ser pareja, ¿verdad? -soltó de pronto dejando a una María asombrada mientras la dependienta asentía con una sonrisa en los labios-. Somos nosotros, que no te hemos puesto en situación. Mi amiga me acompaña para prestarme su ayuda.

-Genial entonces. Ahora, si me permite los datos de su hermana, procedemos a hacer la reserva -les dijo volviendo a su sonrisa y guiñándole un ojo a María, que parecía incómoda.

Una vez reservado el viaje y pagado, Patricia les imprimió toda la documentación y se la puso perfectamente doblada dentro de un sobre. A punto para ser entregado a su destinataria. Se despidieron y se marcharon con los deberes hechos.

-¿Te apetece tomar un café? En esta misma planta está la cafetería.

-Vale. Un café no, pero un té me lo tomaré encantada. Estoy sedienta.

Se relajaron tomando un café y rieron al recordar la confusión de la dependienta tras haber pensado que eran una pareja enamorada que estaba planeando su próximo viaje. Carlos se cambió de sitio y se acomodó a su lado, en el estrecho sofá que rodeaba toda la pared de la cafetería. Sacó los papeles para releer junto a ella todos los lugares que se podrían visitar en esa bonita ciudad.

-Ya lo estás haciendo otra vez -cortó el silencio frunciendo el ceño, trayendo así a Carlos a la realidad. Al aquí y ahora.

-¿Qué es lo que estoy haciendo exactamente?

-¡No estás mirando los papeles!

-Disculpa, vuelvo a tenerte cerca y hay algo que... no sé, no puedo evitar mirarte y perderme en mis pensamientos con el olor de tu piel.

María lo escuchaba embobada, mirándolo a los ojos. Parecía confuso y asomaba una pequeña sonrisa tímida de sus labios. Se estremeció. Estaba tan guapo con esa barba de tres días, su hoyuelo en el mentón y esa mirada profunda...

Una electricidad recorrió su cuerpo mientras él hablaba y un impulso se apoderó de ella. Posó su mano izquierda sobre su mejilla y se acercó a él sin pensar, acercando su boca hasta perderse en el calor de sus labios. Carlos no tardó en reaccionar y, posando sus manos sobre la cintura de ella, se aproximó más y respondió a ese beso que tanto deseaba. Sus lenguas salieron en busca de un nuevo hogar donde cobijarse y se entrelazaron de forma húmeda y sensual. Un calor afloró en sus interiores queriendo más.

El beso duró más de lo permitido en una cafetería sin ningún tipo de intimidad y las sensaciones que les produjo les hizo tomar la decisión de marcharse de aquel lugar. Se separaron sonriendo como adolescentes y salieron a toda prisa del centro comercial.

Una vez dentro del coche, Carlos se acercó a María y acunándole la cara entre sus manos la volvió a besar. Esta vez con pasión, con ganas, con fuerza. Con simple desesperación. Posó la mano derecha entre sus muslos y la deslizó suavemente hacia el centro de su deseo, provocándole un cosquilleo ardiente que le pedía más y más.

-Como no pares, no llegamos a casa -rio, quitándole la mano del botón de sus pantalones-. Vivo cerca. Arranca.

Y sin contestar, la fulminó con una mirada profunda y ardiente que la penetró hasta provocarle un suspiro que en breve se convertiría en un gemido.

Intentó concentrarse en conducir por donde ella le indicaba, pero la tarea no era fácil con la presión que sentía dentro de sus pantalones. Si no explotaba la cremallera, le haría una reverencia al fabricante.

Aparcaron en el garaje y bajaron a toda prisa hacia el ascensor. María ya estaba en su territorio y eso le dio todavía más seguridad. Le dio al botón de su planta y, mientras las puertas se cerraban y el ascensor empezaba a moverse, ella ya había apresado a su jefe contra la pared, besándolo con descaro. Con una mano le revolvía el pelo, mientras que con la otra le acariciaba la entrepierna. Estaba listo para recibirla y ella húmeda para no esperar más.

Sin dejar de besarse entraron en el piso de María, y mientras esta cerró la puerta de un golpe con el trasero, le quitaba la camiseta acariciándole el torso con unas ansias que él nunca había sentido en nadie. Sus lenguas húmedas en boca ajena seguían el ritmo de sus pasos, que iban directos a la habitación.

Lo empujó sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre él mientras se quitaba el top con una sensualidad que lo dejó sin aliento. La acompañó acariciando su cintura hasta llegar a amasar esos pechos perfectamente redondeados bajo la tela del sujetador de encaje rosa pastel que casi se confundía con el tono de su piel.

Al sentir esa presión en sus pechos, un gemido escapó de su boca produciendo que Carlos reventara el botón del pantalón. «Perfecto, el fabricante se ha quedado sin reverencia», pensó mientras los dos reían por lo ocurrido.

La agarró fuerte de la cintura y esta vez fue ella la que quedó tumbada sobre la cama como si de una pluma se tratara. Le quitó el sujetador mientras le besaba el cuello y, cuando sus pechos quedaron a su merced, resopló como un caballo desbocado y se los chupó y lamió haciendo que ella gimiera desesperada.

Lo deseaba demasiado y sentía su sexo palpar con ritmo. Podría correrse incluso antes de empezar.

Carlos le desabrochó el pantalón mientras su mirada repasaba cada poro de su piel. Se agachó al centro de su deseo y se lo besó por encima de la tela. Esa imagen era lo más excitante que María había visto nunca y se arqueó al sentir sus labios calientes sobre su sexo, deseaba más.

La dejó tumbada con cara de expectación y se incorporó para quitarse la ropa que le quedaba,

dejándole a la vista aquello que la haría llegar al séptimo cielo. Estaba lista para ella: fuerte, húmeda y caliente.

María le recorrió el cuerpo con una mirada lasciva y ardiente, sin levantarse de la cama, apoyada sobre sus codos y excitándose cada vez más. Nunca hubiera imaginado semejante portento bajo el traje de la oficina.

Cuando le quitaba el tanga, deslizándolo con suavidad, vio como ralentizaba ese lujurioso momento y se empapaba de cada imagen. Lo miraba con deseo, sus labios húmedos le pedían a gritos ser besados, sus pechos aclamaban más atención y el centro de su deseo estaba expectantemente ardiente.

Cuando María sintió su ropa interior deslizar por sus tobillos hasta caer al suelo, abrió las piernas aclamando lo que tanto deseaba.

-Te quiero dentro ya -ordenó en un susurro sensual.

-No seas impaciente, bicheja. Todavía hay partes de tu cuerpo que no he podido saborear.

Se agachó y, recorriéndole los muslos beso a beso, llegó a su sexo, que ya estaba deliciosamente mojado. Lo lamió de abajo arriba con fuerza, hasta llegar al botón de sus deseos más intensos. Haciéndola gemir como nunca nadie había conseguido antes. María abría las piernas con ansia y respiraba con dificultad mientras con la mano derecha le revolvía el pelo a su amante y con la izquierda se pellizcaba los pezones, endurecidos por las sensaciones que le recorrían el cuerpo.

Entre besos, lametones, succiones y caricias, María se arqueaba desesperada hasta que sintió llegar el orgasmo antes de lo que hubiera querido. Gritó de placer, estremeciendo todo su cuerpo.

Carlos le había dado el mejor orgasmo de su vida, poniéndole todo el vello de su cuerpo como escarpas mientras se corría como nunca había hecho.

Mientras recuperaba el aliento, él le dio un caminito de besos desde el ombligo, subiendo por cada uno de sus pechos, entreteniéndose en su cuello y acabando en su boca, que devoró con ansia viva.

El beso no duró mucho porque María, de un empujón, lo tumbó sobre la cama para empezar su festín. Le mordió el cuello con fuerza mientras él le agarraba las nalgas clavando cada uno de sus dedos en su piel, y fue bajando hasta encontrar una bandera izada que mostraba su destino.

Lo lamió con suavidad provocándole suspiros de placer y, cogiéndole fuerte los testículos, le succionó el pene con rápidos movimientos que lo volvieron loco.

Cuando sintió que ya no podía más se incorporó lentamente, se puso un preservativo y la cogió de la cintura hasta sentarla a horcajadas sobre él.

Se quedaron sentados al borde de la cama mientras María lo introducía en ella lentamente, agarrada a su cuello, arqueando la espalda hacía atrás para sentir ese fuerte calor en lo más profundo de su cuerpo.

Carlos la agarraba de la cintura, con firmeza, mientras un gruñido salía de su garganta al sentirse tan dentro de ella. Estaba tan apretada, tan húmeda y tan caliente que lo excitaba sobremanera.

La besó ardiente mientras empezaron a moverse al compás. Agarrados, ella sobre los hombros y él sobre la cadera, se empujaban con fuerza, sudorosos y jadeantes, hasta que María emitió un grito de placer descomunal que resonó en toda la habitación. Y mientras se estremecía agitada entre sus brazos, Carlos de dos empujones más se corrió en ella, soltando un gruñido ahogado entre los labios de su amante.

Se tumbaron en la cama de lado, boca arriba, cogidos de la mano, con la mirada perdida. Cada uno en sus pensamientos. Necesitaban unos minutos para recuperar la respiración y dejar que su cuerpo fuera volviendo a su temperatura natural (que era unos cuantos grados menos).

-Tengo que irme -dijo dándole un cálido beso en los labios.

-¿Ya? -preguntó desconcertada.

-Sí. Lo siento. Pero es tarde. No creas que esto no ha sido espectacular. Ya estoy deseando repetir. Pero ahora me tengo que ir.

-Está bien -contestó con la mirada triste; esto no es lo que hubiera esperado llegados a este punto y se sintió sucia-, pero mi coche se quedó en la oficina. Tendrás que llevarme un momento.

-No te preocupes por eso ahora -le apartó el pelo enmarañado de la cara-; ¿mañana por la mañana te recojo y vamos juntos? -María asintió desconcertada-. Ahora descansa.

-Está bien -dijo con una extraña sensación agrídulce mientras se estiraba perezosa sobre la cama-, te espero mañana en el portal. Descansa tú también.



## CAPÍTULO 14

# Arranque de pasión

A la mañana siguiente sonó el despertador y lo paró todavía en un sueño. Un recuerdo le vino a la mente con imágenes entrecortadas y se dio cuenta de que no estaba soñando. Ya estaba despierta y las imágenes que venían a su mente eran recuerdos reales de la tarde anterior. Tanto que había luchado contra sus pensamientos haciéndose creer que no podía tener nada más con su jefe que una mera relación profesional y, ahora que había traspasado los límites, empezaba a tener dudas.

La tarde fue fantástica y no, no fue el simple encuentro sexual; la tarde entera había transcurrido de una forma naturalmente mágica. ¿Realmente podría salir algo de ahí? A su cabeza empezaron a venirle pensamientos que la llevaban a ilusionarse, pero temía; temía por si él no había sentido todo con la misma intensidad que lo estaba sintiendo ella; temía por si ella se estaba animando con algo que para él quizás solo era un juego.

Se comió una manzana mientras se ponía al día en las redes sociales, como hacía todas las mañanas. Un poco de cotilleo matutino la ayudaba a seguirles los pasos a sus amigos que no veía tanto como le gustaría. Y a reírse de las tonterías que colgaban otros que ni siquiera eran amigos. Las redes estaban llenas de ese tipo de gente.

Se puso música, un poco de pop latino para desperezarse mientras movía el cuerpo y hacía las tareas del hogar. Recogió la manta color coral aterciopelada del sofá que acababa de usar mientras desayunaba, puso bien los cojines, alternando los verdes con los corales, los grandes con los pequeños; recogió la cocina, donde solo había un par de platos de la cena, una taza y dos cubiertos, y terminó adecentando la habitación.

Rebuscó entre los armarios, estaba nerviosa porque Carlos la tenía que pasar a recoger y no sabía qué ponerse. Aunque hacía mucho tiempo que se veían a diario y nunca le había importado lo más mínimo qué ponerse (dentro de que siempre salía a la calle lo más mona posible), esta vez sí quería causar buena impresión. Quería sentirse guapa y que así la viera él.

Recordó el vestido boho que le había regalado su amiga Alicia y que tan bien le quedaba. Lo combinó con las mismas sandalias romanas que llevaba puestas el día que se lo probó en la tienda, se puso unas horquillas para retirarse el pelo de la cara hacia los laterales y que le cayera suelto por la espalda, y se puso su collar de turmalina rosa, al que tanto cariño le tenía. Y mientras lo acariciaba sonriendo, recordando quién se lo había regalado, sonó su teléfono.

-En diez minutos estoy aquí.

Se apresuró a ponerse el maquillaje de pestañas (un básico para salir de casa), un gloss rosa pastel, muy suave pero brillante, cogió su bolso y bajó a la calle para no hacerlo esperar.

-Buenos días, jefe -sonrió sonrojada.

-Buenos días, bicheja; ¿no piensas darme un beso? He traído café.

-¿Con leche y extra de azúcar? -rió mientras le daba un dulce beso en la mejilla que él aceptó encantado.

-Por supuesto -contestó al tiempo que le hizo un guiño-, estás tremendamente guapa hoy.

-Será que he dormido muy bien -contestó picarona.

-No me mires con esa cara, a ver si no llegamos a la oficina.

-¿Me estás amenazando, jefe? -le vaciló sin ningún tipo de vergüenza remarcando las sílabas de la última palabra.

Empezaron el camino en silencio, escuchando las noticias de la radio: un poco de política, deportes, el tiempo..., hasta que, a diez minutos de la oficina, Carlos desvió el coche por una calle cortada que se encontraba a la derecha, perdiendo de vista el camino por el que tendrían que haber seguido. A los pocos metros, encontró un caminito de tierra, rodeado por zona de bosque a ambos lados. Se introdujo en él y paró el motor.

-Pero ¿dónde vas?, ¿te has vuelto loco? -exclamó nerviosa. Un poco asustada por no entender lo que estaba pasando. No es que no confiara en él, pero no controlaba la situación y eso la ponía muy nerviosa.

-A mostrarte que no era una amenaza, era una advertencia, bicheja. Y yo lo que digo lo cumplo -contestó pícaro calmando todos los nervios ocasionados.

Entre risas, empezó a besarla con ganas mientras ella, gustosa, le seguía el ritmo de sus caricias. Retiró el asiento para darle espacio y, mientras se desabrochaba el botón del pantalón, ella se sentó a horcajadas sobre él.

Le puso un preservativo que había sacado de la guantera y retirando la fina capa de su ropa interior se introdujo su miembro, terso y preparado, tan al fondo como su cuerpo le permitió.

Entre jadeos y golpes en la cabeza, María empezó a estremecerse indicándole que ya estaba llegando al clímax y en dos arremetidas más, sudorosos, llegaron juntos al máximo placer.

-Eres espectacular, María.

-Ha sido genial. Aunque no sea el mejor sitio -rio enseñándole las rojeces de las piernas después de haberse golpeado con medio coche.

Carlos le dio un tierno beso en la nariz, disgustado porque hubiera sufrido daños mientras le pedía disculpas por el arranque de pasión.

-No tienes que pedir disculpas -contestó mientras se recolocaba las horquillas del pelo. El arranque de pasión ha sido de los dos; y, aunque el sitio no ha sido el mejor, sí lo ha sido la experiencia.

-No sé qué me estás haciendo..., me estás volviendo loco.

-Soy una bruja hechicera -dijo riéndose de su propia ocurrencia-. Ahora vamos a la oficina, anda, que llegaremos tarde.

Al llegar a la oficina, María entró primero. Carlos se quedó unos minutos en el coche para no entrar juntos, aprovechando para darle vueltas a la cabeza sobre todo lo que estaba ocurriendo.

Esta se paró con sus compañeros a tomar café como hacían siempre que no encontraban al jefe allí, cosa que en los últimos días había sido complicado.

La miraron curiosos, comentándole lo sobrenaturalmente guapa que se había levantado. Incluso Marta se atrevió a decirle que su luminosidad era signo de noche de sexo. «¡Ay, si supieran!», pensó María.

«¿Bonita, comes conmigo?». Carlos le dejó un mensaje en el móvil mientras sonreía como un tontorrón tras la mesa de su despacho.

«Voy con los chicos. ¿Por qué no vienes con nosotros?».

En ese momento le sonó el teléfono de la oficina. Era su jefe, que la llamaba al despacho.

-Dime, jefe -dijo risueña al entrar por la puerta y acercarse a la mesa. A Carlos ya no le

molestaba que lo llamara así, siempre que lo acompañara de esa bonita sonrisa que lo dejaba rendido a sus pies.

-Bicheja... -susurró levantándose de la silla y acercándose a ella. La agarró de la cintura con su brazo izquierdo y le besó el cuello mientras ella se ruborizaba, nerviosa por ser descubiertos en esas circunstancias-. No creo que deba ir a comer con mis empleados.

-¿Pero sí que quieres comer conmigo?

-Eso es algo más complicado de explicar -rio mientras la subía a la mesa y ella le abría las piernas para darle cabida, calentándose cada vez más.

María no podía apartarlo, por más que sabía que no debían estar haciendo aquello en la mesa de su despacho. Lo deseaba. Lo deseaba tanto como la noche anterior en la cama de su habitación. Lo agarró del cuello y empezó a besarlo mientras él, entre sus piernas, deslizaba la mano subiéndole el vestido hasta acariciar el centro de su deseo por encima de la ropa interior.

-¿Qué llevas puesto? -le susurró sensualmente al oído.

-Algo que seguramente te vuelva loco -contestó con picardía.

-Más loco me volvería que no llevaras nada.

Sonó el teléfono y María dio un respingo de la mesa, volviendo a la realidad. Se había acabado el fogoso momento. Era Marta, que la buscaba. Un cliente necesitaba un documento con urgencia.

Se recolocó el vestido y dio un suspiro para aliviar la tensión acumulada mientras Carlos la miraba descarado, divirtiéndose por el apuro que ella sentía.

-Te espero para salir juntos cuando termines tu horario.

Durante la comida, María recibió una llamada de su amiga; pronto sería el cumpleaños de Oliver y querían celebrarle una fiesta especial por sus treinta años. Así que quedaron en verse al salir de trabajar.

Cuando recogió su mesa para irse, le sonó el teléfono.

-¿Piensas irte sin avisarme? -dijo un Carlos molesto.

-¡Ay, perdona! Qué despistada. Me llamó Alicia, una superamiga de esas a las que no les puedes fallar -le aclaró-, y hemos quedado.

-Así que me quedo con las ganas de terminar lo que hemos empezado esta mañana por culpa de Alicia -contestó divertido-; apuntaré su nombre para que no se me olvide. Me debe una.

-No seas tonto. Te veo mañana, ¿vale? -le dijo riendo como una niña.

-Ven a darme un beso antes de irte, anda -suplicó más meloso de lo que estaba acostumbrado a oírse.

Entró en el despacho sin avisar, él ya la esperaba y ni siquiera quedaba gente en la oficina, así que, ¿qué más daba? Se sonrieron y enseguida se acercaron. Se abrazaron con dulzura y ella le dio un tierno beso en los labios que los dejó pegados algo más de lo habitual en aquel tipo de besos.

-Y ahora me tengo que ir -dijo con un último beso en la mejilla.

Carlos se quedó sonriente, como un bobo, mirando cómo se alejaba por el pasillo hasta perderla de vista. Dio un suspiro y se dispuso a recoger su mesa para irse a casa.



## CAPÍTULO 15

# Organizando

Como era costumbre, María llegó diez minutos más tarde de lo previsto a su encuentro con Alicia. Habían quedado en una cafetería del centro que les gustaba mucho a las dos y ya la estaba esperando en una mesa del fondo con su bebida. Se dedicaban principalmente a servir batidos, granizados, frappés y smoothies y tenían acceso wifi gratis para todos los clientes.

Alicia se estaba tomando un frappé de coco que la fascinaba cuando vio a su amiga entrar en el local.

-¡Princess, qué guapa estás!

-Alguien especial me regaló este vestido -le sonrió coqueta mientras ladeaba el vestido que su amiga le había regalado.

-¿No me digas? Pues te queda divino. Ese alguien especial que te lo regaló debe de ser muy chic. Ambas amigas rieron mientras se daban un gran abrazo.

Se sentaron en la mesa y no tardó en acercarse la camarera, a la que María le pidió un smoothie de frutos del bosque.

-¿Y bien? ¿Qué tenías pensado? -preguntó María yendo al grano en el tema.

-Te acuerdas de que en breve es el cumpleaños de Oliver, ¿verdad? ¿Y de que no es un cumpleaños cualquiera?

-Claro, ¡cumple treinta!

-Sí, tía, ¡treinta...! Madre mía, cómo pasa el tiempo -contestó Alicia resoplando con cara de susto-. Lo primero que tenemos que hacer es crear la lista de invitados.

-Vale, pero... para eso nos hará falta Rodrigo, ¿no crees?

-Cierto. Entonces, eso lo dejamos para más tarde. Paso dos: vamos a concretar día, hora y lugar. Como cae en viernes, el día está claro, ¿no?

-Perfecto. ¿De día o de noche?

-Hablamos de Oliver, ¿no? -frivolizó Alicia.

-¡De noche! -contestaron las dos al unísono, riendo al pensar en su amigo.

Decidieron celebrarlo en el bar de un amigo que lo alquilaba para ocasiones especiales. Era un lugar con encanto, no muy grande, pero suficiente para los invitados que iban a ser. Al exterior, ajardinado, con una barra donde preparaban picoteo, cócteles y todo tipo de refrescos; mesas y sillas por todo el espacio para que la gente quedara repartida. Era un buen lugar. Alicia se encargaría de llamarlo para pedir disponibilidad y concretarlo todo con el dueño.

-¿Qué hacemos con la música? ¿Nos quedamos con el deejay que tiene Javier?

-Para mí sí. El muchacho es muy apañado y ya está acostumbrado a trabajar allí. Lo tiene por mano. Creo que es la mejor opción.

Dieron por finalizada su tarea del día y esperaron a que llegara Rodrigo para hacer la lista de invitados mientras hablaron de sus historias y María puso al día a Alicia con los últimos acontecimientos con Carlos.

Esta la escuchaba con la boca abierta, casi sin pestañear. Alucinando por lo rápido que había pasado todo.

-Chicas, ya estoy aquí -saludó un sonriente Rodrigo al acercarse a la mesa.

-Hola, Rodri -saludó María mientras él se acercaba a darle un beso en la mejilla.

-Hola, cari -dijo Alicia levantándose para saludarlo como se merecía. Rodrigo, como siempre hacía, la agarró de la cintura y le dio un apasionado beso, de los que no dejaban indiferente.

-¿Cómo lleváis la fiesta? He traído la lista de invitados hecha, a punto para repasar con vosotras por si queréis añadir o quitar a alguien. Oliver me ha llamado esta tarde y lo he invitado a venirse a merendar con nosotros. Así que no creo que tarde en llegar.

-Vale, pues manos a la obra, que no nos vaya a pillar -dijo María-. Ya tenemos todo listo. Lo ponemos en común y zanjamos el tema antes de que aparezca por la puerta.

Tomó la palabra Alicia y le contó a su novio todo lo que había puesto en común con su amiga y ya habían dado por decidido. Rodrigo asentía convencido, escuchando todo lo que las chicas le contaban. Sin duda, habían acertado en las decisiones tomadas.

Repasaron juntos la lista de invitados y añadieron a un par de compañeras del trabajo que Rodrigo había obviado, pero que María sabía que le haría ilusión que estuvieran.

Zanjaron el tema y Rodri les contó algunas anécdotas del trabajo que les hicieron carcajearse de risa.

Y en ese momento llegó Oliver.

-Vaya, veo que os lo pasáis bien -sonrió uniéndose a ellos.

María le dejó un hueco a su lado mientras la camarera se acercaba a la mesa:

-Un frappé de cappuccino, por favor -le indicó con una cordial sonrisa.

-Y un agua para mí. Gracias -dijo María, que estaba sedienta después de tanto hablar.

Oliver se acercó a María y le dio un suave beso en la mejilla preguntándole cómo estaba. Hacía días que no se veían y la había echado de menos.

Pasaron un buen rato los cuatro amigos hablando y riendo hasta que Alicia empezó a despedirse. Quería pasar a ver a su madre antes de que se sentaran a cenar y ya se le estaba haciendo tarde.

En un momento María y Oliver se habían quedado solos, y este no iba a desaprovechar el momento.

-¿Tienes planes, rubia? -preguntó mientras se levantaban de la mesa.

-No. Pretendía pasar por el gym, pero la verdad es que ya es tarde y no quiero acostarme a las quinientas.

-Bien. ¿Me acompañas a cenar? Yo cocino.

-¿No me digas que me vas a cocinar? -preguntó María incrédula. Sabía que su amigo era un desastre en la cocina.

-Tengo unas pizzas en la nevera que te chupas los dedos -se carcajeó mientras la agarraba de la cintura. Vivía cerca y llegarían en un tranquilo paseo.

Fueron caminando, agarrados de la cintura, tranquilos y cómodos en compañía el uno del otro. Hablaron de mil cosas sin importancia mientras se alejaban del centro.

Oliver vivía en el paseo de la playa, en un ático con vistas al mar. No era muy grande, pero, para él solo, era suficiente. Situado a pocos metros del centro caminando, con plaza de aparcamiento y un balcón grande que le dejaba sitio para poner una mesa y un par de sillas y poder disfrutar de las vistas que la naturaleza le ofrecía.

Todavía era pronto para subir a cenar, así que pasearon relajados disfrutando del olor a mar, del sonido de las olas al chocar con la orilla y arrastrar la arena hacia el interior, de la tranquilidad que ofrecían los colores cálidos del atardecer.

María se impregnó de todas esas sensaciones abrazada a su amigo, con la respiración tranquila y el cuerpo relajado. Cerró los ojos y su mente viajó.

-¿En qué estás pensando? -Oliver rompió el silencio al ver a su compañera tan abstraída.

-En nada, solo disfrutaba de la tranquilidad -mintió volviendo a la realidad del momento. Su mente se había ido en brazos de otro hombre sin haberlo podido evitar.

-¿Te parece si subimos ya?

-Si, vamos, empiezo a tener hambre -contestó dándole un suave beso en la mejilla a modo de disculpas silenciosas por traicionar su momento.

Era un piso amplio con grandes ventanales que permitían ver el mar incluso desde la entrada. Pintado de blanco, con muebles brillantes del mismo color, perfectamente impolutos. Un sofá de tres plazas gris perla con dos cuadros alineados en la parte superior que formaban media playa en cada uno.

Era una fotografía de las vistas desde el balcón en un amanecer de verano, dividida y puesta en dos marcos.

Al otro lado se veía la cocina, también con muebles blancos y la encimera gris, un poco más oscura que el sofá, pero brillante. Detrás de esta, una escalera de madera de haya con el lateral de cristal que subía a las habitaciones.

-Ponte cómoda, que voy a cocinar -dijo riendo mientras entraba en la cocina.

María sonrió, se descalzó como siempre hacían los dos al entrar y se dirigió al balcón para sentarse a mirar el mar.

La cena no tardó en estar lista y apareció el gran cocinero con un par de pizzas ya cortadas, una botella de vino blanco fresquita, un par de copas y unas servilletas. Lo observaba de forma cariñosa mientras pensaba en todo lo que le dijo su amiga respecto a esa relación, y le apenaba saber que una parte era cierta. Oliver quería de ella más de lo que ella era capaz de darle.

Olvidó sus pensamientos cuando la pizza se posó sobre la mesa, le rellenó la copa de vino y se sentó frente a ella a mirar el mar.

-Es bonito, ¿verdad?

-Es increíble -soltó en un suspiro-, me encanta estar aquí.

-Podrías estar más de lo que quieres.

-Oliver...

-Lo sé, lo sé -la cortó-, sin presiones ni obligaciones. Estamos bien y disfrutamos así. Nada más. Lo tengo claro.

Terminaron de cenar sin hablar mucho, disfrutaron del silencio de la noche y del olor a mar que les acercaba la suave brisa de verano.

Oliver apartó la mesa para poder sentarse juntos sin dejar de mirar al horizonte. La abrazó y ella se tumbó sobre su pecho sintiéndose acunada y protegida.

Así estuvieron unos largos minutos hasta que María se dio cuenta de lo que estaba haciendo allí, lo que él pretendía que pasara y casi no podía evitar. Se puso nerviosa y se quiso despedir, pero la abrazó fuerte y la consoló animándola a que todo estaba bien, a que todo estaba como siempre y así podía seguir.

Empezó a darle suaves besos por el cuello mientras ella se dejaba llevar, le acarició los pechos por encima de la ropa y ella no tardó en quitarle la camiseta y entregarse a él con descaro e impaciencia, como siempre había hecho.

Tuvieron un tórrido encuentro en el sofá, acompañado tan solo por la luz de la luna, que insinuaba los perfiles de sus cuerpos. Sin pensar en nada más; solo en el deseo y la pasión del momento creados por la compañía, la noche y el vino, claramente.

Oliver la quiso acompañar de regreso al coche, era tarde y le preocupaba que fuera sola. Pero la verdad era que no había nadie por la zona en esa época del año y ella necesitaba aclarar sus ideas. Se despidieron con un rápido beso en los labios y una sonrisa un tanto amarga.

De vuelta, María paseó más de la cuenta, concentrada en sus respiraciones, casi haciendo una meditación. La noche había sido fabulosa, como todos los encuentros que tenía con Oliver. Era un chico fantástico y con él se sentía más a gusto que con cualquier otro, pero había algo que no la llenaba y esa noche lo descubrió. No fue como todas las demás. Disfrutó como siempre, pero su mente estuvo en otro lugar. Sin darse cuenta, el motivo de sus suspiros no había sido Oliver, sino Carlos.

Darse cuenta de lo que había pasado en ese sofá la hizo sentir confusa y algo preocupada. A ella nunca le había pasado algo así y sabía que no era justo para Oliver. Tenía que aclarar qué quería hacer y decidir por qué camino arriesgar antes de continuar. No quería jugar con los sentimientos de Oliver, pero la verdad era que tampoco quería lanzarse a la piscina con una persona que apenas conocía como era Carlos y que, encima, era su jefe.

No supo ni cómo llegó a casa; se dio una ducha caliente que le despejó la mente y se fue a dormir con su pijama de corazones azul y blanco pensando que, al día siguiente, amanecería un nuevo día.



## CAPÍTULO 16

# Separación

Pasaron los días en los que la relación de Carlos y María se iba afianzando. Cada vez los encuentros eran más seguidos y prácticamente a diario pasaban un rato a solas. Cuando uno de los dos no podía al salir de la oficina, aprovechaban el ratito de comer. Cada uno tenía sus asuntos que atender, pero eso no hacía que no encontrarán un momento para estar juntos.

María tenía una vida muy activa: visitar a su padre y a su hermano, que como todavía vivían los dos juntos mataba dos pájaros de un tiro; los momentos a solas con Alicia; los ratos con la pandilla; el grupo de la universidad, que todavía se iba reuniendo una vez al mes; el gym, que al menos tres veces a la semana frecuentaba... Un sinfín de actividades que la mantenían ocupada.

Y, por otro lado, Carlos..., que tenía una vida un poco más complicada: ¡seguía casado! Al principio creía que lo que pasaba con María solo era cuestión de afinidad con una de sus empleadas y que quizás podrían tener una bonita relación de amistad; pero poco a poco fue descubriendo que había química.

Los días que había pasado en el hospital le habían dado mucho tiempo para pensar. Para pensar en su mujer y en la relación que tenían. Siempre había pensado que era una relación sana, madura y afianzada, y que, seguramente, las sensaciones que le desprendía María desaparecerían, como cenizas que se lleva el viento, después de un orgasmo brutal.

Pasado el primero encuentro con María, cargado de pasión y electricidad, supo que eso no iba a ser como él había creído. Ese primer encuentro lo enganchó a ella con la misma necesidad que siente una abeja cuando las flores se llenan de polen. Quería más y más. Esa noche, cuando volvió a casa, solo tenía ganas de madrugar para ir a recogerla y verla de nuevo.

Entrar en su casa y encontrarse a su mujer en la cocina, malhumorada, y que ni siquiera se girara para saludarlo le hizo darse cuenta de que esa relación de sana no tenía nada. Se habían relajado el uno con el otro y se habían dejado llevar por las rutinas. Con la confianza de que eso ya era algo que no se podía cambiar.

Ya era tarde, porque en ese momento Carlos ya había cambiado.

Se pegó una ducha y, cuando se sentaron a cenar y esta le dijo de malos modos que había llegado muy tarde, Carlos estalló. Estalló como un volcán en erupción que lleva años hirviendo por dentro. Se había acostumbrado a aguantar quejas constantes y reproches como si eso fuera normal, y él simplemente callaba.

Conocer a María hizo que la lava de su interior recuperara las fuerzas que un día perdió, y las palabras empezaron a disparar como fuego. Le reprochó a su mujer en qué se había convertido por no disgustarla, que no quería decir que toda la culpa fuera de ella, ni mucho menos; la culpa era de los dos. De ella por apagarlo y de él por dejarse apagar. Había llegado el fin, Carlos no quería seguir viviendo como un alma en pena, había dejado de sonreír, de disfrutar, de vivir.

Había llegado el momento de recuperar el Carlos que sus padres con tanto amor habían creado: ese chiquillo sonriente y feliz, lleno de amigos, que se comía el mundo.

-¿Qué me estás diciendo, Carlos? -preguntó su mujer incrédula mientras se ponía las manos en la cintura y se ponía en actitud chulesca.

-Que estoy harto, que ya no puedo más.

-¿Harto de qué? ¿De llegar a casa y tener la comida lista esperándote, de que te laven y planchen la ropa, de que llamen a la peluquería para pedirte hora?

-¿Pero qué tonterías dices? ¿Crees en serio que eso es importante?

-Por supuesto que es importante. ¿Qué quieres hacer en tu vida? ¡Si ni siquiera debes saber ir al supermercado!

Carlos resopló, se dio la vuelta, y dio unos pasos por el comedor mientras se revolvía el pelo, nervioso. Aquella mujer sacaba lo peor de él. No sabía qué rumbo tomaría su vida a partir de ese momento, pero respondió con completa seguridad de lo que sí sabía que quería hacer ahora.

-Quiero el divorcio -contestó lo más tranquilo que pudo.

Esa mujer altiva y chulesca que lo había acompañado durante años parecía haberse caído de un tercer piso... Se le desencajó la cara, sus brazos apoyados a la cintura cayeron alrededor de sus caderas quedándose sin energía, miró hacia el suelo y se sentó en el sofá. Se le pusieron los ojos vidriosos y Carlos creyó morir si se ponía a llorar. Quería el divorcio, ya no estaba enamorado (si alguna vez lo había estado de verdad), pero la apreciaba y no quería hacerle daño. Aunque, en el fondo, sabía que una parte era inevitable.

Él la miraba intranquilo, de pie, apoyado en la pared frente al sofá, mientras ella respiraba sin levantar la mirada del suelo. Pasados unos minutos en los que los dos pudieron recuperar la calma, ella se recostó sobre el sofá y lo miró seria y fría antes de hablar.

-No vas a ser nadie sin mí. Tenlo claro. Esta casa se aguanta gracias a que yo estoy aquí. ¡Qué disgusto le vas a dar a tu madre cuando sepa que vuelves a casa! -Cruzó las piernas y continuó:- Pero está bien, te voy a dar la oportunidad de que te pegues el tropezón de tu vida. Aunque una cosa te voy a decir antes: volverás -y mientras lo dijo lo señaló con el dedo índice en forma de amenaza, incorporando su espalda-, y para ese momento yo ya habré cambiado la llave del cerrojo y me reiré tras la mirilla de la puerta.

-Si tropiezo, que sea por las decisiones que tomé y no por las que nunca me atreví a realizar.

En ese momento creyó que lo mejor era irse a dar un paseo y dejarle tiempo a su mujer para encajar el vuelco que iba a dar su vida.

Cogió su coche y puso en marcha el CD que tenía puesto, y para su sorpresa volvió a sonar esa canción que María había cantado en su coche sin ningún tipo de vergüenza. Sonrió al recordarla contonearse sentada en el asiento del copiloto.

Condujo sin rumbo un buen rato, abstraído en sus pensamientos, oyendo la música de fondo y viendo el paisaje pasar a su alrededor a través de las ventanillas. Cuando se le acabó la carretera, se dio cuenta de que había llegado a la montaña donde su bicheja encontraba la calma. ¡Qué buen lugar!

Aparcó, paró el motor y, con las manos todavía sobre el volante, apoyó también la cabeza soltando un suspiro. Miró al frente y pudo ver el horizonte, donde el mar quería unirse con el cielo ennegrecido.

Ya era tarde y, a esa hora, no había ni un alma paseando ni un pájaro volando. La única vida que se podía observar eran los insectos nocturnos que habían salido a por su manjar.

Bajó del coche y se acercó al muro que impedía caerse por el precipicio y aspiró el aire puro que la naturaleza le ofrecía, y sintió esa paz que María le había explicado cómo entraba por sus fosas nasales e inundaba sus pulmones de nuevas energías. Aspiró y expiró durante unos minutos hasta que el sonido suave del ululato de un búho lo hizo volver a la realidad de la noche.

Recordó cada uno de los momentos en los que su mujer lo había menospreciado y él había callado. «Si la primera vez que me hizo sentir mal no hubiera callado, quizás no habríamos llegado a este punto», pensó. Cada una de las reuniones familiares en las que él era como un títere al lado de la mala de la telenovela. Cada vez que sentía alivio por irse a trabajar nueve horas seguidas sin pisar su casa. Cada vez que había vuelto y tan solo había recibido un seco «hola». Cada vez que hacían el amor (por llamarlo de alguna manera) y ni siquiera se miraban.

No siempre fue así, y ahora que lo estaba pensando sabía perfectamente en qué momento sus vidas cambiaron tanto que dejaron de ser una sola para convertirse en dos individuos infelices.

Habían querido ser padres por todos los medios posibles, pero por alguna razón eso no fue así: nunca supieron si echarle la culpa a Dios, al Karma, al destino o echársela a ellos mismos.

Cuando ya llevaban más de un año intentándolo de forma natural, acudieron a una clínica para probar con la fecundación *in vitro*. Los médicos parecían optimistas y les decían que se lo tomaran con calma, que la mayoría de estos casos solían darse por culpa del estrés por autopresionarse. Pero, después de dos intentos fallidos, le diagnosticaron infertilidad. Y con eso, nada podían hacer. Pasados unos días quisieron valorar la posibilidad de solicitar una adopción y darse una nueva oportunidad, pero algo no les encajaba. No se atrevieron jamás a dar el paso, y quizás es que nunca supieron gestionar ese diagnóstico y los dos se sumieron en un mundo oscuro y triste que los transformó en dos seres distintos.

Recordar todo eso a Carlos le removió algo que creía que tenía enterrado, y ahí se dio cuenta de que eso le dolió más de lo que creyó en su momento. Si hubieran sabido llevarlo de otra forma, quizás les hubieran ido las cosas mejor.

Cogió su móvil y tecleó: «Sé que es tarde, discúlpame por ello. Llámame mañana, necesito que me arregles los papeles del divorcio». Y recorrió el camino de vuelta al coche con las manos en los bolsillos, cabizbajo y arrastrando los pies. Al abrir la puerta, su teléfono sonó. Su amigo abogado no había podido esperar hasta el día siguiente.

Hablaron unos minutos del tema mientras Carlos aguardaba sentado frente al volante. Le explicó la decisión tomada y cómo quería proceder con todo ese tema, y aunque su amigo insistió mucho, no se atrevió a contarle el detonante de esa decisión.

-Ya he hablado con el abogado -dijo Carlos entrando de nuevo por la puerta de su casa-, mañana empezaré a recoger mis cosas.

-No hace falta que salgas corriendo. Vamos a arreglar las cosas con calma y cuando esté todo decidido te vas.

-Está bien. Trasladaré mis cosas a la habitación pequeña por el momento. -Se dirigió al que hasta el momento había sido su dormitorio y cogió sus objetos imprescindibles para cambiarlos de habitación. Se pegó una ducha rápida y se acostó. Había sido un día intenso.



## CAPÍTULO 17

# ¿Está casado?



-Bicheja, ¿qué haremos hoy? -preguntó Carlos a su súbdita en la hora del café. Ya se había convertido en un ritual encontrarse allí prácticamente todas las mañanas para darse los buenos días antes de la jornada de trabajo.

-Hoy nada, jefe. ¿Recuerdas que es el cumpleaños de mi amigo Oliver?

-Claro, es verdad. Ahora mismo no lo recordaba.

-Porque no quieres venir... -contestó disgustada después de haberlo intentado por activa y por pasiva. No entendía por qué, pero Carlos se negaba a entrar en su círculo de amistades y no podía evitar que eso le doliera.

-María, ya te lo expliqué, no creo que sea prudente. Debemos conservar el anonimato en la oficina. No sería bueno para ninguno de los dos.

-Lo sé, lo sé, me lo has dicho mil veces, pero... ¿hasta cuándo?

-Queda poco, te lo prometo. -A Carlos le angustiaba esa situación, pero quería tenerlo todo solucionado antes de dar un paso tan importante. María era alguien especial y no quería perderla ni que la gente fuera a pensar que por su culpa se había separado. Porque, desde luego, no era así. Gracias a ella se había separado.

Cada uno se dirigió a su zona de trabajo más entristecido de lo que hubiera deseado. Ya habían pasado muchas semanas desde que empezaron a verse por primera vez y los sentimientos eran reales. Por parte de los dos. Así que eso empezaba a hacerse cuesta arriba.

Carlos no dejaba de apretar a su abogado para solucionar el tema del divorcio cuanto antes, pero las cosas de palacio van despacio. Tenía claro que, en cuanto tuviera la separación, se iría de esa casa para no volver. Ya solo deseaba pasar tiempo con María.

Ella, por otro lado, no tenía claros los sentimientos de Carlos hacia ella y siempre le surgían dudas. Por más que él le dijera que estaba muy a gusto con ella y que no deseaba otra cosa que estar con ella, María no entendía por qué tenían que seguir guardando las distancias. Si era cierto todo lo que le decía, ¿por qué se tenían que esconder? Cuando la cabeza empezaba a darle vueltas, se angustiaba de tal forma que le daba hasta dolor de tripa. Todos los sentimientos se le arremolinaban en la boca del estómago y moría de miedo por lo que pudiera pasar. Creía que empezaba a quererlo.

Estaba sumergida en sus pensamientos cuando vibró su móvil, devolviéndola a la realidad. Era un mensaje de Marta. Giró su cabeza a la izquierda, incrédula, esperando encontrársela allí, sentada en su mesa con una gran sonrisa. Pero solo encontró una silla vacía y una mesa llena de papeles y el ordenador en marcha. En el mensaje le decía que fuera al baño de las chicas, que tenía algo que contarle.

Miró a Ángel, en la mesa de enfrente de Marta, por si este sabía algo del tema, pero estaba ausente en sus tareas. Ni siquiera se dio cuenta de que lo miraba. Se puso inquieta. Eso era muy

extraño.

Se levantó sin siquiera hacer ruido, cogió su móvil y se dirigió al baño. Entró lentamente, notando el suspense en su interior. No sabía qué se iba a encontrar allí dentro. Vio a Marta, lavándose las manos frente al espejo, miró de lado a lado. No había nadie más. Marta la miró angustiada. Algo estaba pasando...

-Marta, ¿qué ocurre? -preguntó nerviosa sin querer alargar más esa agonía.

-A ver, María..., es que... no sé ni por dónde empezar...

-¡Pues por el principio, hija! Desembucha, que me estás poniendo histérica.

-No te hemos dicho nada porque entendemos la situación -empezó a decir.

-¿Hemos? ¿Quiénes sois «hemos»? -interrumpió desconcertada.

-Ángel y yo. Bien, la cosa es que sabemos que algo hay entre el jefe y tú.

-¿Lo sabéis? ¿Cómo lo habéis sabido? -En ese momento no sabía si estaba nerviosa, enfadada o incluso contenta. Lo sabían. Y que lo supieran podía significar muchas cosas. Tendría que hablar urgentemente con Carlos.

-Bueno, María, no creo que fuera difícil para nosotros. Las coincidencias eran demasiadas. En horario de oficina siempre estabas con nosotros y poco a poco empezaste a reducir nuestros encuentros. Entendemos que tenías que compartirlos -explicó con una sonrisa triste.

-¿Tanto se ha notado? ¿Se lo habéis contado a alguien?

-No te preocupes por eso, no creo que nadie se haya dado cuenta de nada. Y por supuesto que no le hemos dicho nada a nadie, ¿quiénes te crees que somos? -le replicó molesta por su falta de confianza.

-Disculpa, tienes razón. Es que él no quiere que nadie de la oficina lo sepa e intentamos ir con pies de plomo. Gracias por vuestra discreción. -Se acercó a su compañera a darle un abrazo mientras sentía como todos los músculos de su cuerpo perdían una tensión acumulada durante semanas. Que sus compañeros supieran su secreto, en parte, era un alivio.

-Espera, no era esto lo que quería contarte -la interrumpió mientras su amiga ya empezaba a dirigirse a la puerta-; bueno, también, pero eso no es lo importante.

-¿Hay más? -María sintió de nuevo una presión en la boca del estómago. Se temía que, después de todo, tenía que haber una mala noticia.

-El caso es que... Verás, escuché a una chica de contabilidad hablando con la informática. Yo no sé qué habrá de cierto, María, pero hablaban de la mujer de Carlos.

¿La mujer de Carlos? ¿Carlos estaba casado? María empezó a sentir ganas de llorar; pero no, no iba a llorar. Ese maldito no merecía ni una sola lágrima suya. Ese maldito sinvergüenza... Ahora lo entendía todo, todas las excusas por no quedarse a dormir, por no concurrir sitios públicos, el secretismo en la oficina...; todo tenía sentido. No se escondían por prudencia laboral, sino porque el muy desgraciado llevaba una doble vida.

Esas palabras fueron como una puñalada en lo más profundo del alma.

Marta se preocupó al verle la cara desencajada. No sabía cómo se lo iba a tomar porque no tenía conocimientos suficientes sobre su relación con el jefe, pero sabía que no se lo podría tomar bien de ninguna de las formas. Y lo peor de todo es que le había tocado a ella confesarle una verdad dolorosa.

Quiso abrazarla cuando vio sus bonitos ojos humedecerse, pero, mientras se acercaba, esta pareció recobrar la fuerza.

-Está bien, Marta, no te preocupes. Gracias por la información.

Encendida como una olla a presión a punto de explotar, volvió a su mesa. Cogió aire e intentó concentrarse en su trabajo para no darle más vueltas al asunto. Aquella historia había terminado

antes de empezar.

La mañana se hizo eterna y a las tres, como había acordado con Alicia, María ya salía del despacho para ir a ayudarla con los últimos preparativos de la fiesta. Querían que todo estuviera listo para cuando empezaran a llegar los invitados.

Primero pasó por casa, tenía que cambiarse para ponerse bien guapa, era el cumpleaños de un buen amigo y estaría todo lleno de hombres interesantes. Un clavo saca otro clavo, no iba a sufrir por un imbécil que le había tomado el pelo.

Se preparó un sándwich vegetal con un poco de atún para matar el hambre del mediodía. Algo simple y rápido que no hiciera que a media tarde se estuviera comiendo las piedras que adornaban el suelo del recinto.

Se pegó una ducha y la aprovechó para aplacar el torbellino de emociones que se había instalado en su interior oprimiéndole el pecho. ¿Cómo podía ser que estuviera casado y que llevara semanas ocultárselo? Se había estado riendo de ella. Puso en riesgo su trabajo dejándose llevar por los sentimientos hasta llegar al punto de enamorarse como una jodida niñata. Sabía que nunca tendría que haber ocurrido. Maldita la hora que no hizo caso a su cabeza y se dejó llevar por un corazón desbocado que no entendía del amor.

Se puso el mejor look que podría encontrar en el armario: un tanga de encaje negro que tenía más transparencias que tela en sí y lo escondió bajo una minifalda blanca con estampados de hojas turquesas y ocres. Una blusa de tirantes finos y detalles de encaje de color turquesa que le quedaba divina con su tono de pelo y con la que no le hacía falta llevar sujetador (indispensable para la noche que pretendía). Se adornó el pelo con una diadema sencilla que le recogía la melena suelta de la cara y dejaba ver la tez blanca de su cuello. Se puso las sandalias romanas que tanto le gustaban y a las que tanto partido les sacaba verano a verano.

Se dirigió al baño, se puso un poco de crema hidratante de color suave por la cara y el cuello, que se esparció con sus mismas manos; un poco de colorete rosado, eyeliner y dos kilos de máscara de pestañas waterproof (que, en caso de llanto, poco tenía de eso). Un gloss rosado que le daba un brillo bonito y natural a los labios y listo.

Volvió a la habitación para mirarse en el espejo de metro y medio que tenía colgado en una pared y se miró orgullosa.

«Muy bien, María -se dijo a sí misma mientras contoneaba las caderas sintiéndose la más sexy del mundo-. La noche es mía».

Y en ese momento sonó su móvil, miró la pantalla y lo metió en el bolso dejándolo sonar.

Carlos acababa de salir del despacho y se dio cuenta de que ella ya no estaba. Miró su reloj y al darse cuenta de la hora se maldijo a sí mismo. Otra vez se había olvidado del cumpleaños de su amigo. Pero ¿por qué se había ido sin despedirse? La estaba llamando y no le cogía el teléfono. Así que le mandó un mensaje: «Bicheja, no te has despedido. Ya te vale. Pásalo bien esta noche. ¿Comemos juntos mañana?».

María no pudo evitar abrirlo, había dejado sonar el teléfono durante tres llamadas que sabía de sobra de quién eran. Estaba demasiado cabreada como para tener una conversación con él en esos momentos. Pero leer el mensaje solo hizo que se cabreara aún más, acordándose de todo su árbol genealógico y de su mujer, claro, sobre todo de su mujer.

Escribió un mensaje a Carlos mandándolo a tomar viento fresco, apagó el móvil y lo dejó en la encimera de la cocina. Pensó que mejor ni se lo llevaba para evitar la tentación de leer si le escribía algún mensaje más. No tenía ganas de monsergas; quería salir, disfrutar con los amigos, beber y sacar a pasear al berberecho, si la noche así lo ofrecía. ¿Por qué no?



## CAPÍTULO 18

# Cumpleaños... ¡feliz!

Había quedado en el local con Alicia, hacía ya... un ratito que digamos.

-Vamos al lío, que tenemos mucha faena -la saludó su amiga acercándose para darle un abrazo.

-¿No habéis avanzado nada mientras tanto? -contestó María mirando alrededor. Esperaba encontrarse a su amiga nerviosa y un poco tirante por volver a llegar tarde e ir a tope con toda la decoración, pero no habían hecho nada, de nada.

-Aiiish, princess -suspiró-, que ya hace demasiado que nos conocemos.

-Te hemos dicho media hora antes porque así llegábamos juntos -confesó Rodrigo riendo con su novia.

-¡Sois unos sinvergüenzas! ¿Y si llego a venir puntual?

La pareja la miró con cara de sorpresa y después se miraron de reojo, incrédulos por lo que estaban oyendo. Ni María se creía lo que acababa de soltar por la boca, y después de ver cómo se miraron y mofaron de ella, los tres rieron empezando a dejar bolsas llenas de decoración encima de unas mesas que había en la parte central del patio.

El local, en verdad, no era un local en sí. No había espacio interior, y ese era el encanto del lugar. Era el patio de una antigua casa, acondicionado para hacer de bar de aperitivos de día y de bar de copas de noche.

Al mediodía de los fines de semana no había ni un hueco, el espacio quedaba lleno de gente sentada en las mesas y de otros de pie que se apelotonaban en pequeños círculos, tomando cervecitas frescas, vermouths, refrescos...

Por las noches, un disc-jockey habitual del lugar ambientaba la zona, creando un bar de copas actual y molón de las noches de verano. ¿A quién no le gusta estar al fresco y tomarse un cóctel con los amigos mientras escuchas buena música? Y, muy de vez en cuando, como era el caso, lo alquilaban para fiestas especiales que quedaban a puerta cerrada. Y digo «muy de vez en cuando» porque solo lo hacían para ciertos amigos especiales, y como Oliver era un asiduo desde la apertura y buen amigo del propietario, pues era fácil.

Empezaron a colocar todo aquello que tenía que quedar colgando entre los árboles que había repartidos por el lugar. No eran muchos, suficientes para proporcionar un poco de sombra y dar un ambiente salvaje y natural a un local que estaba en pleno centro del pueblo. Colocaron velas en las mesas y sobres de colores en cada una de ellas para que Oliver los fuera encontrando: eran pequeñas notas escritas por algunos de sus amigos contándole lo especial que era para ellos.

Cuando llegó el músico, hablaron un poco del tipo de música que querían para ambientar y aceptaron algunos consejos sobre qué poner en los distintos momentos de la fiesta. Los camareros empezaron a preparar cócteles para avanzar alguna cosa preparada para cuando fueran llegando los invitados y que no les pillara el toro.

-¿Estás bien? -preguntó Alicia a su amiga, pues no la veía en su mejor momento.

-No es mi mejor día, pero deja que empiece la fiesta y se me pasará. -Y lo dijo más para

convencerse a sí misma que para convencer a su amiga. Así quería que fuera.

-No será por... ¿cómo se llamaba?

-Carlos. Está casado.

-¡No me jodas, María! -exclamó asombrada-. ¿En serio? ¿Y no lo has sabido hasta ahora?

-Hoy mismo me he enterado y no por él, claro.

-Cuánto lo siento, princess. -Se acercó a ella dándole un tierno abrazo que duró tanto como María necesitaba-. ¿Has hablado con él? Quizás haya una explicación... -Intentó darle ánimos, aunque en el fondo no creía que pudiera haber una explicación para eso. Estaba casado y la había engañado. Punto.

-Todavía no. Estaba demasiado enfadada, pero, si te digo la verdad, no espero ninguna explicación, aunque sí me voy a dar el gusto de mandarlo a tomar viento. Por ahora, voy a disfrutar de la noche y eso lo dejo para otro momento.

Empezaron a llegar los invitados y el bonito jardín ahora estaba a rebosar de gente por todos lados. Las chicas miraban orgullosas el panorama. Rodrigo no dejaba de saludar a amigos, no había ninguno que no conociera, y es que Rodrigo y Oliver eran como Zipi y Zape, se habían convertido en dos inseparables desde el instituto.

Al fondo había una gran pancarta donde ponía: «¡FELICIDADES, OLIVER! ¡TE QUEREMOS MIL!». Y, aunque cuando lo leyera sabría de sobra que lo habían escrito sus chicas preferidas por esa expresión, también sabría que eso venía de todos y cada uno de sus amigos presentes allí.

Oliver era un muchacho muy querido por todos sus amigos. Siempre sonriente y muy amigo de sus amigos, cualquiera de ellos lo podía llamar a la hora que fuera y para lo que fuera, que él no dudaría en acudir. Y era por su afable carácter por lo que se había llenado el jardín de gente que lo apreciaba.

El día antes de su cumpleaños, Rodrigo le mandó un mensaje para quedar allí con él, diciéndole que había quedado con las chicas y que juntos celebrarían su cumpleaños. Que picarían algo de comer y tomarían unas copas relajados, que a los treinta años uno ya no estaba para muchas fiestas. Oliver se rio al leerlo, pero la verdad es que pasar su cumpleaños con sus amigos era lo que más le apetecía, así que no tenía más que pedir.

Cuando llegó, el portal estaba cerrado, pero era pronto. Sabía que su amigo no abriría hasta dentro de media hora y supuso que Rodrigo y las chicas todavía no habrían llegado. Y como tenía la suficiente confianza como para entrar con el local cerrado, abrió la portezuela de madera que gruñía tanto como las típicas puertas viejas de madera y... alucinó. Alucinó cuando, poniendo un pie en el interior, un gran grito de «¡felicidades!» lo hizo sonreír, viendo allí a toda la gente que tanto quería. Todos sus amigos estaban allí, tomando copas mientras lo esperaban. Y, por supuesto, su gran amigo y sus chicas presidían el gran grupo.

-¡Sois la caña! -gritó mientras se acercaba a abrazarlos.

Y entonces empezó a sonar la música.

Fue saludando uno por uno a todos sus amigos, compañeros del trabajo, del gimnasio..., y cuando creyó haber terminado se dirigió a pedir una copa.

-Un gin-tonic de Hendrick's con una Hibiscus, por favor.

El camarero se dirigió a la estantería a buscar la ginebra, sacó de la nevera la tónica y le preparó un buen cóctel cargado de hielo, con piel de lima y fresas.

En el momento en el que se lo daba, María se acercó y, dándole un beso en la mejilla, le quitó la copa para darle un sorbo.

-Cómo me gusta esta combinación. Esta tónica es too much.

-Y a mí me gustas tú -dijo dándole un beso rápido en los labios viendo la cercanía de esta-. ¿Me

has traído un regalo? -le preguntó descarado.

-Te he traído algo mejor. -Le guiñó un ojo, coqueta, y se fue a seguir hablando con un grupo de chicos que la miraban muy animados. Seguro que estaban sacando los números para ver si les tocaba la lotería de pasar un rato con la rubia. Y eso a Oliver le quemaba por dentro.

La noche fue pasando distendida y las copas caían como moscas. María ya había bebido más de la cuenta y Alicia empezaba a estar preocupada por su comportamiento. Por más que fuera de dura, ella sabía que estaba triste, disgustada, enfadada, se sentía traicionada. Y, aunque no lo había admitido, sentía por su jefe algo más que una simple atracción.

Oliver se acercó a su amigo Rodrigo, que cuchicheaba con su novia mientras observaban a María cómo coqueteaba rodeada de unos compañeros del gimnasio del cumpleaños.

-¿María está bien? -le preguntó a Alicia un tanto preocupado.

-Bueno, no es su mejor día, y quizás tendría que dejar de beber -rio para quitarle hierro al asunto-. Pero está bien, no te preocupes.

-Pues esos babosos me están poniendo enfermo.

-Relájate -dijo Rodrigo dándole una palmada suave en la espalda-, son tus amigos y es tu cumpleaños. No vayas a hacer nada de lo que te puedas arrepentir.

-Tranquilo, Rodrigo, sé perfectamente qué debo hacer, y te aseguro que no me arrepentiré. -Le guiñó un ojo a su amigo y se dirigió hacia el grupo donde se encontraba María.

-¡Chicos! ¿Qué tal por aquí? ¿Lo estáis pasando bien?

-Muy bien, estábamos conociendo a la dulzura de tu amiga -dijo uno de ellos.

-¿Por qué no nos la habías presentado antes? -dijo otro mientras se acercaba María a su cuerpo cogiéndola por la cintura como si se tratara de una muñeca.

Oliver sabía perfectamente qué significaba eso en el lenguaje de los hombres y pretendía dejarles claro a él y a todos los demás que no se acercaran a ella. Y que conste que ella en ningún momento se quejó.

El grupo asumió la derrota, y siguieron hablando de la nueva temporada de fútbol que todavía no había empezado mientras Oliver se quedó mirando a aquellos dos como si se tratara de una película. ¿Qué le pasaba a María? Nunca la había visto así, y estaba claro que esa María vulnerable y coqueta no era la de siempre. Definitivamente, había bebido de más y no iba a dejar que hiciera nada de lo que mañana, con la resaca, se pudiera arrepentir.

Se acercó a la oreja de María y le susurró que Alicia la estaba buscando. Ella hizo caso omiso y siguió sonriendo como una boba al musculitos gigante que la tenía cogida por la cintura; pero volvió a la carga.

-Creo que está en los baños vomitando. María, deberías ayudarla.

Eso la sacó de ese momento de embriaguez e hizo que se dirigiera corriendo, patosa, hacia el baño. Tropezó con una chica de camino, compañera del trabajo de Oli, y del golpe le tiró media copa al suelo. Se disculpó amable, con una sonrisa; pero, como había barra libre, no había ningún problema, iría a buscar otra.

Cuando llegó al baño, no había nadie y María aprovechó a refrescarse la cara con un poco de agua. Lo hizo suave, a conciencia de no restregarse todo el maquillaje por la cara y quedar como un mapache.

Detrás llegó Oliver, que la había seguido todo el camino riendo, viendo cómo corría con las piernas de cuerda.

-¿María, estás bien?

-¿Yo? -preguntó incrédula mientras se secaba la cara con un trozo de papel de rollo, dando toquecitos-. ¿Dónde está Alicia?

-Alicia está bien, estará tomando algo tranquilamente con su cari.

-Entonces, ¿qué hacemos aquí?

-Yo rescartarte del sanguijuela. -Le apuntó con un dedo amenazante, y con una sonrisa pícaro añadió:- Y tú deberías darme mi regalo.

María se contoneó melosona acercándose a él, con un brillo en los ojos y una sonrisa de lo más sensuales. «¡Esta sí era su María!», pensó. Oliver la miraba engatusado como si un tornado se acercara a él para dejarlo hecho mil pedazos. No se movió, casi ni parpadeó. Se concentró en controlar su respiración agitada y sintió como su miembro se desperezaba para unirse a la fiesta.

Lo abrazó por el cuello y siguiendo el ritmo de la música contoneó sus caderas rozando sus zonas erógenas y haciendo que un calor abrasador recorriera entero por sus cuerpos. Estaba sonando Si por mi fuera, de Beret, y aunque a ambos era una canción que les gustaba, en ese momento Oliver la maldijo. La sincronización de sus cuerpos, el olor de María, el tacto de su piel, la letra de la canción..., todo junto hacía que quedara embujado a su merced.

La cogió de la mano y se la llevó de allí, ese lugar no les daba suficiente intimidad para lo que sus cuerpos estaban deseando hacer y sentir. Se dirigieron por las escaleras a lo que era la casa y su amigo utilizaba de almacén y oficina. Sabía que tenía una habitación montada con un sofá y una televisión para cuando se quedaba allí y se pegaba un descanso entre turnos.

Entraron agitados por el momento de corridizas y la tensión que acumulaba la adrenalina de que cualquiera de los que estaban disfrutando de la fiesta los pudiera pillar. María rápidamente se quitó la camiseta y se acercó a Oli besándolo con auténtica pasión desesperada.

-María, ¿estás segura? No quiero que mañana me maldigas.

-Este es tu regalo de cumpleaños, tontorrón. ¿Acaso a ti no te apetece tanto como a mí? -le preguntó levantando la ceja derecha, mirándolo incrédula.

-Por supuesto que me apetece. Ya sabes que yo contigo...

No le dejó terminar la frase. Lo tiró al sofá y empezó a besarle el cuello, diciéndole en susurros a la oreja que disfrutara de su regalo y se dejara de monsergas. María no quería declaraciones de amor, sabía de sobra lo que este sentía, pero siempre le había dejado claro que lo suyo no era nada más que sexo. Y en ese momento es lo que ella más necesitaba para descargar todo el mal humor que tenía en su interior desde el mediodía.



## CAPÍTULO 19

# Resaca

Eran las dos del mediodía cuando María se despertó con un dolor de cabeza horrible. Abrió los ojos preocupada por descubrir dónde estaba en el momento que vio que estaba en ropa interior... y suspiró aliviada cuando se dio cuenta de que eran sus sábanas, su cama, su habitación.

Se estiró para devolverle la movilidad a sus músculos. Parecía que se había pasado la noche durmiendo tesa como un palo del dolor que sintió cuando se quiso mover.

Unos rayos de sol entraban por la ventana y se veía un cielo azul despejado que anunciaba un buen día. Miró el reloj y cuando vio la hora se reprochó a sí misma que todavía estuviera tirada en la cama. No es que le encantara madrugar, pero ni tanto ni tan poco.

Necesitaba una ducha y un paracetamol. No tenía muy claros los acontecimientos de la noche anterior y tenía que refrescarse para devolverle la memoria a su cerebro.

Se levantó bostezando y escuchó un ruido en el pasillo que venía del comedor. «¡Mierda, María! ¿A quién has metido en tu casa?», pensó mientras recordaba al amigo tatuado del gimnasio de Oliver y su comportamiento con él la noche anterior. Se dirigió sigilosa a descubrir quién era el inquilino y suspiró aliviada al descubrir a su rubiales preferido en la cocina, preparando algo de comer.

-Buenos días, Oli... -saludó con vocecilla de buena niña.

-Buenos días, rubia. ¿Cómo te has levantado hoy?

-Pues, la verdad..., tengo un dolor de cabeza tremendo.

-No me extraña, creo que bebiste tú sola el equivalente a lo que bebieron todos los demás juntos.

-La agarró por la cintura con una gran sonrisa.

-Qué bien huele. ¿Me da tiempo a ducharme?

-Sí, por favor, más vale que te pegues una ducha -dijo mientras ponía cara de oler algo que giraba el estómago.

Se rieron los dos y le dio un golpe en el hombro diciéndole que era un sinvergüenza, y se fue a la ducha. Abrió el grifo con todo el caudal que pudiera salir y se puso el agua bien calentita dejándola caer por todo su cuerpo. Hundió la cabeza y se concentró en respirar escuchando el agua caer por su pelo, no podía escuchar nada más que el zumbido de los chorros dentro de sus orejas. No hay nada más relajante...

Así estuvo unos momentos, mientras estuvo recopilando toda la información de lo que había pasado en el día anterior.

Como en una película vio como Marta le contaba que Carlos estaba casado, ella saliendo enfadada de la oficina, los preparativos de la fiesta, las copas de alcohol, el coqueteo con el musculitos y... Oliver y ella en el sofá de cuero negro de esa habitación desconocida.

Escuchó a Alicia reñirla en su cabeza por su actitud despreocupada y actuar con despecho, como la voz de su conciencia. «¡Madre mía, María! Otra vez no...», se dijo a sí misma.

Era hora de hablar con su amigo y dejar las cosas claras de una vez por todas. Ese tira y afloja

les pasaría factura y, a pesar de no querer una relación con su amigo (cosa que no era porque no estuviera bueno, porque estaba para chuparse los dedos y repetir, todo hay que decirlo), no quería que eso afectara a la bonita amistad que tenían en la pandilla.

Oliver la estaba esperando con la mesa puesta y un desayuno continental completo: un café con leche, unos croissants recién horneados de la panadería de abajo, un zumo de naranja, unas fresas cortadas con arándanos en un bol y una tostada de pan integral untada con mermelada de frutos del bosque. La miró ensimismado de arriba abajo con una sonrisa de «¡qué bonita te has levantado!».

María se sentó, asombrada por todo lo que le había preparado. ¿De verdad no podía quererlo? ¡Si era perfecto!

-El café -empezó a decir cuando Oliver la cortó.

-Con leche y extra de azúcar, como a ti te gusta, rubia.

Desayunaron hablando de la fiesta, de la sorpresa que le habían dado y lo mucho que le había gustado. No se lo habría imaginado en ningún momento. Oliver recordó a muchos de los amigos que estuvo saludando y que hacía mil años que no veía. Le agradeció a María cada uno de los momentos que le hicieron pasar, incluso el momento en el que casi lo dejan desnudo con un juego absurdo que las chicas habían inventado. Se arrepentiría toda la vida de los vídeos que todavía no habían empezado a circular, pero bien sabía que existían.

Se sentía avergonzada por el coqueteo con su amigo del gimnasio y sentía la necesidad de disculparse, pero eso llevaría a tener que darle calabazas de una vez por todas y dar por finalizada su relación de encuentros fortuitos cada vez que les apetecía a cualquiera de los dos. Así que no quiso estropear el momento. Era sábado y quería pasar el día con él y sus amigos antes de enfrentarse a Carlos el siguiente lunes. En otro momento hablaría con sus rubiales. No vendría de más dejarse llevar una última vez, ¿no?

A media tarde recordó que tenía su teléfono apagado y abandonado. Dudó sobre ponerlo en marcha o no por lo que pudiera encontrar. Seguro que Carlos habría intentado localizarla. Pero seguramente Alicia también, para saber cómo estaban ella y Oliver, pues los vio irse en un mismo coche. Cuando lo encendió, confirmó sus sospechas. Cinco llamadas perdidas de Carlos, dos de Alicia y una de su hermano. ¿Wasaps? ¡Incontables! En esta sociedad no se puede parar el móvil ni dos horas, que luego tienes que invertir cuatro en leer todas las chorradas que te han mandado; porque... ¿cuántos había importantes? Dos. Alicia diciendo que la había llamado, que cómo estaban y que tenía que contarle todo lo sucedido cuando se fueron, que a ella no la podía engañar. Y el de su hermano que le decía si iría el domingo a comer a casa de papá. Otros tantos de la pandilla, del grupo del gym, de las amigas de la universidad...; en fin, mil chorradas. Y, cómo no, unos cuantos de Carlos que ni se atrevía a leer:

Viernes, 15:30 h: «Bicheja, ¿cómo te has ido sin despedirte?».

Viernes, 16:00 h: «Recuerdo que es la fiesta de tu amigo y no quiero molestarte. Llámame cuando puedas».

Viernes, 20:00 h: «¿Qué le ha pasado a tu móvil? Pásalo bien».

Sábado, 10:00 h: «¿Tengo que preocuparme?».

Sábado, 13:00 h: «Te he llamado mil veces. Espero que estés bien. Me tienes preocupado. Por favor, llámame».

María contestó a su hermano diciéndole que a las dos estaría allí y llevaría los postres. Después, volvió a leer los mensajes de Carlos y se dio cuenta de que el mensaje donde lo mandaba a tomar viento fresco no había sido enviado. Debió de apagar el teléfono antes de que lo hiciera y ahora ya se había quedado colgado. Total, daba igual. Que sufriera el fin de semana, ya se enteraría el

lunes. Y volvió a apagar el móvil.

Le dijo a Oliver que mandara un mensaje a Rodrigo confirmando la cena que tenían prevista para la noche, justificando que su teléfono se había quedado sin batería al no haberlo cargado la noche anterior.

Esa noche fueron a cenar al centro comercial con la pandilla, donde siempre acudían. Se saludaron y María sintió las miradas de reproche y compasión mezcladas de su amiga. Nadie la conocía mejor que ella. Le prometió contárselo todo, pero no era el momento.

Picotearon distendidos recordando momentos divertidos de la fiesta. Se tomaron unos gin-tonics. Y mientras tanto Oliver no dejó de sobarla, y ella, simplemente..., se dejó. Alicia no daba crédito. No entendía nada. Su amiga estaba despechada y no tenía derecho a ilusionar así al surfero.

En un momento que María se levantó para ir al baño, Alicia aprovechó para poder hablar con su amiga.

-Princess..., ¿estás bien?

-No del todo, pero lo solucionaré pronto -dijo entristecida.

-Ayer os vi iros juntos de la fiesta.

-Hemos pasado el día juntos. Es el chico perfecto, Alicia.

-¿Pero...?

-Pero no siento por él lo que él siente por mí. Por más que lo intento, no me nace. Y te juro que me encantaría sentirlo, porque no creo que pueda encontrar jamás un hombre que me quiera como lo hace él.

Alicia se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza. Entendía su sufrimiento, pero también entendía lo que esto suponía para Oliver. Le daba pena que no pudiera ser de verdad.

-¿Entonces a que jugáis? -Y no la estaba riñendo como hacía habitualmente; lo decía con pena, queriendo entender la situación y lo que estaban haciendo.

-Si te digo la verdad, ya había decidido que lo nuestro había terminado, pero entonces pasó lo de Carlos, el cumpleaños..., y estaba despechada, Alicia. Bebí más de la cuenta y me dejé llevar, necesitaba sentirme querida y sin duda es algo que él sabe hacer muy bien -sonrió avergonzada-. Este fin de semana es nuestra despedida; él no lo sabe, pero hoy es nuestro último día en esta situación. Esta noche hablaré con él. Te lo prometo.

Alicia le sonrió orgullosa, dándole un apretón en las manos para mostrarle su apoyo. Al final, ella era como la voz de su conciencia o la voz de su cordura, y jamás dejaría de apoyarla, por más errores que cometiera en su vida. Aunque sus actos en mil ocasiones no le parecían bien y así se lo decía, cada persona es libre de hacer con su vida lo que quiera y así se lo respetaba. Celebrando juntas sus logros y poniéndole el hombro cuando se arrepentía de haber cometido un error.

Llegadas las dos de la mañana, decidieron que ya era hora de finiquitar la noche e irse a descansar. Las dos amigas se despidieron con un fuerte abrazo y una mirada cómplice que nadie percibió.

-¿Vamos a la playa? -le sugirió María una vez montados en el coche.

-¿A la playa quieres ir ahora? Pensaba que íbamos a casa a..., bueno, ya sabes, a terminar la noche.

-Me apetece mucho ir a dar un paseo por la playa; anda, va -dijo con los ojitos brillantes y una sonrisa triste en los labios.

Como siempre en ellos dos, María conseguía lo que se proponía con tan solo una mirada tierna. Oliver condujo hasta la playa más cercana y, a pesar de estar en plena temporada, a esas horas ya

no quedaba mucha gente. Caminaron unos pasos por el bonito paseo de adoquines, cogidos de la mano y en silencio. María no dejaba de pensar en cómo empezar con el fin.

Se quitaron los zapatos al llegar a la arena y pasearon descalzos hasta llegar a tocar el agua con los pies. Estaba fresca, pero era una sensación agradable después del calor que había hecho durante el día.

Siguieron cogidos de la mano hasta que María, después de un profundo suspiro, empezó a hablar sin dejar de mirar cómo el agua entraba y salía de entre sus dedos.

-Oliver..., tenemos que hablar.

-Claro, no podía ser todo tan bonito, ¿no? -dijo con una triste sonrisa levantando la cabeza para mirarla. Le cogió la cara entre sus manos y le dio un tierno beso en la mejilla-. No te preocupes por nada, rubia. Lo que hay de sobra entre nosotros es confianza, y hay cosas que nunca podrán cambiar.

-Oli... -dijo en un sollozo. Respiró e intentó calmarse para poder explicarse de una forma serena-. Sabes que yo te quiero tanto como se puede llegar a querer a un amigo, ¿verdad? -Oliver asintió y le cogió las dos manos, quedando frente a ella-, pero yo jamás podré darte lo que tú necesitas. Lo he intentado, pero no puedo obligarme a sentir algo que no llega.

-Esto es... ¿es por tu jefe?

-No, él no tiene nada que ver en esto. Estoy hablando de tú y yo. No es sano para ninguno de los dos y debemos frenarlo ahora, antes de que nos hagamos más daño del que nos merecemos.

-¿Esta vez estás segura? Porque ya hemos hablado más de una vez del tema y acabamos enredados de nuevo, casi sin darnos cuenta. Y te quiero mucho, María, más de lo que se puede querer en una vida, y yo ya estoy sufriendo demasiado. No sé si puedo ser capaz de volver a pasar por lo mismo.

-Lo sé, Oliver, y no sabría ni cómo pedirte perdón. No quiero perderte, eres alguien muy especial para mí, y es por eso mismo por lo que debemos parar. Y esta vez de verdad. Oliver, yo...

-Y se puso a llorar como una niña pequeña que acaba de perder su muñeco preferido, aquel con el que tan protegida se sentía.

-Ssshht... -La abrazó fuerte contra su pecho dándole un suave beso sobre la cabeza-. No te voy a decir que esto no me duela, siento que me acabas de partir en dos; pero te entiendo y respeto tu decisión. Lo mejor que puedo hacer es aprovechar nuestra amistad y conformarme con lo que sé que me puedes dar. ¿Sabes? Jamás te alejes de mí y te prometo que bastará para calmar mi dolor.

-Estoy segura de que un día encontrarás a ese alguien que necesitas en tu vida, y que te haga sentir completo. Y te prometo que ese día yo estaré a tu lado para celebrarlo.

Esa noche fue muy dura para ambos. Cada uno en su cama lloró sintiendo un vacío dentro hasta que se quedó dormido.

María estaba agotada, en los últimos dos días había vivido tantas emociones que su cuerpo ya no las podía aguantar. Necesitaba descansar.

Oliver, por su parte, tenía el corazón partido en mil pedazos, y la pena tan grande que sentía dentro lo ayudó a quedarse dormido.

Al día siguiente María se encontraba más tranquila y sentía que se había quitado un peso de encima. Tenía un día para recomponerse, porque al día siguiente le tocaba quitarse el otro peso que la estaba aprisionando.

Comió con su padre y su hermano y se acostó pronto para estar descansada para el nuevo inicio de semana.



## CAPÍTULO 20

# Explicaciones

Había amanecido un día gris de principios de agosto. Aunque la temperatura era muy agradable, el cielo tenía previsto sincronizarse con María y soltar la tormenta que llevaban dentro.

Se puso unos jeggins largos de color tejano, push-up, que le quedaban de infarto. Unas Converse blancas y una camiseta de manga corta blanca con unas flores naranjas alrededor del cuello. Se puso su maquillaje suave, como hacía todos los días para ir a la oficina, y se recogió su melena rubia en una coleta alta, perfectamente estirada y apretada en lo más alto de la cabeza. Sin duda, hoy se sentía guapa, fuerte y valiente.

Entró en la oficina con paso firme sin parar en la máquina de café. Paró en su mesa para dejar las cosas y se dirigió directamente al despacho. Entró sin tan siquiera tocar la puerta, provocando que Carlos pegara un salto sobre su silla.

Este se levantó rápidamente; estaba abatido, tenía cara de no haber dormido en todo el fin de semana, las ojeras eran visibles a metros de distancia. María se preocupó al verlo tan desfavorecido, nunca lo había visto así y eso casi la hizo flaquear de su enfado monumental; pero recordó el engaño vivido y rápido se le pasó. Iba decidido a abrazarla, pero ella se apartó rápidamente dejándolo tan sorprendido como destrozado.

-No me vuelvas a tocar en tu jodida vida. ¿Estás casado?

A Carlos se le desencajó la cara. Era consciente de que un día tendrían esa conversación, pero nunca la hubiera previsto de esa forma. Se revolvió el pelo, nervioso, antes de contestar y dio unos pasos sin sentido por su despacho buscando las palabras acertadas para arreglar aquel asunto. Mientras tanto, el cabreo de María iba aumentando. Ya tenía claro que era verdad y que la había engañado, pero su cara y su falta de palabras se lo confirmaron.

-María, lo siento. Sí que estoy casado, pero todo tiene una explicación.

-¡Vete a la mierda! Olvídate de mí y no vuelvas a dirigirme la palabra si no es por trabajo.

Salió del despacho hecha una fiera, más enfadada aún, si cabe, de lo que había entrado. Carlos intentó agarrarla del brazo para retenerla y poder expresarse, pero ella se soltó de muy mala gana echándole una mirada que a Carlos le partió el alma.

Cuando se sentó en su mesa, empezó a trabajar bajo la mirada atónita de Marta y Ángel, que habían escuchado gritos, pero ni se atrevieron a mediar palabra.

El teléfono hizo cuatro llamadas seguidas que ni se dignó a contestar. Sabía que era Carlos y no iba a seguirle más el juegucito. Acto seguido sonó el de Marta.

-María -dijo en un susurro-, es Carlos. Dice que, por favor, vayas un momento.

-Dile que se vaya al carajo.

-Ya lo has escuchado, Carlos... Ahora mismo creo que es mejor que la dejes. -Carlos suspiró y colgó el teléfono.

Poco después este, desesperado por haberle seguido mandando mensajes al móvil que ella ni

había leído, volvió a llamar a Marta. Al teléfono, con disimulo, le contó toda la historia del porqué de todo aquello y le pidió que lo ayudara a convencer a María para que, al menos, lo escuchara.

Esta, aunque no lo justificaba, lo entendió. Si había acudido a ella, realmente estaba desesperado. Nadie sabía nada en la oficina y se sintió orgullosa de sentir esa confianza.

Marta aprovechó la hora de comer, empezando por poner al día a Ángel de la situación y siguiendo por convencer a María de que, por su bien, aunque fuera laboral, escuchara lo que le tenía que contar Carlos. Que, después de las explicaciones, ya tendría tiempo de mandarlo a freír espárragos si es lo que quería, pero no así, sin más. Aunque había hecho mal, tenía que darle, al menos, la oportunidad de expresarse.

-¿Acaso te ha prometido un aumento de sueldo? -increpó María enfadada por no sentir el apoyo de su compañera.

-Ojalá -rio-. Si fuera así, te llevaría arrastrando al despacho si hiciera falta.

La jornada en la oficina pasó muy lentamente para Carlos, pero sin cambios. Desde que su bicheja había salido hecha una furia de su despacho, no había vuelto a entrar. Estaba desesperado y no sabía qué podía hacer para arreglarlo, y tampoco quería montar un espectáculo delante de todos sus empleados. Había unas normas, y que se supiera su relación sería perjudicial para María. Así que no era una opción.

El fin de semana anterior, cuando vio que no le había contestado los mensajes, se preocupó, no pudo dormir en las dos noches. Necesitaba verla y hablar con ella; pero nunca imaginó que estuviera enfadada con él, y menos de esa manera, porque nunca hubiera imaginado que ese fuera el motivo. La había cagado, y mucho. ¿Por qué no se lo contó en su momento? Ahora se arrepentía.

Cuando llegó la noche, y vio que ella seguía sin contestar ni a sus llamadas, ni a sus mensajes, se armó de valor y se presentó en su casa. Quizás ni conseguiría que le abriera la puerta, pero tenía que intentarlo. ¿Qué más podía hacer?

Tuvo que tocar el timbre más de una vez, hasta que, al final, ella se decidió y abrió sin retirar el pestillo.

-¿Se puede saber qué quieres? ¡Déjame en paz! -Y quiso cerrar de un portazo, pero Carlos paró la puerta con rapidez, poniendo su mano izquierda.

-Necesito darte explicaciones. Lo nuestro ha sido de verdad y quiero que lo continúe siendo. Por favor, déjame pasar. Échame después si quieres, no me opondré. Pero necesito que me escuches.

María volvió a cerrar la puerta, pero esta vez con cuidado... Quitó el pestillo y se quedó apoyada en la puerta con los ojos cerrados. Carlos suspiró, dando la batalla por perdida, y se dio la vuelta para irse, claramente no lo iba a escuchar.

De pronto, la puerta se abrió. Y allí estaba ella. Llevaba un pijama corto, azul y blanco, de Snoopy, con la melena recogida en un moño despeinado y sin rastro de maquillaje; pero tan guapa y deslumbrante como siempre. Le latió el corazón desbocado mientras ella se apartaba dándole paso. ¿Cómo podía haber sido tan tonto?

Se dirigió al salón y se sentó en la butaca orejera color gris perla, a conjunto con el sofá, que había de espaldas a la ventana. Ella se quedó de pie detrás del sofá con los brazos cruzados y mirándolo de forma intimidatoria. Sin lugar a dudas, su enfado no era de broma.

-Verás, María, no sé ni por dónde empezar -masculló nervioso. Estaba jugando al todo o nada-. Llevo casado alrededor de ocho años y creía que era feliz, hasta que te conocí. Cuando apareciste en mi oficina para la entrevista sentí una conexión extraña contigo, algo que no había sentido nunca, y a partir de allí quise conocerte. Y, quizás, quise conocerte más por conocerme a mí

mismo y descubrir qué era aquello que había sentido, nuevo para mí, que por tener interés en tu propia persona. Pero cada vez que estaba cerca de ti quería más y más, y te ansiaba cuando te tenía lejos. El día que me llevaste a tu rincón preferido, me enamoré de ese espacio y de las sensaciones que me produjo. Ese día me di cuenta de que no era feliz y empecé a darle vueltas a mi matrimonio.

-¿Y eso te sirvió de excusa para acostarte conmigo estando con ella? -lo increpó apenada pero enfadada.

-En parte sí, no te voy a engañar. Empecé a sentir que no eras una chica cualquiera, que contigo me sentía... bien, no sé, demasiado bien. Ni sé cómo explicarlo, porque esto es nuevo para mí. Eres especial, María.

Se levantó con una sonrisa triste, y haciéndola relajar los brazos que todavía tenía cruzados, la acompañó hasta sentarse en el sofá. Uno en cada punta, pero un poco más cerca de lo que estaban.

María seguía sin sentirse cómoda; cogió un cojín y, subiendo una de las piernas en el sofá para ponerse de lado y ver a Carlos de frente, se lo puso encima, tapándose el cuerpo, creando una especie de barrera donde sentirse segura.

-María, esa noche -prosiguió Carlos-, después de nuestro encuentro, me fui feliz y abatido al mismo tiempo. Te juro que pensé que después de eso se me pasaría lo que tenía contigo y podría volver a encauzar mi vida. Pero no fue así. Después de esa noche, lo vi todo más claro. Cuando llegué a casa, le pedí el divorcio a mi mujer; ya hacía mucho tiempo que no nos amábamos, pero no nos habíamos dado cuenta.

-Entonces... ¿ya no estás casado? -preguntó María incrédula con un ápice de ilusión, pensando en la posibilidad de haberse precipitado un poco con toda la situación.

-Legalmente sí, pero moralmente no. Si no me he atrevido a destapar lo nuestro hasta ahora ha sido porque quiero hacer las cosas, dentro de lo que me queda, bien. Estamos terminando los trámites, creo que en una semana ya estaremos separados legalmente. Estaba esperando a tenerlo todo listo para explicarte los detalles.

-¿Y con todo esto qué me quieres decir?

-Que contigo soy mejor persona, que me has devuelto las ganas de vivir y te has convertido en alguien demasiado especial para mí. No te puedo decir que esté enamorado, creo que es demasiado pronto para eso; pero sí te puedo decir que nunca había sentido algo así, que no quiero estar ni un minuto sin ti, que mi cuerpo te anhela y mis pensamientos ya no conocen otra cosa que no seas tú. Quiero intentar una vida contigo, María...

María no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa. No le salían las palabras y estaba tan emocionada por todo lo que Carlos le había contado que no pudo hacer otra cosa que lanzarse a sus brazos y abrazarlo con fuerza. Cuánto había anhelado su cuerpo, su calor, su olor...

Cuando se separaron, quedaron tocando frente con frente, cerraron los ojos y respiraron unas milésimas de segundo, que para ellos fue una eternidad... Rozaron la nariz con suavidad y juntaron sus labios en un beso que no tenía nada pretencioso. Era un beso suave y sentido que se daban dos personas que se habían echado mucho de menos, cargado de sentimientos.

Poco a poco, ese beso se fue intensificando y se fue transformando en un beso apasionado. Sus lenguas se encontraron y se unieron de esa forma que solo ellas sabían hacer.

María enlazó sus dedos en el cabello de Carlos apretándolo fuerte contra ella. Este le agarró el pecho derecho, y por encima de la camiseta se lo amasó. «María en pijama y sin ropa interior, un pecado», pensó.

Ella sentía que la humedad de su interior estaba creciendo por momentos y no podía aguantar más, le quitó la camiseta y lo mismo hizo él con la de ella. Le lamió los pechos, tenía los pezones

duros como piedras desde el momento en el que se había acercado a abrazarlo y bajó su mano hasta desabrocharle los pantalones.

Él se incorporó para quitárselos y la rubia aprovechó para salir corriendo a la habitación a buscar un preservativo. Cuando volvió, se lo encontró tumbado en el sofá, completamente desnudo, esperándola con el arma en pie de guerra. Se quitó los pantalones y se sentó a horcajadas sobre él sin esperar ni un segundo más.

Sentirlo dentro era lo que más necesitaba en ese momento, sentirlo suyo y que ella fuera suya. Se arqueó hacia atrás sintiendo el placer de cada una de las embestidas y, cuando Carlos alcanzó un ritmo frenético que la estaba volviendo loca, bajó su mano para acariciar su clítoris mientras él no dejaba de moverse.

Carlos disfrutó de verla gozar y sentirla tan entregada a él. Disfrutaba de sentirlo dentro y se tocaba para él. Se estaba volviendo más loco de lo que ya estaba por ella, si había posibilidad alguna.

María no tardó en llegar al clímax y detrás Carlos, que ya no podía aguantar más, apretó en una embestida final y descargó todo en su interior.

Quedaron abrazados un buen rato mientras recuperaban el aliento. Carlos no dejó de acariciarla ni un momento, pasando su mano de arriba abajo por su espalda, dándole suaves besos alrededor del cuello y del hombro.

-No quiero que me vuelvas a mentir jamás. -Fueron las primeras palabras que pudo decir.

-Te lo prometo -añadió Carlos-. Te he traído un regalo.

Se incorporaron. María se puso el pijama de nuevo y Carlos recuperó sus calzoncillos y pantalones. Se quedó sin camiseta; estaban uno frente al otro, sentados en el sofá.

Ella lo miraba admirada, repasando cada centímetro de su torso. «No podía estar más bueno, el jodido», pensaba. Mientras, él sacó unos papeles del bolsillo de su pantalón.

-¿Recuerdas el viaje que organizamos para regalarle a mi hermana? -preguntó sacándola de su embobamiento.

-Sí, claro.

-Eso también era mentira y te pido disculpas; pero espero que esta me la perdone con más facilidad. -María frunció el ceño sin comprender aún cuántas mentiras más podría haber, y antes de que se pudiera arrepentir de haberse reconciliado con tanta rapidez, Carlos añadió:- Ese viaje era para nosotros.

-¿Cómo para nosotros? ¿En serio? -preguntó levantando las cejas y abriendo los ojos como platos. Estaba asombrada y emocionada.

-Sí, bicheja -sonrió como un padre cuando le compra el mejor regalo de cumpleaños a su hijo.

-¡Por esto no me puedo enfadar, tonto! -Y de nuevo se tiró a sus brazos con un brillo en los ojos que a Carlos le supo a gloria bendita.



## CAPÍTULO 21

# Reconciliación

Esa misma noche, después de arreglar las cosas con Carlos, este se quedó a dormir con ella por primera vez. Pidieron pizzas para cenar y vieron una película juntos en el sofá: El diario de Noa. Qué hartura de llorar se pegó María mientras Carlos la miraba con ternura.

Era guerrera, pero dulce a la vez. Se había metido tanto en la película que sentía las emociones de los personajes como si fueran su propia vida, y eso a él le hacía gracia.

Mientras la veía llorar, se prometió a sí mismo que jamás la haría llorar así por su culpa. Se estaba enamorando como nunca había hecho antes.

Cuando terminó la película, María había gastado un paquete de clínex entero entre lágrimas y mocos. Todavía estaba consternada cuando salieron al balcón a tomar una copa de vino y airearse. Hacía una noche magnífica y así volverían a la vida real después de una película tan intensa.

No era muy grande, pero estaba decorado con gusto y eso hacía que fuera un espacio pequeño pero acogedor. El cielo estaba completamente despejado y un manto de estrellas cubría el fondo negro de la inmensidad.

En un lateral del balcón, la pared estaba cubierta de plantas colgantes en tiestos blancos, y justo debajo había un sofá de palés pintados del mismo color. Cubiertos con cojines oscuros para sentarse justo dos personas de lado. La verja estaba cubierta de enredaderas que proporcionaban intimidad. Y en la otra pared, otra cantidad innumerable de tiestos, pero estos llenos de plantas aromáticas que a María le encantaba usar para cocinar: romero, albahaca, perejil, tomillo, cilantro...

Un poco de vino, un abrazo, un beso tierno, una caricia... seguidos de un beso en el cuello, un mordisco en el labio, una mirada intensa, un beso pasional..., y así empezó su primera y gran noche juntos.

Abrazados, entre besos húmedos, se dirigieron a la habitación. Carlos con su mano derecha le agarraba la nalga con fuerza, con pasión, acercándola a su gran erección, que ya latía con fuerza. María se calentaba con el roce y su ropa interior ya parecía navegar.

Le quitó el pijama, la tumbó en la cama con suavidad, se quitó los pantalones y la camiseta, quedando solo en ropa interior. Se tumbó sobre ella, moviendo las caderas, rozando sus sexos mientras le sacaba los pechos de la copa del sujetador. Los pezones erguidos aclamaban atención. Sin parar de moverse, se los chupó, mordió y pellizcó mientras María respiraba agitada.

-No puedo más, me estás matando, te necesito dentro... -soltó entre gemidos.

-No seas impaciente, bicheja -dijo Carlos con una sonrisa traviesa.

Lentamente fue bajando, dejando un camino de besos entre sus pechos y su ombligo, hasta llegar a su sexo. Le quitó las braguitas mientras la miraba con lascivia.

María se incorporó, apoyando su cuerpo sobre los codos para tener una mejor visión. Se abrió de piernas, invitándolo. Él le cogió la pierna derecha y, rozando su mejilla en ella, la recorrió entera hasta llegar al centro de su deseo. Se acercó, aspiró el olor a sexo que emanaba el cuerpo

de ella invadido por el deseo y lamió con lentitud haciendo que arqueara su cuerpo y se estremeciera de placer. La agarró de las caderas, con fuerza, para que ella no pudiera moverse y fue lamiendo su clítoris en movimientos circulares.

María jadeaba con intensidad, no iba a aguantar mucho más. Sintió como cambiaban los movimientos y empezó a lamerla en vertical, con fuerza.

-¡Madre mía, no pares! -gimió justo en el momento en el que ya no pudo aguantar más y sintió como una descarga eléctrica convulsionaba su cuerpo dejándola tirada en la cama, con la mente en blanco y sin aliento.

Carlos le dio unos segundos para que se recuperara mientras bebía un trago de agua y se quitaba los calzoncillos. Se subió de rodillas a la cama y se acercó a ella dándole besos en el cuello y el escote. Ella se incorporó y se quitó el sujetador. Se acercó a él y, agarrándole los testículos con una mano, con la otra dirigió su erección hasta su boca.

De una sola vez, Carlos sintió como toda su erección entraba en la boca de María, sintiendo su calor y su humedad. Un gruñido salió de su boca mientras echaba la cabeza hacia atrás.

María la metió y sacó en varias ocasiones y, cuando empezaba a sentir que Carlos no aguantaría mucho, se paró y con su lengua jugueteó con la punta mirándolo con descaro. Él le acariciaba la cabeza mientras se mordía el labio inferior hasta que volvió a metérsela entera en la boca y, en un par de veces más, Carlos se retiró y se corrió con brusquedad sobre sus pechos, sintiendo un orgasmo brutal sobre su cuerpo.

Sin descanso, la agarró de la cintura, la levantó y le dio la vuelta, poniéndola a cuatro patas. De una sola vez, acertó de lleno hasta hundirse en ella tanto como le era posible. María sintió como su cuerpo se hacía camino sin oponer resistencia y gozó con la sensación de que él le iba llenando cada rincón.

No tardaron mucho en llegar al orgasmo. Primero María sintió como toda su humedad le corría por las piernas, y justo después Carlos se dejó ir tras una embestida final.

Quedaron tumbados unos segundos, Carlos sobre María, respirando agitados al compás, recuperando las fuerzas gastadas para volver a empezar.

Después de dos asaltos más, se acabaron quedando dormidos, abrazados, María sobre su pecho.

La mañana del martes se levantaron tarde. María avisó a Raúl de que no iría a la oficina por asuntos personales y, cuando se levantaron, Carlos llamó diciendo que no se encontraba muy bien. Así que se tomaron el día libre.

Cuando María abrió los ojos, la habitación estaba completamente iluminada por el sol del mediodía.

Las sábanas estaban revueltas, la estancia había quedado impregnada de olor a sexo desde la noche anterior y ella creía que tardaría un par de días en recuperarse de la noche de *cardio* intensa. Oyó como se paraba el agua de la ducha y volteó perezosa sobre la cama.

-Buenos días, bicheja -saludó Carlos con una sonrisa tierna y la toalla envuelta alrededor de su cintura.

-Buenos días, jefe -contestó pícaro-. Pronto podré acostumbrarme a despertar cada día con estas vistas.

-Te has despertado juguetona, ¿eh?

-¡Ni loca! ¿Quieres que me tengan que ingresar porque me has sacado de sitio todas las articulaciones? -exclamó pegando un brinco de la cama cuando vio que él se acercaba con mirada salvaje. Se puso al otro lado, bien lejos de él, porque si seguía mirándola con esa sonrisa y desnudo bajo la toalla, no sabía si su cuerpo aguantaría las ganas locas que tenía de repetir la noche. Y, aunque se moría de ganas, todavía le temblaban las piernas.

-Anda, ven aquí, que ya tengo la cafetera en marcha -le dijo cariñoso estirando su brazo para que le cogiera la mano.

Desayunaron juntos unas tostadas con tortilla francesa y un café. Y pasaron el día entre arrumacos conociéndose mejor.

Al día siguiente, después de haber vuelto a la oficina, María quedó para merendar con Alicia y contarle todo lo sucedido. Desde el fin de semana, habían sido unos días intensos y tenía muchas cosas que contarle: la ruptura con Oliver (por llamarlo de alguna forma), la historia de Carlos y el viaje a Peñíscola que pronto disfrutaría.



## CAPÍTULO 22

# Cerrando capítulos

Habían pasado un par de semanas y se encontraban a mitad de agosto, en plena temporada de verano y con un calor de infarto. María estaba nerviosa preparando la maleta; era una locura, pero habían decidido que, cuando volvieran del viaje, Carlos se mudaría a vivir con ella porque ya estaba totalmente liberado de todo lo que tenía que ver con su exmujer.

Él tenía que abandonar su casa, así lo habían pactado de forma amistosa, a cambio de una cantidad de dinero, evidentemente. Y a este le tocaba buscarse un piso modesto donde vivir. María ni lo pensó y le ofreció que se mudara a vivir con ella, y aunque al principio a Carlos eso le asustó un poco, después de mucho hablarlo decidieron intentarlo. Sabían que era una decisión un poco precipitada y que eso era como empezar a construir una casa por el tejado, pero los dos tenían claro que no iban a agobiarse por ello; se lo tomarían con calma, disfrutando de la parte buena de convivir y dejándose llevar a lo que surgiera.

La maleta era pequeña, se iban pocos días, y la ropa de verano tampoco ocupaba mucho espacio. Carlos ya le había advertido que no cargara con «por sis»; que, si se daba el caso, ya los comprarían, que para cuatro días que iban no hacía falta cargar el maletero, ¿no?

María la empezó rellenando con dos looks formados por un par de shorts y un par de camisetas de tirantes, dos vestidos veraniegos de flores y un vestido negro ceñido, palabra de honor, con una lazada en la cintura que le valdría para salir una noche especial a cenar. Añadió sus sandalias romanas, que le combinarían con todo lo elegido, y unos zapatos de plataforma de esparto negros para el vestido de noche. Estos se los llevaría puestos para ahorrar espacio (en la maleta ya no cabía mucho más). Cogió su set de maquillaje, sus utensilios para peinarse, y la cerró. «Todo listo», pensó.

Carlos no se complicó mucho. Puso en la maleta un par de camisetas cortas, unas bermudas, un bañador, las chancletas de la playa y una toalla. Se visitó con unas bermudas de lino azul marino, unas bambas color camel a juego con el cinturón y una camiseta blanca con el dibujo de unas palmeras en la playa. Se peinó con las manos dándose su toque alborotado y se puso las gafas de sol.

Cuando salió de la habitación, se encontró con su exmujer en la cocina, preparándose el desayuno.

-He dejado todas las cajas preparadas para los de la mudanza en mi habitación.

-Bien -contestó sin girarse-. Si encuentro algo, ya te avisaré. Disfruta de tu viaje. -Era irónico, por supuesto.

-Gracias. Siento mucho que todo haya acabado así. Te deseo lo mejor.

Y así, Carlos se despidió de ocho años de matrimonio que habían dado para mucho. Dar portazo a toda una vida no era fácil, pero sentir la ilusión por el ventanal que acaba de abrir, lleno de vida y optimismo, lo reconfortaba. Así que no quiso darle más vueltas al asunto, se montó en el coche y se fue hasta casa de María para recogerla y poder empezar su viaje.

Tocó el timbre de la que, en unos días, iba a ser su casa. Y una muchacha rubia con una sonrisa de infarto le abrió la puerta en ropa interior.

-Espero que no estuvieras esperando al chico del gas -le dijo risueño, acercándose a ella para darle un suave beso en los labios-. Si vas a abrirme siempre así, no quiero la copia de las llaves.

-Pues la verdad es que estaba esperando al fontanero; pero, vaya, con lo guapo que vienes, quizás me sirvas -le siguió el juego riendo.

-Mmm..., encontrarte por vestir es muy tentador, bicheja -le susurró al oído-, pero la verdad es que esperaba encontrarte a punto. Tenemos casi seis horas de viaje y quiero llegar cuanto antes.

-Creo que has venido muy pronto -se rio María.

-He venido a la hora que habíamos acordado. ¿No me digas que no has hecho ni la maleta todavía? -preguntó asustado por la respuesta. Él todavía no había aprendido el truco de decirle media hora antes para asegurarse de encontrarla lista.

-¡No, claro que no! -exclamó-. Solo me falta vestirme. Dame dos minutos.

María se volvió a la habitación, se puso un vestido veraniego de tirantes, por encima de las rodillas, de color rojo con flores blancas, negras y amarillas, y se puso las plataformas que ya había previsto. Salió con la maleta y una sonrisa radiante. Parecía una chiquilla de instituto que se iba de viaje de fin de curso.

-¿Todo listo?

-Eso creo -contestó dudosa.

-¿Ropa de recambio, pijama, bañador...?

-¡Mierda! Ahora vengo -exclamó mientras volvía a la habitación a coger lo que se había dejado. Cogió un pijama corto gris con encaje blanco de la cajonera, el bikini negro, una toalla de playa de la Minnie y las chancletas.

Cuando Carlos la vio aparecer de nuevo, la miró asombrado.

-Si te faltaba todo esto..., ¿se puede saber de qué está llena la maleta?

-Todo son imprescindibles, te lo prometo. Venga, vámonos ya, ¿no querías irte cuanto antes? Porque, si no es cierta tanta prisa..., a mí se me ocurren algunas ideas en las que invertir el tiempo -le dijo acercándose sensual.

-¡Qué tremenda eres! Guarda esa energía, que no te voy a dejar salir de la habitación en cuatro días.

Dejaron las maletas en el coche y pararon en la cafetería que había debajo de casa de María a desayunar antes de partir. Tomaron unos cafés (uno solo y otro con leche y extra de azúcar, ya lo sabéis) y unas tostadas con tomate natural, queso ricotta y pavo.

Les esperaban unos cuantos kilómetros por recorrer hasta llegar a su destino.



## CAPÍTULO 23

# Peñíscola

Cuando llegaron al pueblo y por fin vieron el cartel de su destino, se emocionaron por bajar del coche.

Se habían parado al menos tres veces, María era un culo inquieto y no soportaba tanto rato en el coche. Daba igual quién condujera, estarse ahí sentada, sin poder cambiar de posición y sin poder hacer nada productivo... la ponía de los nervios.

Se había llevado el libro que estaba leyendo, pero en una hora lo hubo terminado. Así, que poco después, tuvieron que parar.

Carlos había tenido una paciencia de mil demonios. Condujeron a ratos entre los dos y, aunque eso le parecía genial para no tener que hacer todo el trayecto la misma persona, no llevaba muy bien lo de tener que hacer el viaje a tropicónes. Si para la ida era tan horroroso, no se quería ni imaginar lo que le depararía la vuelta.

Había calculado llegar a las tres y poder comer por allí, pero se habían ido retrasando tanto que acabaron comiendo en una estación de servicio de la autopista. Al final, llegaron pasadas las cinco de la tarde.

La casera del apartamento los estaba esperando en la puerta para entregarles las llaves y, cuando entraron, quedaron anonadados de lo bonito que era el espacio y el buen gusto con el que estaba decorado.

Les entregaron un mapa del pueblo con las zonas de mayor interés turístico y una lista de restaurantes recomendados, así como unos trípticos con la mínima información de los pueblos vecinos, por si querían coger el coche y visitarlos. Pero no era la intención.

Dejaron las maletas en lo que sería su habitación en los próximos días y sacaron su ropa para que no quedara más arrugada de lo que ya pudiera estar.

Carlos miró de reojo a María cuando lo tuvo todo colocado, mientras se cambiaba los zapatos, y no pudo evitar sonreír al ver la cantidad de ropa que había traído («todo imprescindibles» había dicho, ¿no?).

Aprovechando que no se hiciera más tarde, decidieron salir a dar un paseo y ubicarse.

Estaban muy bien situados, justo al final de la Playa del Sur y donde empezaba el casco antiguo, así que empezaron la ruta como la casera les había indicado.

Recorrieron la muralla entrando por el Portal de Sant Pere, donde pudieron disfrutar del soplo de las olas del mar en el Bufador.

Encontraron el Museo del Mar, pero lo dejaron pendiente para otro día. Acababan de llegar, así que solo querían pasear.

Contemplaron la Casa de las Petxinas y se pararon en todos los miradores de la zona del Faro.

Vieron la escultura del Papa Luna, que fue el dueño del castillo que visitarían al día siguiente.

Al final del recorrido, llegaron a la Playa del Norte, una playa enorme acompañada de un paseo espléndido para hacer deporte que llegaba hasta el siguiente municipio.

-¡Carlos! ¡Ropa de deporte! -exclamó María dándose cuenta de que no lo había previsto.

-Yo tampoco he cargado con ropa de deporte. Pero es cierto que este lugar invita a ello. Llamaremos a la casera para preguntarle dónde podemos comprar. ¿Te parece?

-¡Perfecto! -contestó entusiasmada dándole un suave beso en los labios.

Siguieron paseando, cogidos de la mano, hablando del bonito atardecer que las vistas de la inmensa playa les estaba regalando. Se sentaron en el muro del paseo a contemplarlo con tranquilidad mientras hablaban de infinidad de cosas que hacían que se conocieran mejor.

Cuando ya había oscurecido y la humedad empezaba hacerles mella, decidieron ir a cenar a una pizzería que habían visto al principio del paseo y tenía buena pinta.

No se equivocaron, eran pizzas artesanas cocidas en horno de leña y pudieron hacerse la pizza a su gusto, poniendo y quitando ingredientes a su antojo.

María escogió una base integral con tomate y verduras de todos los tipos, cubiertas de parmesano y orégano.

Carlos, en cambio, era un fanático de los quesos. Escogió la base tradicional y todos los quesos que le permitieron, con salsa de tomate y orégano.

La velada fue fantástica y, cansados, decidieron volverse al apartamento y acostarse pronto.

El primer día había acabado y, por supuesto, no se irían a dormir sin darse una dosis de amor después de las duchas pertinentes.

Al día siguiente, aunque habían querido madrugar, se les habían pegado las sábanas.

El primero en abrir los ojos fue Carlos, que despertó a María de un gruñido.

-¡Nos hemos dormido! ¿No habías puesto el despertador?

-¡Buenos días, gruñón! ¿No lo habías puesto tú? -dijo mientras se daba la vuelta en la cama para quedar cara a cara.

-Buenos días, bicheja; ¡qué par de desastres! -acabó riendo.

-Ya que nos hemos dormido..., podríamos alargar un poquito más la mañana, ¿no crees? -le sugirió mientras se acercaba melosona y llevaba su mano derecha a agarrarle fuerte la entrepierna-. ¡No podrás negarme que te mueres de ganas! -le dijo al sentirlo preparado.

Cuando Carlos sintió la presión que ejercía su mano, junto con los dulces labios que le habían atrapado la boca, no pudo esconder el deseo que sentía de hacerla suya una vez más.

De un salto se puso encima, le agarró los brazos por las muñecas encima de su cabeza, dejándola completamente a su merced, mientras un reguero de besos y mordiscos cubría su piel blanca y la hacía excitarse de una manera sobrenatural.

-Hoy voy a follarte como todavía no lo he hecho, vas a sentir como tu cuerpo pierde el control y vas a ser castigada por levantarnos a mediodía.

María quedó asombrada sin contestar, era la primera vez que escuchaba esos términos salir de la boca de Carlos. Nunca hubiera imaginado que escucharlo decir barbaridades la pondría tan caliente.

Se acercó al centro de su deseo y empezó a lamerla con brusquedad mientras ella jadeaba de placer. Cuando creyó que estaba a punto, paró en seco y con una sonrisa malvada la miró y le confirmó que había cumplido su castigo.

Si María en ese momento se hubiera podido mover, creedme que lo hubiera matado. Pero se quedó tan perpleja de que hubiera tenido el morro de dejarla así que a lo mejor ni hubiera reaccionado.

La agarró de la cadera y le dio la vuelta, poniéndola a cuatro patas frente a él, le dio un cachete que le dejó la nalga roja y María se sorprendió cuando se escuchó a sí misma soltar un grito cargado de placer.

Se puso un preservativo y sin más tiempo que perder la penetró de una certera embestida que hizo que María se estremeciera, sintiendo una mezcla de placer y dolor a la vez. Le agarró el pelo en una coleta con la mano izquierda, haciendo que echara la cabeza hacia atrás y curvara la espalda para darle mayor acceso.

Aumentó el ritmo buscando su propio placer y, antes de que ella pudiera llegar, se corrió, dejándola entera empapada de su semen corriéndole por las nalgas.

«¡Será capullo!», pensó María, porque no le había dejado llegar al orgasmo.

Pero Carlos todavía no había recuperado el aliento cuando le dio la vuelta de nuevo y, arrodillándose ante ella, le lamió el sexo con premura hasta que esta gimió y se corrió desesperadamente tras pocos segundos.

Definitivamente, la espera había hecho que el orgasmo llegara con mayor intensidad.

Dándole besos por todo el cuerpo, Carlos fue a encontrar su boca y la besó con pasión mientras ambos recuperaban el aliento.

Mientras desayunaban en la cocina del apartamento, Carlos preguntó:

-¿De veras creías que te iba a castigar sin correrte?

-Nunca lo hubiera imaginado, pero al final me lo he creído y te he acabado maldiciendo.

-Espero que lo hayas repensado, bicheja. Nunca lo haría -le dijo con cara de corderito degollado.

-Siempre y cuando el final sea así de abrumador, te dejo que me castigues, jefe -contestó guiñándole el ojo.

Dejaron los platos en la cocina, se vistieron y salieron a pasear. Tenían muchas cosas previstas para disfrutar del día.

Como todavía no apretaba el sol, aprovecharon para empezar por el Castillo del Papa Luna. Allí se pagaba una entrada que incluía un folleto con mapa y explicaciones, visitas guiadas y acceso al Parque de la Artillería (que visitarían después). Lo que más les impactó fueron las bóvedas de medio cañón que cubrían casi todos los espacios.

Cuando llegaron a la última planta, salieron a la zona de las terrazas y no pudieron evitar su asombro cuando vieron las magníficas vistas de Peñíscola y el mar.

-¡Es espectacular!

-Sabía que te encantaría -sonrió Carlos mientras la abrazaba por la espalda, colocándole las manos sobre la cintura.

Así quedaron un rato, abrazados, disfrutando de las magníficas vistas, de la brisa que recorría cada rincón de sus cuerpos, del olor a mar que les llegaba de la lejanía... María sentía el calor de la respiración de Carlos, enganchado a su cuello, y la suma del lugar con esa cercanía hacía que se sintiera como en casa.

Volvieron al Patio de Armas para visitar la Sala Gótica y la Iglesia, entre otras estancias.

Cuando salieron, a pesar de que ya empezaba a hacer bastante calor, aprovecharon la entrada y fueron al Parque de Artillería, que se había convertido en un jardín botánico constituido por palmeras, olivos, lavandas y flora autóctona del Parque Natural de la Sierra de Irta.

Allí pudieron disfrutar de exhibiciones de aves rapaces y relajarse dando un paseo bajo las sombras de las palmeras. Cogidos de la mano, paseaban mirando el paisaje y sentían que, cada vez más, se unían el uno con el otro.

-Esta escapada está siendo maravillosa, Carlos. Gracias.

-No debes dárme las gracias, amor; maravilloso es estar contigo -Amor..., la palabra «amor» se repetía en la cabeza de María una y otra vez. ¿De verdad esto iba a funcionar? Todavía no se lo creía, parecía que estaba viviendo un sueño...

Antes de que llegara la hora de comer, se acercaron a la tienda que les había dicho la casera, donde encontrarían algo de ropa para hacer deporte. Compraron lo justo: unas bambas y mallas cortas para María y unos pantalones cortos de algodón para Carlos. Para

el resto, se apañarían con lo que tenían.

Pararon a comer en un chiringuito que había frente al mar; no era ningún sitio glamuroso, pero querían probar una paella valenciana frente al mar, y ese sitio cumplía los requisitos. Picaron una ensalada, pescadito frito y un surtido de cocas variadas, típicas de la zona, y por supuesto una paella valenciana de segundo. Acompañaron todo con un albariño bien fresquito.

Después de comer, subieron al apartamento y se cambiaron de ropa, se pusieron los bañadores y decidieron pasar la tarde en la playa. Más tarde, irían a correr por el paseo de la Playa del Norte y recorrerían sus cinco kilómetros hasta llegar a Benicarló.

El tercer día se lo dieron entero para visitar las distintas calas de la zona y bañarse y relajarse en cada una de ellas: la Cala del Moro, la Cala de l'Aljub...

El cuarto y último día fue el que más madrugaron para acabar de disfrutar al máximo las horas que les quedaban, y tuvieron la gran suerte de que ese día amaneció nublado.

Después de desayunar, visitaron el Museo del Mar y se empaparon de la tradición marinera de la zona. Y, antes de comer, sacaron su ropa de deporte e hicieron senderismo por el Parque Natural de la Sierra de Irtá.

Comieron y terminaron de recoger las maletas cuando la casera tocó el timbre.

-Xiquets, espero que lo hayáis pasado bien -dijo la casera con su tono valenciano. Era la típica señora entrada en carnes que, si podía, se paseaba por el pueblo con la bata de la cocina y las zapatillas, recién jubilada y feliz con una enorme familia a la que servía con gusto.

-Ha sido genial; nos vamos con pena, pero con muchas ganas de volver -confirmó Carlos, hablando por los dos.

-Me alegra oíros, aquí os esperaré.

-Gracias, señora, tiene un apartamento muy bonito.



## CAPÍTULO 24

# Vuelta a la realidad

El primer día en la oficina después de las vacaciones para ambos fue muy extraño. De camino habían acordado que, ya que iban a vivir juntos, sería mejor comunicar su relación al jefe de recursos humanos y así evitar chismes desagradables o que se acabaran enterando por terceras personas.

A María ese tema la ponía nerviosa. Una cosa era que estuvieran genial juntos y otra muy distinta formalizar ante todo el mundo su relación. ¿De verdad iban en serio? ¿Ya estaban tan seguros como para que lo supiera todo el mundo? Y lo que más le hacía sufrir: ¿cómo iban a tomar esa noticia en el departamento de personal?

-No debes preocuparte tanto, bicheja.

-Pues claro que me preocupo, ¿es que eres mi jefe!

-Tú lo has dicho, soy el jefe. Así que soy yo el que toma las decisiones aquí dentro.

-Sí, Carlos, pero hay unas normas que incluso tú debes cumplir. Sabes de sobra que esto puede tener represalias.

-Tienes razón, quizás sea hora de ir cambiando algunas de esas normas -dijo guiñándole un ojo-, ¿no crees?

María resopló y acabaron de llegar en silencio.

Cuando llegaron al trabajo, lo primero que hizo Carlos fue llamar al chico del departamento de personal.

-Raúl, ¿podemos citarnos en mi despacho?

-¿Es urgente? Porque tengo algo a medias que debería acabar, y si puede ser... -Carlos lo cortó sin dejarle terminar.

-Por supuesto, sí, no te preocupes. Acércate a mi despacho después de comer.

De vuelta a la oficina, Raúl fue directamente al despacho de su jefe.

-Verás, Raúl, debo comentarte algo, pero necesito que, por el momento, sea confidencial.

-Por supuesto, Carlos, sabes que puedes confiar en mí.

-Bien. Quiero rectificar algunas de las cláusulas de la normativa de la empresa.

-Soy todo oídos -contestó Raúl impaciente por descubrir esos cambios.

-La primera que deberíamos modificar es acerca de las contrataciones, creo que no deberíamos ser tan severos a la hora de contratar a mujeres con hijos. Me he dado cuenta de que en las entrevistas que he realizado en los últimos tiempos perdemos a mujeres con gran potencial debido a que son madres.

-Cierto, Carlos, no puedo discutirlo. Ya sabes que yo no estaba muy de acuerdo con esa perspectiva y me alegra que hayas decidido cambiarlo.

-La siguiente es respecto a los horarios -Raúl no pudo evitar tensarse, esa siempre había sido una gran disputa y Carlos siempre se había mostrado intransigente-, creo que ha llegado el momento de teneros en cuenta la palabra -Raúl no daba crédito-; quiero flexibilizar el horario. Dale un par de vueltas y me haces una propuesta. ¿Te parece?

-¡Uau! Me acabas de dejar sin palabras. -Estaba tan sorprendido que ni sabía qué responder.

-Tan solo dí que lo pensarás y que me traerás una idea excelente de qué podemos hacer y hasta dónde podemos llegar.

-Por supuesto, eso haré. Gracias, esto será una gran noticia para todo el equipo.

-Pero recuerda que todavía no deben saber nada, hasta que lo tengamos todo claro. -El chico de recursos humanos asintió-. Y ahora mi tercer cambio, y para mí el más importante: quiero que anulemos la cláusula de que quedan totalmente prohibidas las relaciones entre empleados, con motivo de despido.

-Ostras..., no puedo decir que no me alegre, todas tus propuestas son favorables para los empleados...; pero después de lo que pasó hace poco más de un año..., no sé si deberías...

-Lo sé, lo sé. La marcha de Enriqueta causó mucho revuelo, pero cuando ella firmó el contrato era una de las normas que se le habían dejado bien claras, igual que a Antonio, y pretendieron tomarme el pelo.

-Se te manifestaron los empleados, Carlos, y creo que todavía está muy reciente.

-Cierto que pasó lo que pasó, pero rectificar es de sabios, ¿no? No es negociable, está decidido. Y al final... es algo positivo, ¿no crees?

-Está bien. Pero tendremos que pensar bien cómo lo comunicaremos a los empleados para suavizar el tema.

-Lo pensaremos. Gracias, Raúl.

-Gracias a ti.

Después de que Carlos le contara a María los cambios que había previsto en cuanto a la normativa, a esta le faltaron piernas para volver a su mesa y llamar a su amiga.

-Necesito verte. Creo que estoy al borde del ataque de ansiedad.

-Tanto amor... ¿te tiene noqueada?

-No me vaciles, es en serio.

-Vale, vaaalee. ¿A qué hora y dónde quedamos?

-Necesito una sesión de playa, pero salgo muy tarde. Prométeme que iremos este fin de semana, sin hombres -remarcó.

-Oído, cocina. En cuanto termines vente a casa. ¿Te parece? Rodri se va a tomar unas cañas con la pandilla.

María terminó la tarde en el trabajo sin poder concentrarse. Tenía la cabeza a mil. Parecía una absurdidad, pero, para ella, los cambios que Carlos quería hacer en la normativa de la gestoría eran importantes.

Llegó a casa de Alicia tan rápido que esta acababa de salir de la ducha y la recibió con la toalla envuelta alrededor del cuerpo y el pelo mojado.

-Princess, ¡no te esperaba tan pronto! Ponte cómoda, que enseguida vengo -exclamó mientras se volvía al baño para secarse.

Una vez que se hubo puesto el pijama y secado el pelo, preparó unas bebidas refrescantes y se sentó junto a María.

-Tú dirás, bonita mía. ¿Qué te ocurre?

María cogió aire y le soltó de carrerilla todo lo que había pasado desde el momento en que él dijo que era el momento de comunicarlo hasta que cambió las normas.

Alicia no entendía por qué tanto revuelo; al fin y al cabo, todas ellas eran favorables para los trabajadores, así que, cuando terminó, su cara era de incredulidad total.

-Historia entendida. Ahora cuéntame dónde está el problema.

-Horario flexible, contratar a mamás..., ¿no lo entiendes? -Alicia empezaba a pensar que estaba espesa, seguía sin entender nada-. ¿Y si quiere tener hijos? No hemos hablado del tema..., es muy pronto, no creía siquiera que esto fuera a funcionar.

-¡Ay, María! Tú siempre tan dramática -exclamó la amiga empezando a reír.

-Alicia, el motivo principal por el que su matrimonio hizo aguas fue porque no pudieron tener hijos. No le di más importancia de la que creí que tenía en ese momento. Pero ahora... me estoy empezando a acojonar.

-A ver, darling... Lo primero es que acabáis de empezar, y que quiera formalizar la relación no quiere decir que mañana vayas a estar embarazada. Lo segundo es que lo que le pasó a tu madre - las dos entristecieron al recordarlo- fue algo horroroso, pero no tiene por qué pasarte a ti. Y lo tercero y más importante, antes de montarte una película, habla con él y poned las cartas sobre la mesa. Hablad de lo que desea cada uno, de lo que queréis sacar de esta relación a corto y largo plazo. ¿Quién sabe? Quizás es el hombre de tu vida...

-No puedo negar que los días que pasé con él en Peñíscola fueron los más maravillosos de toda mi vida.

-Eso es otra cosa que no me has contado, y las amigas están para las buenas y las malas, ¿no? Pues ahora cambiamos de tema, que me toca disfrutar de las buenas. -Le guiñó un ojo amistosamente e hizo que María sonriera y empezara a relatarle todo el fin de semana con pelos y señales. Sí, sí, los momentos íntimos también se les cuentan a las mejores amigas, ¿o no?

Cuando María llegó a casa, estaba decidida a sacar el tema durante la cena. Su amiga tenía razón y quizás todo era una película que se había montado en su cabeza. Después de todo lo que pasó Carlos para intentar ser padre y no conseguirlo, acabó asumiendo que eso no era para él. Así que, quizás, nada de eso había cambiado.

La sorpresa fue que él no estaba en casa, como habían quedado. Carlos se había ido con su socio para charlar un rato, ya que hacía muchos días que no se veían, pero le dijo que la estaría esperando con la cena hecha. Fue a mirar a la habitación, pero no había ni rastro de que hubiera pasado por allí. Lo llamó, pero este no contestó. Le mandó un mensaje para avisarlo de que ya había llegado y empezaría a hacer la cena, que era tarde, que no tardara.

Pasaron dos horas, en las que la cena se enfrió. María se dio un baño y decidió cenar sin él. Cuando ya estaba recogiendo la cocina, oyó las llaves en la puerta. Carlos había llegado, pero enseguida se dio cuenta de que algo no estaba bien.

-Carlos..., ¿va todo bien?

-Pues no lo sé, eso me lo tendrás que decir tú.

-¿A qué viene esto?

-¿A qué viene acostarte con Oliver mientras estabas conmigo? -Paró a coger aire y revolverse el pelo, estaba muy nervioso-. Vale que solo nos estábamos conociendo, pero, ¡joder! ¡Que yo voy en serio contigo desde el primer día!

-Carlos..., déjame que te lo explique. -Intentó acercarse, necesitaba que se calmara y la escuchara. No había querido engañarlo, solo fue un error.

-¿Ahora me lo vas a explicar? Porque me he enterado, ¿no? Si el hermano de mi socio no me lo hubiera contado, porque ha resultado ser que era un buen amigo de Oliver y él también estaba en la fiesta y lo vio todo..., ¿me lo hubieras contado?

-No creí que te fueras a enterar. -Carlos la cortó, blasfemó, no quería escucharla. Se sentía traicionado y decepcionado. Había puesto toda la carne en el asador por María y se había quemado-. Al día siguiente lo solucioné. Fue un error. -Vio cómo él se acercaba a la nevera y se preparaba una copa de vino. Después salió al balcón y ella lo siguió para contarle todo lo ocurrido aquella noche-. El día del cumpleaños de Oliver fue cuando me enteré de que estabas casado. Estaba muy enfadada, Carlos, y no estoy intentando excusarme, solo quiero contarte lo que pasó y cómo me sentía. Creía que me habías estado engañando durante todo el tiempo que nos habíamos estado viendo, y ese día yo... necesitaba desahogarme. Bebí hasta que ya no me dejaron más y terminé pasando la noche con Oliver. Hasta conocerte a ti, mantenía una relación esporádica con él y, aunque la había dejado en pausa mientras te conocía, esa noche creí que perdía el tiempo contigo y lo que hacía era perder mi propio tiempo, porque en realidad no quería estar con Oliver, con quien quería estar era contigo. Así que, independientemente de que estabas casado y de que me iba a alejar de ti, yo ya me había enamorado y ese mismo día hablé con Oli para disculparme y pedirle que nuestra relación quedara en una bonita amistad. -Carlos suspiró mientras ella lo miraba apenada con los ojos vidriosos.

-¿Y qué pasa con Oliver ahora?

-Oli es un gran amigo para mí. No podría apartarlo de mi vida, aunque quisiera. Pero jamás he sentido por él algo más que no fuera amistad.

-¿Y él?

-Bueno..., él no sabe en qué momento se enamoró de mí, pero sí sabe que nuestra amistad y la felicidad del otro pasan por encima de cualquier otro sentimiento.

Pasaron unos minutos antes de que Carlos relajara su postura y empezara a entender lo que había pasado. Ver a María tan afectada le hacía confiar en ella, y porque la quería, no nos vamos a

engañar. Lo que sentía por ella podía más que todos los errores que pudiera cometer.

María se acercó con inseguridad y este la abrazó con fuerza.

-¿Empate? -soltó de pronto.

-¿Empate de qué? -preguntó sin saber de qué estaba hablando.

-Te mentí y me has mentido. ¿Zanjamos el tema y empezamos desde cero con la verdad por delante?

-Aún hay algo de lo que tenemos que hablar, pero no es ninguna mentira -sonrió dulcemente-; es sobre nuestro futuro.

-Eso me gusta más, pero lo dejaremos para mañana, ¿te parece? Ahora quiero invertir el tiempo en reconciliarnos como es debido.

María lo besó, él la agarró en volandas y se la llevó a la habitación.



## CAPÍTULO 25

# Conversaciones importantes

La semana pasó con aparente normalidad. Y cuando se acercó el fin de semana, las chicas ya tenían planeado su plan de playa (sin hombres).

Se tomaron todo el sábado para ellas dos solitas y poder tostarse al sol de principios de septiembre. La temporada estaba llegando a su final y querían aprovechar al máximo lo que quedaba de verano.

Quedaron pronto por la mañana; bueno, pronto..., sobre las once. Para María levantarse antes de las nueve en fin de semana solo estaba permitido si el mismísimo diablo aparecía en su casa y la sacaba de la cama a rastras.

Desayunó tranquila y se puso un bikini rosa pastel con detalles plateados que le quedaba muy discreto con el tono de su piel, pero era muy bonito y le resultaba supercómodo. La parte de arriba se anudaba al cuello en forma de triángulo sobre el pecho, y se ataba a la espalda con un broche como el de los sujetadores. Las braguitas eran brasileñas, con unos aros dorados en los laterales.

Se puso un vestido playero de color blanco por encima de las rodillas y unas chanclas. Cogió la toalla y la crema solar y se fue a por su cabriolet.

Pasó a recoger a Alicia quince minutos más tarde de la hora a la que habían quedado. Como ya sabéis, no era capaz de llegar puntual ni mandando un mensaje antes de salir de casa.

-Como siempre tarde, ¿no? -rechistó Alicia, enfadada por estarla esperando en la calle todo ese tiempo.

-Y tú como siempre con ese gorro horroroso. Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad?

Las dos amigas se miraron de reojo como simulando estar enfadadas, pero eso no era posible en ellas. María sabía de sobra que no usar el término «pamela» para su sombrero de playa era algo que siempre traía réplica; aunque esa vez no fue así. Acabaron riendo mientras descapotaban el coche y arrancaron dirección a la playa.

Como la idea era pasar el día juntas y comer cerca de la playa, decidieron hacerlo en el restaurante donde trabajaba Oliver, que a ambas les gustaba mucho.

Así que, en línea recta del restaurante, colocaron sus toallas en segunda línea del agua (porque era sábado de temporada de verano y casi las doce del mediodía, así que gracias que habían encontrado sitio en ese hueco y no detrás del todo) y se tumbaron a tomar el sol.

María no tardó en pegarse el primer chapuzón mientras su amiga seguía en pose lagartija.

-Princess, tienes que contarme cómo fue la conversación del tema «niños» con Carlos.

-Pues verás, todavía no la hemos tenido.

-¿Por qué no? ¿No te tenía tan preocupada?

-Me tiene, no lo dejes en el pasado. Llevo una semana horrorosa que no dejo de pensar en ello, pero no encuentro el momento para hacerlo.

-Hazlo esta noche, no le des más vueltas. Hoy nos relajamos, despejamos la mente, criticamos a la gente de media playa y por la noche organizas una cena tranquilita con él y lo habláis.

-Sí, tienes razón. No puedo retrasarlo más, porque estoy en un sinvivir.

-Pues no se hable más. ¿Has visto el moreno que hay a las catorce?

-¡Pero si ese bañador es pequeño para tremendo cuerpo!

-Ya quisieras tú que se lo quitara, ¿eh, listilla?

Las dos amigas rieron, pero sin quitarle ojo al muchacho con la mejor espalda de la playa; que, oye, para uno que había que valiera la pena, había que disfrutarlo.

A la hora de comer, Alicia ni siquiera se había bañado y María ya había perdido la cuenta. Recogieron las toallas y se acercaron al restaurante.

-¡Pero bueno, mi rubia y mi morena preferidas! -exclamó Oliver al verlas aparecer entre la gente.

-Hola, Oliver -saludaron las dos a la vez-. ¿Tienes una mesita para nosotras?

-Pero a la sombra -interrumpió María-. Que no tengo claro si mi piel podría aguantar más este soletón.

-A la sombra. Sin ningún problema -contestó mientras las acompañaba a la mesa.

Comieron relajadas, compartiendo una ensalada y paella mixta. De postre, acababan de añadir a la carta una mousse de papaya

con naranja y decidieron probarla. Fue un acierto, dulce y muy refrescante.

Se despidieron de Oli prometiendo verse pronto, hacía días que la pandilla no se juntaba. Y volvieron a la playa.

El sol ya no picaba tanto y encontraron un hueco chiquitito en primera fila. María parecía una niña pequeña; cuanto más cerca del agua estuviera, más contenta.

Convenció a Alicia para que se diera un chapuzón, porque las temperaturas ya irían descendiendo y, si no se bañaba ahora, se le habría pasado el verano sin mojarse por encima de los tobillos (ella decía que con eso tenía suficiente para refrescarse).

Estuvieron charlando de la casa que había planeado comprar con Rodrigo; aunque todavía no era seguro, estaban muy ilusionados y creían que podría ser la casa de sus sueños.

Alicia le contó que parecía que Oli había conocido a alguien. Su novio le contaba que estaba más esquivo, no tenía tiempo para nada, pero que lo veía más contento de lo habitual. «Blanco y en botella», decía Rodrigo.

-Ojalá, nada me alegraría más -comentó María, contenta porque su amigo reencontrara el amor y fuera feliz.

El final del día llegó y María, más tranquila, estaba dispuesta a hablar con Carlos.

Preparó sushi casero, que le quedó de fábula: con salmón, con atún, con palito de cangrejo y aguacate, con Philadelphia y pepino, con pollo y con tortilla.

Carlos se asombró al verlo; María no era precisamente una amante de la cocina, pero tenía que reconocer que la cena tenía muy buena pinta.

-¿Qué celebramos, bicheja? -susurró melosón. Ese apodo ya formaba parte de su relación. Incluso María se había acostumbrado a oírlo y le gustaba.

-¿Hay que celebrar algo para preparar sushi? Me apetecía y quería disfrutarlo contigo.

-Confiesa que no es algo habitual en ti, pero me encanta. Me podría acostumbrar.

-Bueno, bueno, no te vengas arriba, que lo estropeas. Coge el vino y empecemos a cenar.

Los primeros makis cayeron casi sin darse cuenta, los dos tenían apetito y, explicándose lo que habían hecho a lo largo del día, se bebieron media botella de vino.

-Qué bonito es ese collar. Ahora, hacía mucho que no te lo ponías.

-¿La turmalina rosa? -preguntó por inercia, sabía perfectamente a qué se refería-. Me da fuerza, fue un regalo especial y hoy quería hablar de algo que tiene que ver con él.

-Tú dirás, soy todo oídos.

-Carlos, ¿quieres tener hijos? -Quedó perplejo ante esa pregunta, era algo que todavía no se había planteado. En su momento lo pasó muy mal por no poder ser padre, pero era cierto que ahora, de nuevo, tenía la posibilidad de realizar ese sueño. Se le iluminó la cara ante lo que se acababa de dar cuenta y con una sonrisa contestó.

-Pues me gustaría, sí. Ya sabes mi historia, y se quedó en un sueño frustrado que ahora podría hacerse realidad.

-Verás, es que... -María no sabía cómo explicarse sin decepcionarlo- yo no quiero tener hijos-. A Carlos se le borró la sonrisa de golpe.

-¿Y cómo tienes eso tan claro siendo tan joven?

-Aquí es donde entra mi turmalina rosa -contestó mientras se acariciaba el collar-. Me la regaló mi madre, antes de fallecer. Me explicó que tenía el poder de ayudar a tener una mejor relación de pareja y que era una piedra protectora que canalizaba las energías negativas en buenas, aunque me la regaló porque yo siempre decía que quería trabajar con ordenadores (era pequeña, me gustaba trastear con ellos). Se supone que también ayuda a neutralizar los efectos nocivos de los aparatos electrónicos. Pero ya ves que a eso no le hago mucho caso.

»Mi madre murió cuando yo acababa de cumplir diez años de un leiomiomasarcoma uterino, un tipo de tumor bastante común que se origina en la pared muscular del útero y puede llegar a crecer muy rápido. Y ese fue su caso. Cuando se lo detectaron, le ofrecieron hacer quimioterapia para retrasar la progresión de la enfermedad, ya que no se podía hacer otra cosa. Y eso nos regaló un año más junto a ella.

»Cuando falleció, no puedes llegar a imaginar el dolor tan intenso que sentí y cuánto la eché de menos, y de hecho sigo haciéndolo. Al empezar a recuperarme, me prometí a mí misma que no tendría hijos. No quiero que tengan que pasar por ningún sufrimiento parecido al mío.

Carlos estaba perplejo por tanta información y tanto dolor que debió pasar María. Entendía lo que le explicaba, pero no tenía razón.

-Amor, lo primero es que el hecho de que vayamos a tener hijos o no creo que no es algo que debamos decidir ahora, ¿no crees? Entiendo que lo que pasaste debió de ser un infierno, y vivir sin una madre tiene que ser difícil. Pero lo que le pasó a tu madre no tiene por qué pasarte a ti, no puedes basarte en eso para decidir si tener hijos o no, porque, además, estoy seguro de que te va a tocar morir de vieja -dijo haciéndola reír. Hizo que se levantara de la silla para acunarla entre sus brazos-. Hoy por hoy, puedo asegurarte que te quiero como jamás he amado a nadie, y los hijos son fruto del amor de dos personas. Seguro que tu padre dice que sus hijos sois lo mejor que le dio vuestra madre -María asintió feliz recordando a su padre decirle palabras similares-, así que, si tengo que pensar en lo peor de la vida y en la posibilidad de que te arrebaté de mi lado, sería feliz sabiendo que hemos dejado plantadas las semillas de nuestro amor y que este perdurará en los años, más que nuestra propia esencia.

Se quedó abrazada a él sin saber qué responder y dudando por primera vez sobre su decisión de no ser madre. Esas palabras habían abierto en ella una chispa de posibilidad. Quizás Carlos tenía razón y no todo era tan negativo. Para ser madre tenía que pensar como tal, como una madre que cuidará, protegerá y amará a sus hijos, y no como una hija que tuvo la mala suerte de perder a

su madre.

Esa noche los dos estaban sumamente tiernos y acaramelados. Demostrándose con miradas y comprensión todo el amor que se tenían. Terminaron en el sofá hablando de cosas menos importantes hasta que una caricia, un beso y otro y otro los fue calentando lentamente. Cuando fueron a la cama, Carlos tumbó cuidadosamente a María para ponerse encima. Le dio besos por cada uno de los rincones de su cuerpo.

Y esa noche hicieron el amor con una ternura que todavía no habían probado. Con más amor que sexo, con más besos y caricias que lametones y pellizcos.

Esa noche sus cuerpos se unieron prometiéndolo todo aquello que los silencios no se atrevían a contar.

Esa noche fue el principio de una relación que no se iba a quebrantar, porque, ahora sí, podían decir que estaban enamorados.



## EPÍLOGO

# Dos años después

-Jefe, me acaba de llamar Alicia, mañana hacemos barbacoa de celebración en su casa.

-Ya no sé cómo te lo tengo que decir: que ya no soy tu jefe, que ser socios implica que no tenemos jefes. Bueno, creo que ser socios, con lo que te gusta mandar, implica que ahora la jefa eres tú -rio.

-Veo que lo tienes claro -le guiñó un ojo, pícaro-, porque le he dicho que a las dos estaremos allí.

-No lo dudaba.

Cuando Mónica volvió de su excedencia, ocupó el sitio de María y esta pasó a ser socia de la empresa, junto con Carlos. Así, su amigo al fin se pudo desvincular por completo.

En la oficina todo el mundo se tomó muy bien su relación. María era encantadora y no se llevaba mal con nadie. Y todo el mundo había visto con sus propios ojos los cambios beneficiosos que provocaba en la actitud de Carlos.

Durante ese tiempo, habían mejorado mucho las cosas en la gestoría: habían modificado horarios, impartido un porcentaje de teletrabajo en la jornada laboral para aquel que lo solicitara, y habían incluido unos pluses en el sueldo a razón de los beneficios de la empresa.

Todo eso hacía que el personal estuviera motivado, trabajara a gusto y diera el cien por cien. Haciendo que los beneficios de la empresa no pararan de incrementarse y, como consecuencia, sus sueldos también.

Al día siguiente, se encontraron todos juntos en casa de Alicia y Rodri. Al final, habían conseguido negociar el precio que les convenía para la casa de sus sueños y en poco tiempo la tuvieron a su gusto. Tenía un jardín grande lleno de césped que Rodrigo cuidaba minuciosamente para que su pequeño Adrián gateara cómodamente. Celebraban su primer año de vida.

Adrián se había convertido en el centro del universo de sus padres, y Alicia había hecho partícipe a su amiga de todo el proceso de embarazo y crianza de su pequeño. Estaba orgullosa de ser madre y, por supuesto, de su hijo. Y solo pensaba en invertirle todo su tiempo. Y para ello había reducido su jornada laboral en el gimnasio.

Cuando llegaron, nada más entrar, un pequeño correccaminos salió disparado arrastrándose por el suelo hacia la puerta para saludar.

El primero en cogerlo fue Carlos, que estaba prendado de ese bicho travieso. Lo alzó al cielo haciéndolo volar para después agarrarlo entre sus brazos y besuquearlo hasta que María se lo arrebató para comérselo entero a besos. Ser la madrina de ese futuro morenazo era lo mejor que podría haber hecho Alicia por ella en toda su vida.

Poco rato después llegó Oliver con la mejor de sus sonrisas, acompañado de su novia. Las sospechas que Rodrigo había tenido en su momento fueron ciertas y se los veía felices juntos.

Y así fueron llegando algunos más de la pandilla, que poco a poco iba creciendo: unos que se habían comprado una casa, otros con proyectos de boda, unos cuantos con hijos... Cada vez que conseguían reunirse todos (que ya no era tan a menudo como les gustaría) acababan rememorando años atrás en los que estaban todos solteros y sin objetivos y creían ser felices; ahora se daban cuenta de que la vida así era mucho mejor, más completa y con la felicidad multiplicada por mil.

Prepararon la comida entre todos. Mientras unos entretenían a los niños jugando en el jardín, otros cocinaban la carne y las verduras en la barbacoa. Otros montaban la mesa y otros preparaban el aperitivo. Allí había faena para todo el mundo.

Comieron entre risas, poniéndose al día de sus vidas. Entretanto algún que otro vaso se derramó por la mesa, algún que otro golpe de los niños por debajo de la mesa, que no paraban quietos, y algún que otro enfado porque los pequeños no comían.

Lejos habían quedado las noches tranquilas en el local que tanto les gustaba. Ahora sus mejores planes eran disfrutar de la familia que se escoge.

-Vamos a brindar -dijo Alicia alzando la copa.

-Por Adrián, por su primer año de vida y por todos los que le quedan por cumplir -siguió Rodrigo.

-Y por que nosotros lo veamos -terminó Oliver.

Juntos alzaron las copas y brindaron mientras los niños miraban atónitos el escándalo que los mayores estaban formando.

Después se comieron a besos a Adrián mientras sus padres traían el pastel y soplaban las velas entre los tres.

-Quiero proponer otro brindis -dijo de pronto María antes de que todos empezaran a distenderse por el patio. La miraron

asombrados, Carlos el que más-. Brindemos por la nueva bebé que está en camino.

Todos aplaudieron, vitorearon y silbaron con alegría por la nueva noticia mientras Carlos miraba a María sin dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo no le había dicho nada antes?

-Enhorabuena, pareja -dijo Alicia-. ¿Me vais a regalar una hermosa sobrina?

-Si a Carlos le parece bien -dijo mirándolo-, os vamos a traer a una maravillosa Elisa a esta gran familia.

Carlos no cabía de gozo dentro de sí. En algunas ocasiones habían hablado del tema y, aunque María ya no se mostraba reacia al hecho de ser madre, tampoco lo habían confirmado.

-Bicheja, me acabas de dar la mejor alegría de mi vida.

Se besaron abrazados mientras toda la pandilla los miraba embobada, disfrutando de ese momento tan íntimo.

-¿Cafés? -preguntó Rodri dispersando el ambiente.

-¡Solo! -chilló Carlos separándose de María.

-Con leche y extra de azúcar, por favor -soltó ella.

-¡Pero descafeinado! -añadió Carlos riendo mientras le tocaba la barriguita.

## AGRADECIMIENTOS

Me costó averiguar que escribir me llenaría tanto como lo hace. Llevaba tiempo dándole vueltas; hasta que, al final, me decidí y me senté frente a las teclas para dejar volar mi imaginación. Y a día de hoy, terminada esta historia, doy gracias a todo aquel que me ha permitido llegar hasta aquí.

Doy las gracias a mi familia, y sobre todo a mi marido, por apoyarme y creer en mí.

A mi hijo, que, sin saberlo, me ha dado la oportunidad de robarle un poquito de su tiempo para poder hacer realidad este sueño.

A mis amigas más cercanas: Alba, Mónica, Andrea, María..., por compartir conmigo la ilusión de todo el proceso. Y a los que os habéis añadido después (que no sois pocos) celebrando mi felicidad.

A mis compañeros del 1045, que, sin darse cuenta, con sus expresiones me han inspirado.

A mis lectoras cero: a ti, Helen, por tu apoyo incondicional, nunca podré compensarte por tanto; y a ti, Alba, por invertir todo tu tiempo libre.

A Rubric, porque sin vosotros este sueño no se habría hecho realidad.

Y finalmente, a ti, mi querido lector. Porque eres la parte más importante de esta historia. Gracias por darles vida a los personajes y dar sentido a esta novela.

¡No os perdáis mis redes sociales!

**Instagram:** @tatjanafrigar

**Facebook:** Tatjana Frigar